

Selección

TERROR

LA NOVIA EN EL ATAUD

Donald Curtis

Despertó de repente.

Con una sensación de frío y húmedo terror que le calaba hasta los huesos y hacía temblar sus carnes con unos espasmos febriles. En principio no supo el porqué de todo eso. Cuando empezó a saberlo, el pánico más delirante se apoderó de él.

Respiró con fuerza y alargó sus brazos cuanto le fue posible, que no era mucho. Sus manos tropezaron con una superficie dura, perfectamente sólida, que casi le rozaba los cabellos, unas pocas pulgadas por encima de su cabeza.

La oscuridad era total. El frío, sutil y profundo, le escalaba la espina dorsal hasta barrenarle la nuca y llegar, como un aguijonazo glacial, hasta lo más profundo de su cerebro. Notó que empezaba a sudar. Y que el suyo era un sudor helado y pegajoso, que se adhería a su piel igual que una telaraña…



Donald Curtis

La novia en el ataúd

Bolsilibros: Selección Terror extra - 1

ePub r1.1
xico_weno 17.12.17

Título original: *La novia en el ataúd*
Donald Curtis, 1982

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





Bolsilibros

Prólogo

1902

I

Despertó de repente.

Con una sensación de frío y húmedo terror que le calaba hasta los huesos y hacía temblar sus carnes con unos espasmos febriles. En principio no supo el porqué de todo eso. Cuando empezó a saberlo, el pánico más delirante se apoderó de él.

Respiró con fuerza y alargó sus brazos cuanto le fue posible, que no era mucho. Sus manos tropezaron con una superficie dura, perfectamente sólida, que casi le rozaba los cabellos, unas pocas pulgadas por encima de su cabeza.

La oscuridad era total. El frío, sutil y profundo, le escalaba la espina dorsal hasta barrenarle la nuca y llegar, como un aguijonazo glacial, hasta lo más profundo de su cerebro. Notó que empezaba a sudar. Y que el suyo era un sudor helado y pegajoso, que se adhería a su piel igual que una telaraña.

Tanteó aquella superficie que parecía a punto de aplastarle, aunque lo cierto es que no se movía de su sitio. Los dedos rozaron Una sedosa tela que astilló las extremidades de sus uñas. Movió ligeramente la cabeza, a punto de maldecir entre dientes, y notó que estaba sobre un lecho de parecido tejido, sedoso y frío. Su nuca reposaba sobre un saliente blando, confortable.

Se preguntó dónde podía estar reposando, con aquel frío y aquella oscuridad. Como una respuesta, algo golpeó allá fuera, encima de aquel techo que le asfixiaba con su proximidad.

Se estremeció. Una idea repentina, espantosa y alucinante, le asaltó, como una especie de cuchillada gélida que atravesara todo su cuerpo.

—No…, no… —jadeó roncamente—. Eso, no…

Otra vez aquel sordo golpeteo encima. Y alguna cosa rodó por encima de la superficie forrada de tela sedosa, allá fuera. Presa de febril excitación, alzó de nuevo sus manos. Recorrió con ellas la

forma del lugar donde se hallaba, hasta donde le fue posible alargar sus brazos, algo más abajo de sus rodillas. Luego, las alzó y realizó la misma operación con lo que cubría su alojamiento oscuro y frío.

La certeza más espantosa suplió a la sospecha atroz y terrible. Supo, a ciencia cierta, dónde estaba en esos momentos.

Como si su sangre se convirtiera en cristales de hielo, paralizada dentro de sus venas, permaneció rígido, helado, solamente sacudido por una serie de temblores convulsos que hicieron crujir aquel recinto angosto, alargado, de forma oblonga, dentro del cual se encontraba tendido.

¡Un ataúd!

Estaba dentro de un ataúd. Y éste estaba cerrado herméticamente. La tapa no cedía a su presión. No se movió una sola pulgada, pese a que emitió leves crujidos cuando la empujó con todas sus fuerzas, poniendo las palmas de sus manos contra ella.

Ahora sabía también qué era aquello que golpeaba, intermitente, la tapa del horrendo alojamiento en que se hallaba confinado.

Tierra…

¡Paletadas de tierra sobre su ataúd! Le estaban enterrando…

—Oh, Dios mío, esto no es posible… No, no, por el cielo… —gimió—. Sepultado vivo… Me han enterrado en vida… ¡y no saben siquiera que estoy vivo, que aún no he muerto…!

Golpeó con rabia la tapa forrada de raso, sin que la sólida madera, posiblemente caoba de buena calidad, se conmoviera lo más mínimo bajo sus impactos. Allá fuera, el golpeteo se hacía ya más distante, más apagado, más sordo.

No era difícil imaginar la razón, pensó la persona condenada a aquel horror sin límites. La tierra formaba ya una espesa capa sobre el féretro. Y seguía cayendo, cayendo hasta cubrir la fosa y dejarle a él aquí abajo, con toneladas de tierra húmeda encima, sumido en un abismo del que no había salida posible, donde agonizaría lenta, muy lentamente, minuto a minuto, segundo a segundo, despedazándose contra aquellos muros estrechos y mortíferos.

—Tengo que salir de aquí… —sollozó—. Tengo que salir…

Desgarró con sus uñas la tela sedosa de encima. Gritó y gritó, pateando cuanto le era posible en su forzada rigidez horizontal dentro de tan angosto recinto. Todo inútil. El golpeteo de la tierra, cayendo implacablemente a paletadas sobre él, no cesaba un solo

momento.

Era el fin. Lo sabía. Pero no quería aquel fin tan horrible, tan espantosamente lento y enloquecedor. Morir podía ser malo cuando se era tan joven como él. Pero morir así… sepultado en vida, consumiendo los últimos instantes de su existencia dentro de un ataúd en cuyo interior nadie allá fuera sospechaba que hubiese ya el más leve ápice de vida…

—¡No, nooooo! —aulló, desesperado, frenético, aun sabiendo que con eso consumía inútilmente el escaso aire respirable que quedaba ya allí dentro, y que iba haciendo más agobiante y pesada la atmósfera que le rodeaba.

Se agitó cuanto le era posible, que no resultaba demasiado. Nunca pensó que una caja de muerto pudiera ser tan terriblemente estrecha, tan aplastantemente angosta, sin apenas sitio para moverse, para intentar algo.

El sudor empapaba ya sus ropas y el forro de raso, acaso de color violeta, del lecho en que yacía. Le goteaba desde el desordenado cabello al rostro. Empezaba a sentir la lengua extrañamente gruesa y deforme dentro de su boca reseca, los labios pegajosos y trémulos, los ojos posiblemente desorbitados en aquella oscuridad alucinante que le envolvía.

Su mente iba trabajando ya con dificultad. Los pensamientos eran lentos, torpes. Aun así, su miedo era irrefrenable, angustioso. Recordó aquella horrible enfermedad que algunos padecían a veces, sin ellos mismos saberlo… ¿Cómo, cómo se llamaba?

Ah, sí… Catalepsia… Ése era el nombre…

Catalepsia… El estado catatónico del cuerpo humano, la muerte aparente, con el cuerpo helado, las funciones vitales paralizadas… Un trance del que se salía después… Pero a veces demasiado tarde. A veces cuando uno ya había sido enterrado, dado por muerto.

Enterrado vivo, como ahora le ocurría a él…

Chilló y chilló, hasta que no brotaron sonidos de su garganta, reseca e hinchada. La lengua, rasposa, ocupaba ya toda su boca exangüe, las manos sangraban, clavándose estérilmente entre jirones de raso, astillas de caoba sólida… Le dolían los ojos, como llenos de arena, el corazón le golpeaba con furia, pareciendo salirse de sus paredes, pero cada vez más pesado y lento en su ritmo decreciente…

Era el paroxismo, la demencia, el terror delirante llevado a su más pavoroso extremo. El forcejeo inútil del ser vivo, aplastado por el encierro de su propia sepultura indestructible, maciza, segura hasta la muerte inexorable.

Quiso gritar y no pudo. Quiso moverse, y no tuvo fuerzas. Supo que se asfixiaba, que empezaba a morir. Que todo su cuerpo estallaba en un estertor abominable y cruel, aquí abajo, mientras sus deudos y amigos se alejaban, sin duda, enlutados y llorosos, del lugar donde una cruz y una lápida señalarían su lugar de reposo, convertido para él en recinto de tortura, de pesadilla, de lenta y espantosa muerte.

Un olor fétido le asaltó. Era la descomposición total, excrementos y orina de su cuerpo, roto por el terror a morir, a morir así, sobre todo…

Y después, como un alivio, igual que un trágico consuelo, la oscuridad y el reposo final, tras la agonía infinita bajo yardas y yardas de tierra apelmazada…

* * *

Ralph Taylor despertó.

Se irguió en su lecho, bañado de sudor. Por un momento, pensó que iba a golpear su cabeza contra la tapa del ataúd donde estaba encerrado.

La oscuridad era total. Sólo se percibían crujidos leves en torno suyo, como si aquel odioso féretro se conmoviera con su estertor final.

No encontró techo alguno que le impidiera sentarse en su cama. Respiró hondo, y no fue aquel fétido gas, mezcla de anhídrido carbónico y detritus humanos, lo que hirió su olfato, sino el inconfundible olor a yodo y salitre. Palpó las ropas que tenía bajo su cuerpo, y envolviéndole brazos y piernas. No, no era raso desgarrado, sino vulgares sábanas, más bien burdas, de áspero tacto. Su lecho era una litera, estrecha y no demasiado confortable, pero litera a fin de cuentas.

Estaba vivo. Y no sólo eso. Estaba en una cama normal, en un lugar sin peligros de ninguna clase. Podía respirar, podía moverse. Vivía, en suma.

—Dios mío… —jadeó roncamente, notando la garganta seca, la

boca pastosa, el cuerpo estremecido y húmedo por el sudor—. Todo fue un sueño… Solamente eso. Una horrible pesadilla…

Se enjugó la respiración del rostro de un manotazo y saltó de la litera. El suelo, levemente oscilante, le recordó dónde estaba: el buque de Su Majestad, navegando rumbo a la metrópoli, de regreso a casa.

Encendió la luz, todavía con mano temblorosa. La llama de gas alumbró el camarote del barco en que viajaba de vuelta a Inglaterra. Pequeño, relativamente confortable, pero sin atroces semejanzas con un escenario tan tétrico y espantoso como el de su reciente pesadilla.

Bebió un trago de agua y encendió un cigarro, fumando en silencio, mientras paseaba descalzo por el camarote. El casco del buque crujía levemente en su lenta marcha por el mar, evocando aquellos otros crujidos, infinitamente más terroríficos, de su mal sueño. Se asomó al grueso vidrio del ojo de buey, y vislumbró las estrellas, parpadeando débilmente allá arriba, sobre las aguas, sobre su propia cabeza, como una luz alentadora y amable que ahuyentase las últimas sombras de su imaginación torturada.

—¿Por qué? —se preguntó—. ¿Por qué tuve que soñar algo así? Esto no tiene el menor sentido. Yo jamás he padecido nada semejante en toda mi vida…

El teniente Ralph Taylor, del Regimiento de Lanceros de Su Majestad en los dominios coloniales de la Corona, en el Norte de la India, se tranquilizó poco a poco, ahuyentando de modo paulatino los fantasmas de su mente. Era un hombre joven y saludable, que no tenía por qué temer cosas tan ridículas como las de aquella pesadilla sin sentido que le había hecho pasar tan mal rato. Alto, atlético, bronceado por el sol colonial, con la arrogancia del joven militar habituado a marciales posturas, era la viva imagen de la salud física y mental.

Tardó algún tiempo en recordar las verdaderas razones que podían haberle llevado a ese sueño tan inquieto, por esos extraños misterios con que la mente humana deforma ciertos hechos de la vida real en su dimensión onírica.

—Vanessa… —murmuró lentamente, sentándose en una butaca, junto al perchero donde tenía su uniforme impecablemente colgado. De un bolsillo del mismo extrajo su cartera, y de ella un papel

doblado cuidadosamente, que desplegó con lentitud, recorriendo con sus ojos las líneas allí trazadas con mano insegura, inequívocamente femenina, por ambas caras de la hoja.

Algunos de los párrafos de aquella misiva parecieron cobrar vida propia y su letra, menuda y graciosa, saltó ante la mirada azul del joven oficial británico, con su extraño y oscuro sentido, que él aún no había sido capaz de desentrañar, pese a haberlo leído tantas y tantas veces desde que, allá en la guarnición de los Lanceros de Peshawar, recibiera la carta de Londres, con la firma inconfundible de Vanessa.

«… Realmente, querido Ralph, he empezado a sentir miedo…».

«… Si al menos supiera qué es lo que me asusta y por qué…, pero no soy capaz de definirlo…».

«… Ven cuanto antes, Ralph. Presiento que algo horrible me acosa…, algo que ni yo misma acierto a saber dónde está, pero que intuyo acechándome en la sombra…».

«… Tal vez pienses que soy una loca o una necia, pero he soñado varias veces con la muerte… Sí, Ralph… Yo moría… y me sentía enterrada en vida, sufriendo cada segundo de mi agonía en un ataúd… sin que nadie me oyera…».

«… Sé que son sólo imaginaciones, que mis nervios no están bien. Y no me atrevo a hablar de ello a mamá, ni a tío Ronald… Sí, querido, tengo secretos para ellos, por vez primera en mi vida. Estoy asustada, *muy* asustada… Si no vienes pronto a Londres, temo que me suceda algo espantoso… ¡Te espero, Ralph, cariño! No me abandones en este trance, por el amor de Dios…».

Suspiró Taylor, dejando caer lentamente la hoja de papel, sobre una mesa inmediata, en la que brillaba una lámpara de gas que prestaba una atmósfera íntima, de claridad tenuemente rosada, al camarote del buque de la Armada de Su Majestad. Junto a la carta, un periódico de la metrópoli, con bastantes fechas de retraso, ofrecía un titular alarmante para el ciudadano medio inglés:

PERSISTE LA CONTRARIEDAD DE LOS GRUPOS POLÍTICOS HINDÚES CON RESPECTO A LA POLÍTICA DEL GOBIERNO CONSERVADOR EN LA INDIA.

Debajo, otros titulares tampoco eran demasiado halagüeños para el reciente reinado que iniciara Eduardo VII a la muerte de su madre, la reina Victoria:

VIOLENCIA IRLANDESA EN AUMENTO. ATENTADOS EN DUBLÍN.
LAS SUFRAGISTAS SE ENFRENTAN A LA POLICÍA EN EL WEST END.
EL SINDICALISMO PROSPERA PELIGRAS AMENTE EN EL PAÍS.

El joven oficial no hizo demasiado caso de tanta noticia alarmista sobre la crisis política en aquellos inicios del siglo XX, que presentaban significativos crujidos en el monolítico poder colonial británico, pese a la victoria, reciente aún, sobre los boers en África del Sur.

Estaba pensando en Vanessa. En su misteriosa carta. Y en su propio sueño, acaso influenciado por aquellos párrafos tan inquietantes de su bella prometida.

No había sido fácil convencer al general Carruthers para obtener un permiso de viaje a la metrópoli, tal como soplaban actualmente los aires nacionalistas de la India.

Pero finalmente lo había logrado y, por dos meses, • podría permanecer ausente de su regimiento para, cuando menos, estar unos pocos días en la metrópoli, dado lo interminable de los viajes de ida y vuelta, desde tan remotas regiones. Ahora que se sabía más cerca de Inglaterra, sus recelos y temores, en vez de calmarse, iban en aumento por días, casi por horas.

Conocía lo bastante a Vanessa para saber que, pese a su extremada sensibilidad, era una muchacha inteligente, serena y equilibrada, a quien resultaba difícil imaginar escribiendo cosas como aquéllas, de no existir una razón de peso que la forzara a ello.

Pero ¿qué razón podía existir para que Vanessa escribiera esas frases oscuras y terribles, que lograban sobrecoger su ánimo de ese modo?

Esa incógnita que tan obsesionado le tenía durante el viaje, era sin duda la que le había hecho tener aquel absurdo y espantoso sueño. Más calmado ahora, Ralph Taylor apagó su cigarro y se tomó otro trago de agua, acostándose de nuevo. Apagó la luz y se dispuso a dormir, confiado en que no volvieran las pesadillas.

No volvieron durante el resto del viaje hasta las costas inglesas.

Pero la auténtica pesadilla de la que sería imposible despertar le aguardaba a Ralph Taylor a su llegada a Londres, aquel día neblinoso y frío, en que la llovizna caía débil y persistente, en un clima tan radicalmente distinto al que ya había llegado a ser habitual para él en la lejana India.

Nadie le estaba esperando en la Estación Victoria, a su llegada desde Folkestone, donde desembarcara del navío militar inglés en que viajaba a través de los mares hasta su tierra natal.

Eso ya le pareció mal augurio, sin saber la razón, puesto que había enviado un telegrama anunciando su llegada.

Tomó un coche de alquiler y se dirigió a Mayfair, donde vivían los Warrington. Antes de llegar a la casa, ya vio la corona fúnebre en la puerta, como una premonición estremecedora.

En el acto supo la espantosa verdad.

Supo que Vanessa estaba muerta.

II

—Muerta…

—Sí, Ralph. Muerta. Es horrible… Realmente horrible. Nadie podía esperar algo así ni remotamente… Dios mío, aún parece imposible…

Ralph Taylor no dijo nada de momento. Se apoyó en el muro, sombrío, intensamente pálido. Sus ojos azules se fijaron con dolor en aquellas paredes de la mansión Warrington en Mayfair. Aún parecían tener la alegría luminosa de Vanessa, la muchacha que corría grácilmente, como un cisne deslizándose sobre las aguas, de habitación en habitación, riendo jovial, alegre, luminosa.

Y ahora…

Ahora estaba muerta. Allí, tras aquella puerta del fondo, que aún no se había atrevido a cruzar siquiera. Las penumbras interiores se diluían con la oscilación de la llama de los velones fúnebres. Tenía miedo de entrar. Pero sabía que tenía que hacerlo.

Volvió a fijar sus ojos en la persona que permanecía a su lado, tras haberle recibido en el vestíbulo de la casa, con sus coronas de flores dedicadas sin excepción «a la dulce y adorable Vanessa Warrington, en señal de cariño», como decían sus cintas plateadas.

—¿No vas a entrar? —susurró Leslie Warrington, el primo de Vanessa.

—Claro —asintió Ralph—. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—Te entiendo —suspiró el joven pariente—. Ha sido un mal regreso, Ralph.

—Sí, muy malo —afirmó él roncamente.

—¿Cuánto tiempo permanecerás en Inglaterra?

—No sé… Pensaba estar dos semanas cuando menos. Ahora no sé. Ya no sé nada, Leslie.

—Sí, claro.

Hubo un silencio embarazoso, difícil. Los dos hombres estaban

solos en la estancia. De alguna parte de la casa llegaban murmullos apagados. Taylor miró de nuevo la puerta entreabierta, el parpadeo amarillo de la luz de los velones.

—¿Cómo… cómo fue, Leslie? —Se le atragantó la voz.

—De repente —jadeó el primo, tragando saliva a su vez—. Ocurrió ayer, al caer la tarde…

—Ayer… —Se estremeció Ralph—. Aún no hace veinticuatro horas…

—No, aún no. Pensé que no llegarías a tiempo. Del entierro, quiero decir. De… de verla, siquiera fuese antes del funeral… Vamos a cerrar el féretro de un momento a otro.

—Sí, lo supongo —miró su reloj, de bolsillo, por hacer algo—. Es a las cuatro, ¿verdad?

—¿El entierro? Sí, a las cuatro. Aún quedan tres horas. Pero la funeraria aconsejó cerrar y atornillar la tapa cuanto antes. Va forrada de zinc.

—¿Por qué todo eso? —indagó Ralph, sobresaltado.

—Lo dispuso el médico, el doctor Lanyon, ya lo conoces.

—Sí, ya le conozco. ¿De qué murió, exactamente? Aún no me lo has dicho…

—Oh, ¿no lo hice? —Leslie Warrington pareció algo confuso, como si no le gustara la idea—. Oficialmente, fue un paro cardíaco, Ralph.

—¿Oficialmente? ¿Qué significa eso? —Levantó la cabeza, mirando muy fijo al joven pálido y rubio que le atendía.

—Bueno… ya sabes lo que son estas cosas. El escándalo… el miedo a que todo se desorbite inútilmente…

—¿Escándalo? ¿Qué clase de escándalo? Adivino algo en tus palabras que no me gusta nada, Leslie. ¿Qué es ello?

—Bueno, la verdad es que Vanessa se… se suicidó.

Un pesado silencio cayó sobre ambos hombres. Ralph se apoyó en el muro, demudado, como si le hubieran descargado un mazazo brutal.

—No… No, Dios, no… —jadeó roncamente, estremeciéndose.

—Así fue, Ralph. Todos lo sabemos, incluso el doctor Lanyon. Pero nos hemos saltado las leyes en esta ocasión. Es un delito grave, lo sé. Tendría que procederse a la autopsia. El doctor optó por firmar el certificado de defunción. Era lo mejor, dadas las

circunstancias.

—Pero… pero *¿cómo* se suicidó Vanessa? ¿Por qué?

—Eso, nadie lo sabe: el porqué. Cómo, resulta sencillo: utilizó un veneno. Aún estaba en la mesilla, junto a ella, cuando la hallamos. Y una nota, por supuesto.

—¿Una nota? ¿Escrita por ella?

—Por supuesto. La verás luego. Pensé que no era momento de hablar de ello, antes de que conocieras otros detalles de lo ocurrido, mi querido amigo…

Taylor asintió en silencio. Dio unos pasos por la estancia, con aire ausente, y se detuvo un momento en la entrada a un salón contiguo, separado por una amplia arcada y un espeso cortinaje de terciopelo verde. Sus ojos se fijaron, con un estremecimiento leve, en el cuadro situado al fondo, sobre la chimenea apagada.

Era el retrato de ella.

De Vanessa.

Tal y como había sido aquellos últimos años de su juventud, casi adolescente aún. Esbelta, grácil, de delicada hermosura, grandes ojos de un verde indefinible, rojos cabellos de brillo cobrizo, breve nariz recta, labios gordezuelos y risueños. Una muchacha llena de vida y de belleza, de juventud y de gracia.

Ahora estaba allí dentro, en aquella sombría sala de los velones, dentro de un ataúd. Muerta… Muerta por su propia mano, envenenada por su voluntad.

Suspiró, apartando los ojos de ella. El rostro delgado y pálido del joven Leslie era como una mancha en la penumbra del otro salón, contra el que se recortaba tenuemente. Había tristeza y dolor en los ojos del joven primo.

—Será mejor que no mires ahora todo esto —susurró—. Está todo tan lleno de ella…

—Tienes razón —convino Ralph—, vamos. Quiero ver la…

—Sí, vamos —dijo Leslie Warrington, abriendo camino hacia la cámara ardiente donde yacía ahora Vanessa.

Era escasa la distancia que les separaba de aquella puerta entornada. Sólo diez o doce pasos. Mientras los cubrían, Ralph preguntó:

—¿Qué veneno utilizó?

Leslie tardó un segundo en responder con tono apagado:

—Según el doctor Lanyon, un tóxico vegetal no muy corriente en Inglaterra. No imaginamos dónde pudo obtenerlo. El doctor tiene el frasco con lo que quedó de él. Parece ser que es muy efectivo en poco tiempo. Pero provoca una rápida descomposición de los tejidos y los órganos. De ahí el forro de zinc del féretro, ¿comprendes?

—Sí. —Taylor tragó saliva—. Comprendo…

Se detuvo en el umbral un instante. Discreto, Leslie se hizo a un lado y esperó, con la mirada fija en él. El joven militar vaciló antes de entrar. Luego, pisó la estancia en sombras, con las ventanas cerradas y los postigos encajados, sólo alumbrada por cuatro gruesos velones que se erguían en los ángulos del catafalco color violeta oscuro que servía de soporte al féretro. Un fuerte olor a cera derretida flotaba en la estancia, hasta parecer siniestra, agobiante.

Ralph dio unos pasos en dirección a la caja de lustrosa madera, con argollas y cierres de color plateado. Le temblaban las rodillas y sentía un frío sutil en su espina dorsal. Sus ojos no pestañeaban al fijarse en ella, en Vanessa.

—Dios mío… —gimió—. Mi querida Vanessa…

Allí estaba ella, como dormida. Rígida en el lecho de raso carmesí oscuro, envuelta en un blanco sudario, un crucifijo de plata entre sus manos pálidas, céreas, singularmente bellas y sensibles. En un anillo de oro, brillaba una piedra roja, un rubí que reflejaba como si fuese una gruesa gota de sangre, las cuatro llamas de los velones.

Su gesto era apacible, pero su muerte no debió serlo tanto, se dijo Taylor amargamente. Un tóxico rápido, capaz de producir una descomposición de órganos en breve plazo no podía ser una forma grata ni dulce de morir, pensó.

Y todo eso, ¿por qué? ¿Qué atormentaba de tal modo a su prometida, para poner fin a su joven existencia de modo tan brutal e inexplicable?

Vagamente, una frase de su carta llegó a él:

«… si realmente supiera qué es lo que me asusta y por qué… pero no soy capaz de definirlo…».

Mucho tenía que haberla asustado para terminar todo de este modo. ¿Habría sabido alguna vez ella lo que realmente la aterrorizó hasta provocarle la muerte?

Rodeó el féretro, pasó junto a un velón que derramaba gruesos

goterones de cera caliente en el soporte de bronce. Se inclinó. Besó suave, dulcemente, a Vanessa en la frente y en los labios. Sintió un escalofrío. Estaba helada. Su piel era fría y marmórea en estos momentos.

—Ralph, creo que ya es suficiente —murmuró Leslie, a espaldas suyas—. No puedes hacer nada por ella. Nadie puede hacerlo ya.

Asintió Taylor. Se retiró despacio. Todavía volvió a mirarla desde el umbral de la habitación, encogido de dolor. Era una despedida para siempre, y lo sabía.

—Adiós, Vanessa —murmuró—. Adiós, amor mío…

Caminó con pesadez, como si de repente la vida fuese para él un sendero difícil y penoso. Leslie le puso una mano en el hombro.

—Supongo que te quedas para el entierro… —dijo roncamente.

—Claro. Me quedaré todo el día con vosotros. Es lo único que puedo hacer ya por ella. Estar a su lado hasta el fin…

—Ven. Te enseñaré la nota que escribió antes de morir. La guarda tía Carol. Nadie debe saber que existe. Es la forma de evitar la autopsia, el escándalo…

Siguió al joven hasta un pequeño despacho-biblioteca situado al fondo de la primera planta de aquel edificio Victoriano de Mayfair. Desde allí se oían más próximas las voces apagadas de los reunidos en alguna otra sala de la casa. Leslie Warrington buscó brevemente en un secreter, y regresó con un sobre en cuyo interior apreció una hoja de papel doblada. La mano de Ralph tembló al desdoblar el documento. Reconoció de inmediato la letra de Vanessa, pese a estar ligeramente alterado su trazo, quizá a causa de la tensión del momento en que fue escrita:

«Queridos todos:

»Éste es el mejor final para mí. Quiero liberarme de mis terrores y huir de algo que está en mí misma, sin duda alguna. No veo otra solución. Lamento causaros este dolor, pero os aseguro que para mí significará el descanso eterno. Perdonadme si podéis. Todos vosotros, incluso mi querido Ralph. Os amo. Adiós.

»Vanessa».

—Como ves, pensó en ti en ese momento —dijo Leslie con tono amargo.

—Sí, ya veo —la voz de Taylor sonó rota, temblorosa. Volvió a

leer el mensaje póstumo de la muchacha. Notó lágrimas en sus ojos. Lágrimas que ni siquiera habían salido cuando viejos amigos y camaradas caían bajo las balas o los alfanjes de los hindúes rebeldes, allá en la frontera norte de la India.

Devolvió el papel a Leslie. Se dejó caer en una silla tapizada, estrujando las manos entre sí.

—Pero ¿por qué, Dios mío, por qué? —se preguntó una vez más, desesperadamente, sin que nadie pudiera darle respuesta alguna.

III

Carol Warrington se apoyaba en el fuerte brazo de Ronald Warrington, su primo, padre del joven Leslie. Sheila, la hermana menor de Vanessa, que acababa de regresar de Edimburgo, al recibir el telegrama de la muerte súbita de su hermana mayor, aparecía también enlutada y llorosa, junto a la madre. Saltar de sus estudios y su colegio de Escocia a esta efemérides de muerte y de dolor, había sido sin duda un cambio demasiado brusco en su vida de adolescente.

El grupo familiar en pleno subió al carruaje para dirigirse al cementerio, en compañía de varios amigos, del propio doctor Lanyon y, por supuesto, de Ralph Taylor.

El camino hasta Brompton Cementery, al sur de Earle Court, fue lento y triste, bajo la lluvia tenue y persistente y la bruma espesa que iba haciéndose más densa a medida que avanzaba ta tarde, en un típico día londinense. El suelo, mojado y gris, hacía trepidar los carruajes fúnebres con su empedrado desigual.

La breve ceremonia del funeral iba a tener lugar en aquel recogido rincón del cementerio donde se hallaba el panteón de los Warrington, con su gran cruz de mármol y su lápida, a la que se había añadido con sorprendente prontitud, el nombre de Vanessa, con la fecha de su muerte.

El reverendo Ridgeway comenzó a oficiar los ritos fúnebres previos a la inhumación de los restos de la cripta. Los sepultureros aguardaban con esa especial indiferencia fruto de su oficio. Sobre unas angarillas, esperaba el ataúd de Vanessa, recibiendo en su superficie de lustrosa caoba el fino goteo de la llovizna.

Las palabras del reverendo sonaban como un murmullo lejano. Ralph Taylor tenía la mirada perdida en los tristes cipreses, en el verde césped y en las cruces y ángeles que le rodeaban en el camposanto, mientras sus pensamientos estaban fijos en aquel

cuerpo angelical y hermoso, que iba a desaparecer para siempre en las entrañas de la tierra.

—Adiós Vanessa, querida mía —musitó para sí mismo, acompañando la cita de las palabras sagradas del reverendo—, nunca te olvidaré, por muchos años que pasen. Tu última carta amarilleará con el paso del tiempo, pero será el recuerdo final de tu paso por mi vida, y sólo lamentaré no haber llegado a tiempo para poder hacer algo por ti, para haberte ayudado a vivir… y no a terminar tu joven existencia de este modo. Desde ese frío ataúd que se ha de hundir en la tierra para siempre, ya no puedes escuchar mis palabras. Pero estoy seguro de que, de algún modo, tu alma recibirá mi mensaje y…

Sus pensamientos se interpusieron. Un repentino escalofrío agitó su cuerpo, y no podía atribuirlo a la lluvia ni a la niebla, ni a la espesa y gélida humedad de la tarde. No. Era algo más sutil, mucho menos tangible.

Un terror repentino le asaltó. Una terrible frase de aquella carta acudió a él como un trallazo que hiriera su cerebro:

«… tal vez pienses que soy una loca o una necia, pero he soñado varias veces con la muerte… Si, Ralph… Yo moría… y me sentía enterrada en vida, sufriendo cada segundo de mi agonía en un ataúd… sin que nadie me oyera…».

Enterrada en vida… sin que nadie la oyera…

Miró con pavor el féretro. Borrosamente, llegaron a sus oídos las palabras del reverendo, dirigiéndose a la familia con tono sosegado:

—¿Desean los seres queridos de la infortunada Vanessa Warrington alguna otra cosa antes de proceder a su cristiana sepultura en tierra sagrada?

Un silencio. El murmullo de la lluvia sobre la hierba jugosa y las lápidas, tenía un contrapunto sordo al tamborilear también en la caoba del féretro aún insepulto.

Una idea macabra y atroz cruzó la mente de Ralph en ese momento:

—¿Qué se sentirá al percibir la lluvia sobre la tapa del propio ataúd?

Y como respuesta al reverendo Ridgeway, la voz ronca de Carol Warrington, la madre, entrecortada por el llanto:

—No, reverendo, nada. Procedan a su sepultura… y que Dios

acoja su alma.

—Sí, señora Warrington —dijo el sacerdote, comprensivo.

En ese momento, cuando los sepultureros tomaban el féretro para depositarlo en el fondo del panteón familiar, Ralph elevó su exaltada voz en el tétrico silencio del cementerio:

—¡No, esperen! Soy… era su prometido. Íbamos a casarnos. Deseo verla por última vez… antes de ser sepultada.

Todos los rostros, sorprendidos y sobresaltados, se volvieron hacia él. El reverendo mostró su extrañeza y su desagrado por la petición del joven militar.

—¿Está seguro de lo que dice, señor Taylor? —preguntó el religioso.

—Sí —afirmó Ralph, solemne—. Creo que tengo derecho a ello. Será mi despedida de Vanessa, la que iba a ser mi esposa…

El reverendo cambió una mirada con Carol y Ronald Warrington. La madre de Vanessa le dirigió una ojeada de dolor y rompió en llanto, apoyándose en el pecho de su primo Ronald. Éste observó con reproche a Ralph.

—Querido muchacho, esto es causar innecesariamente más dolor a todos… —le advirtió.

—Lo sé. Yo también sufro, señor Warrington. Pero insisto en mi deseo. No pueden negármelo…

Los sepultureros, curiosos, se habían cruzado de brazos, esperando el desenlace de aquella situación, como si nada de todo eso fuera con ellos.

—Está bien —suspiró por fin Ronald Warrington—. Si así lo quieres… Procedan a ello, por favor. Pero sólo un momento. Ven tú, Carol, no necesitas presenciarlo…

Apartó a Carol de allí, pese a las protestas de ella, cosa de unas cuantas yardas. Uno de los sepultureros, al recibir una indicación afirmativa del reverendo Ridgeway, se inclinó, procediendo a desatornillar la tapa con eficiencia profesional.

Muy pálido, tan impresionado como todos los demás, Ralph dio un paso adelante, en dirección al féretro. La mano firme del doctor Lanyon, aferró su brazo en ese momento. El médico desgranó unas pocas palabras junto a su oído, discretamente:

—Ten cuidado, Taylor, muchacho —avisó—. Cuando te acerques, es posible que ya exista un hedor inevitable, que no va a

ser de tu agrado. Creí que Leslie te había advertido ya de ello…

—Lo sé, doctor —dijo Ralph gravemente—. Lo sé…

Avanzó hacia el féretro. El reverendo también se había echado piadosamente atrás, a la espera de que todo aquello terminase, pudiendo culminar la fúnebre ceremonia. Los tornillos ya habían cedido. El otro sepulturero se aproximó al féretro y levantó la tapa trabajosamente.

—Ya puede mirar, señor —dijo.

Ralph Taylor avanzó resueltamente. El rostro de la bella muchacha que parecía dormir aparecía allí, sobre el lecho carmesí de raso, en un reposo que sería ya eterno, como lo es siempre la muerte. Se arrodilló, disponiéndose a darle el último beso. Gotas de fina lluvia humedecieron sus cabellos rojos y su tersa piel sedosa. Ralph no captó de momento fetidez alguna en el cadáver.

Y de repente, sucedió lo más terrible y macabro que era dado imaginar.

Un grito agudo, terrible, escapó del ataúd cuando Ralph Taylor besó los yertos labios de la joven.

Retrocedieron todos, despavoridos. Incluso uno de los sepultureros estuvo a punto de caerse al fondo de la cripta, cuando tropezó con la lápida situada a un lado.

Un horror indescriptible se apoderó de todos cuando Vanessa Warrington se incorporó… y *salió del ataúd*.

IV

El doctor Clive Lanyon se enjugó el sudor de su frente cuando tomó la toalla y secó sus manos, encaminándose luego a recoger su chaqueta, colgada de un perchero de aquel lóbrego salón de la Morgue.

—Lo siento, señor Warrington —dijo pesadamente—. Ahora ya no hay otro remedio. Tengo que proceder a la autopsia, nos guste o no.

—¿Por qué, doctor? —se quejó amargamente el tío de Vanessa, que acababa de ponerse en pie, yendo con rapidez hacia el médico desde el largo banco de desnuda madera, que corría paralelo a las mesas de mármol de aquella tétrica cámara de muros de piedra y luz de gas.

—Usted lo sabe muy bien, como lo sabemos todos. Se intentó evitar algo tan poco agradable para todos, pensando que era un caso claro de suicidio mediante un tóxico vegetal de difícil adquisición en Inglaterra. Pero después de lo sucedido esta tarde en el cementerio, no hay otro remedio. Creo que usted lo entenderá muy bien.

—Sólo entiendo que el escándalo va a salpicar ahora a todos los Warrington. Si al suicidio unimos el suceso del cementerio de Brompton…

—Eso no creo que se difunda demasiado. El reverendo Ridgeway no piensa hablar con nadie, salvo con la policía. En cuanto a mí, ocurre igual. Aceptaré mis responsabilidades médicas y penales como autor del certificado de defunción por muerte natural, sabiendo que era un suicidio. Los sepultureros no creo que anden por ahí contando nada a nadie, y la policía ha prometido total discreción, gracias a la amistad de la familia con el superintendente McGavin de Scotland Yard.

—Pero ¿qué ganaremos con la autopsia? ¿Está muerta mi

sobrina o no? Ésa es la auténtica cuestión, doctor.

—Mire, lo sucedido hoy antes de la inhumación no tiene el menor sentido —declaró sin rodeos el médico, limpiando con cierto nerviosismo los cristales de sus lentes de pinza con un pañuelo—. Sabemos que Vanessa estaba muerta.

—Pero resucitó en pleno cementerio.

—Ya lo sé. Eso es lo que no tiene sentido, señor Warrington.

—Ralph ha expuesto una teoría sobre eso, recuerde: catalepsia.

—No podemos estar seguros de eso. La catalepsia es una enfermedad, no tan frecuente como los escritores tremendistas pretenden. Pero su sobrina no falleció de aparente enfermedad o colapso, sino envenenada. El veneno mata a cualquiera, cataléptico o no. No hay razón alguna para que ella saliera del ataúd en ese momento.

—Pero salió.

—Diablos, ya sé —se irritó el médico, soltando un resoplido—. Por eso no quiero correr más riesgos. Sería monstruoso haberla vuelto a meter en ese féretro cuando, tras caminar unos pasos ante el horror de todos nosotros, nos miró con aquellos ojos suyos, tan insondables que parecían reflejar todas las sombras del Más Allá, y gritó de nuevo, dirigiéndose con los brazos abiertos hacia ese joven, Ralph Taylor. Entonces, cayó de bruces. Y no se levantó más. Estaba muerta, señor Warrington.

—También parecía estar muerta antes, ¿no es cierto?

—Sí, sí. Por eso ahora reposa aquí, en la propia Morgue, esperando a que esta madrugada le hagamos la autopsia y salgamos de dudas.

—La autopsia… Si estuviese realmente viva… la disección la mataría, ¿no?

—Por el amor de Dios, amigo mío, ella no está viva. El fenómeno ocurrido en el cementerio es inexplicable, pero ella no podía vivir ni antes ni después de suceder aquello. Déjeme que esta noche salgamos de dudas, mi querido amigo, se lo ruego. Cuando den las cinco de la mañana, ella llevará muerta treinta y seis horas. No hay catalepsia que dure tanto. Clínicamente, sería imposible.

—¿Y clínicamente… no es imposible que una difunta salga del ataúd y camine, que grite… e incluso que *pronuncie el nombre de su novio*, como todos pudimos oír claramente de sus labios, antes de

caer definitivamente?

El doctor Lanyon inclinó la cabeza, con un suspiro, ajustándose de nuevo los lentes a su corva nariz, enrojecida por su afición al buen *brandy* y al mejor oporto. Se encogió de hombros por fin, moviendo la cabeza desalentado.

—Sí, admito que sí —dijo con tono cansado—. Pero no puedo hacer otra cosa, amigo Warrington. No sé qué hacer… ni sé lo que sucedió. Tal vez esta misma mañana tengamos la respuesta…

Y dirigió una mirada triste, profundamente ensombrecida y perpleja, a la puerta cerrada tras la cual, en una mesa de mármol, reposaba el cadáver de Vanessa Warrington, a la espera de la autopsia que tendría lugar esa madrugada en la sombría Morgue de la ciudad de Londres.

V

Sheila Warrington tomó un sorbo de la copa de oporto. Se echó atrás su cabello rojo como el de su hermana Vanessa, pero menos oscuro, y clavó los ojos pardos, rasgados, inteligentes y vivaces, en el hombre que la hacía compañía en esos momentos en el gabinete de la casa de Mayfair, extrañamente silenciosa y lúgubre ahora.

—¿Cómo te sientes, Ralph? —quiso saber la muchacha solícitamente.

—Mal —suspiró Taylor—, pero algo mejor que antes, Sheila.

—Yo tampoco me encuentro muy bien. Ese oporto me ha dado algún ánimo.

—No fíes demasiado en la ayuda del alcohol —sonrió tristemente el joven oficial de lanceros, dirigiéndole una mirada afectuosa—. Es mal amigo a la larga, te lo aseguro.

—Sí, lo supongo —suspiró ella, moviéndose incómoda en su butaca, frente al fuego que chisporroteaba en la chimenea. Dirigió una ojeada al reloj de pared, que marcaba las tres y algunos minutos de la madrugada—. Es una lenta espera, Ralph.

—Muy lenta, sí.

—¿Crees que debemos permanecer levantados, despiertos, esperando… lo que sea? El doctor aconsejó lo contrario y pudo habernos administrado unos sedantes…

—Prefiero esperar despierto —rechazó Taylor—. Es mejor así. Sé que no podría dormir ni con sedantes, Sheila.

—Lo creo —se estremeció ella—. Ha sido todo tan extraño, tan terrible…

—¿Terrible? No sé… Por un momento pensé que ella volvía a la vida, que mis pesadillas durante el viaje, y sus propios temores expresados en una carta, eran verdaderos. Luego, cuando la vi caer, antes de poder abrazarme, pronunciando mi nombre por última vez, con aquella desesperación infinita en su mirada… sentí más dolor

que nunca. Y un horror difícil de explicar.

—Horror, ¿a qué, Ralph?

—No lo sé. Eso es lo peor. No sé qué pudo causarme aquel repentino pánico. Su aparente resurrección, no. Era algo que casi presentía, algo que me hizo insistir en levantar aquella tapa contra la voluntad general. Pero sus ojos… Es como si hubiera querido decirme algo. Algo demasiado horrible para ser imaginado. Algo que, quizá, tenga su razón de ser fuera de este mundo, en las frías tinieblas de la Muerte de las que ella venía…

Bajó la cabeza con desaliento. Sheila alargó una mano y la puso cariñosamente en la rodilla de Taylor. Le presionó suave, alentándole:

—Serénate, Ralph. Después de todo, conseguiste lo que nunca hubieras imaginado: despedirte de ella… en vida.

—¿En vida? —Taylor enarcó las cejas—. ¿Eso era vida… o un remedo extraño de la misma? Es lo que me tortura ahora, Sheila. Algo que no puedo entender. El doctor tiene razón. Si se envenenó, la catalepsia no tiene nada que ver en la cuestión. Era una muerte real la suya. Y sin embargo…

—Sin embargo, salió del ataúd y fue hacia ti. La oímos gritar, vimos su mirada… que parecía querer aferrarse a esta vida. Dios mío, Ralph, todo es inexplicable. El doctor Lanyon no entiende nada, el reverendo Ridgeway lo atribuye a poderes malignos, y el superintendente McGavin no sabe qué pensar.

—Y mientras tanto, en una fría losa del depósito de cadáveres, Vanessa espera a ser diseccionada en una autopsia… —murmuró Ralph ocultando el rostro entre ambas manos.

—Así es —de nuevo miró Sheila el reloj—. Si a las cinco de esta madrugada no ha habido reacción alguna, significará que está realmente muerta. El doctor espera obtener una respuesta al fenómeno a través de la autopsia. ¿Qué respuesta puede ser ésa, Ralph?

—No lo sé —confesó él—. No sé nada de nada…

Sheila le puso nuevamente una copa de oporto, absteniéndose ella de tomar otra, y luego se puso en pie.

—Voy a preparar un poco de café —dijo con espontaneidad—, ambos lo necesitamos.

La joven hermana abandonó el gabinete. Ralph, con su mirada

fija en los leños que ardían en el hogar, permaneció quieto, silencioso, como sumido en un trance hipnótico, sin saber realmente si estaba despierto o si las pesadillas iniciadas durante su viaje marítimo continuaban más obsesivas e incomprensibles que nunca. El negro gato de los Warrington se restregó, perezoso, en sus piernas.

La madrugada fue transcurriendo, lenta e interminable. Fuera de la casa de los Warrington seguía lloviendo, y la niebla era tan densa que apenas si se distinguía la luz de las farolas de gas a veinte yardas de distancia. De vez en cuando, un carruaje de caballos rodaba por el empedrado. Otras veces, algún moderno automóvil a motor trepidaba por las calles desiertas, perdiéndose en la distancia. El gato, por fin, se alejó, ronroneante.

A las seis y media, el superintendente McGavin, de Scotland Yard, llamaba a la puerta de la casa. Le abrió el propio Ralph, despeinado, ojeroso y pálido, con expresión ansiosa.

—Ah, ¿es usted? —Preguntó, desilusionado, al reconocer al visitante que esperaba en los escalones de acceso, empapado por la lluvia—. Pase, superintendente. Aguardábamos al doctor Lanyon, con noticias de la autopsia…

—Lo sé —carraspeó el policía, despojándose de su gabán mojado y de su sombrero hongo, que colgó del perchero del vestíbulo. Se atusó sus rojizos bigotes de escocés de pura cepa con un carraspeo —, ¿puedo entrar, señor Taylor?

—Por supuesto. Pase a ese gabinete. La señorita Warrington y yo estamos esperando noticias, tomando café. ¿Desea una taza?

—Sí, por favor. Hace un frío y una humedad de mil demonios esta mañana…

Entró en el gabinete, haciendo una cortés inclinación de cabeza a Sheila Warrington, que le sonrió también por cortesía.

—En realidad venía a ver al señor Warrington —dijo el policía, sentándose ante el fuego y calentando sus manos—. ¿Duerme acaso?

—Todos duermen, gracias a los sedantes del doctor Lanyon — asintió Ralph—. Pero si es importante, puedo llamarle de inmediato…

—No, no, déjelo ahora —le interrumpió el superintendente, alzando la mano—. Después de todo, creo que usted y la señorita

Warrington deben ser los más interesados en conocer el resultado de la autopsia del cuerpo de Vanessa Warrington…

—¿Es que usted lo sabe ya, superintendente? —preguntó Ralph con viveza, volviéndose hacia el hombre de Scotland Yard.

—Bueno, no puede decirse que lo sepa —resopló McGavin—. Me temo que ya nadie lo sepa jamás, a menos que…

—A menos… ¿qué? —preguntó Ralph, repentinamente tenso—. Termine de una vez, superintendente, se lo ruego. Advierto algo extraño e inquietante en sus palabras…

—Es lógico, amigo mío —suspiró el policía—. Me siento mucho más inquieto y preocupado de cuanto puedan suponer, Hace pocos minutos me he enterado de que el cadáver de Vanessa Warrington… ha desaparecido de la Morgue.

—¿Desaparecido? —Repitieron a dúo, con repentino horror, ambos jóvenes.

—Eso dije: desaparecido. Sin dejar rastro.

—¡Dios mío! ¿Cómo pudo ocurrir? —Musitó Taylor—. ¿Qué dice el doctor Lanyon a eso?

—El doctor no puede decir nada ya, señor Taylor: está muerto.

—¡Muerto!

—Asesinado, para más detalles… Alguien le destrozó la garganta con terrible furia, hasta causarle la muerte. Ha sido hallado en un enorme charco de sangre, con la nuez y la tráquea reventadas, justamente al lado de la losa de mármol donde reposaba el cuerpo de su prometida esperando la autopsia…

PRIMERA PARTE

Enero, 1919

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Feliz 1919!

—¡Feliz Año Nuevo a todos!

Estalló el burbujeo alegre del champán, mientras los tapones se disparaban al aire, como si esos inofensivos, incruentos proyectiles, vomitados por chispeantes bocas de cañón talladas en vidrio, fuesen la rúbrica final a todo un período en el que los disparos habían sido mucho más crueles y mortíferos.

Ya nadie parecía acordarse de que, solamente cincuenta días atrás, aún tableteaban las ametralladoras y rugían las auténticas piezas de artillería en los frentes de Europa. Ya nadie daba la impresión de pensar en que, hacía escasas semanas, el horror y la muerte dominaban los campos de batalla europeos, sembrando de bajas ambos bandos en lucha, a los acordes de la *Madetón* o de *Lili Marlen*, cuando no del tradicional y británico *Typerrary*.

La guerra, con sus espantos, quedaba atrás. Era la paz tras el armisticio. Y tal vez la mejor manera de celebrar esa paz, era decirle alegremente «adiós» al último año de contienda bélica, al ya fenecido 1918. Quizá por eso, una multitud se apiñaba en Trafalgar Square o en Piccadilly, esa noche del treinta y uno de diciembre, para saludar con jolgorio y renovadas esperanzas —esperanzas siempre ensombrecidas por los negros nubarrones que supone todo período de posguerra—, al flamante y recién nacido año 1919.

Todavía en muchas reuniones de Londres, los fracs o *smokings* alternaban con el caqui de los uniformes militares. Muchos hombres, jóvenes y no tan jóvenes, lucían sus medallas al pecho, o la huella irreparable de sus mutilaciones, vistiendo con orgullo las ropas de oficial o de jefe que llevaran en campaña en días mucho menos felices para todos.

La recepción de fin de año de los Hartfield no era una excepción.

Y el mayor Ralph Taylor, del Arma de Caballería del Ejército de

Su Majestad, tampoco podía serlo en semejante noche, en semejante fecha. Hubiera considerado una traición a tanto compañero muerto en el campo de batalla a su lado, durante aquellos infernales meses de lucha final en Francia y Bélgica, olvidarse del uniforme en esa noche que era como el pórtico a un mañana más esperanzador para todos. A algunos, en su lecho de muerte de un hospital de campaña, o en el fango de las trincheras batidas por los cañones enemigos, había prometido celebrar el nuevo año en Londres, en una noche así, si lograba terminar con vida aquella guerra, brindando con una copa de champaña por tanto camarada desaparecido para siempre, y sepultado en las campiñas francesas o belgas.

Y así lo estaba haciendo en este momento.

Alzó su copa, burbujeante y dorada, en un gesto de instintiva seriedad y ceremonia sencilla y humana. Musitó entre dientes:

—Por Inglaterra. Por vosotros, los que ya no podéis estar aquí ni estaréis jamás. Por todos. Por ti también, Sheila…

Y las copas de ambos chocaron con un musical tintineo cristalino. Se miraron a los ojos. Bebieron. En el pecho del mayor, brillaba a la luz de las lámparas el metal de las condecoraciones ganadas con valor y sacrificio. En sus ojos, sólo había el brillo de la emoción y del recuerdo. Quizá, también, la alegría del retorno.

—Querido… —susurró Sheila, al dejar su copa vacía sobre la mesa—. Feliz Año Nuevo…

—Feliz año, amor mío —respondió Ralph.

Se inclinaron el uno hacia el otro. Se besaron. Largamente. Silenciosamente. Emotivamente.

—¡Bravo por la bella y joven pareja! —Palmoteó alguien, mientras lanzaba la alegre exclamación cerca de ellos. Después, el palmoteo se hizo ovación cerrada.

Ambos, sonrientes, se volvieron a cuantos les rodeaban. *Lady* Vivían Hartfield, la anfitriona, sonreía al frente de muchos de sus invitados, aplaudiendo el beso de ambos.

—Me harán ruborizar —rió de buen humor Sheila—. ¿Es que una mujer no puede desear un feliz año a su marido?

—Por supuesto, querida —asintió risueña *lady* Hartfield—. Pero no con un beso digno de John Gilbert o de Charles Farrell… (*Famosos artistas de cine de la época, especializados en papeles de galanes románticos*).

—¿Qué es eso, *lady* Vivían? —terció Ralph—, ¿envidia o celos?

—Ambas cosas, mi joven amigo —dijo la dama, soltando una suave carcajada.

—Eso de «joven» ya no reza demasiado conmigo —suspiró Taylor, sirviendo más champaña en las copas—. Vean mis canas. Pueblan ya en exceso mis patillas y mis sienes…

—Canas prematuras diría yo —opinó *sir* Charles Hartfield, el dueño de la casa, interviniendo en la conversación—. Aún no has llegado siquiera a los cuarenta, muchacho. A eso le llamo yo ser un mozo todavía. ¡Y ya con el grado de mayor y todas esas medallas! Debes sentirte muy orgullosa de tu marido, Sheila.

—Eso, por supuesto —asintió la joven de cabellos color cobre oscuro, y profundos ojos jaspeados—. Muy orgullosa, *sir* Charles. Y feliz por haber podido, al fin, disfrutar de una cierta luna de miel…

—¿Qué mejor luna de miel que casarse en París y pasar la noche de bodas en Bruselas? —comentó irónica *lady* Vivian.

—No me recuerde eso —suspiró Sheila—. Cada vez que pienso en esos momentos, con Ralph en el hospital de campaña, recibiendo un permiso para casarse conmigo en París, y tomar luego aquel avión hasta Bruselas, en medio aún del fuego enemigo… Si hubiéramos esperado sólo dos semanas, podríamos habernos casado tras el armisticio, pero nos dimos demasiada prisa.

—Hicisteis bien —aprobó *sir* Charles—, tal vez vuestra boda trajo suerte a todos, y hasta Alemania reconsideró su postura y aceptó el armisticio.

—Bueno, mirando así las cosas… —Ralph sonrió, encogiendo sus hombros—. Pero no me gustaría repetir la experiencia.

—¿Ah, no? —Le miró Sheila con divertido enfurruñamiento—. ¿De modo que no volverías a casarte conmigo?

—No, no dije eso, querida —suspiró el mayor Taylor jovialmente—. Aludía a la experiencia del permiso, la boda precipitada en París, con el general Thompson como padrino de bodas y tu compañera de hospital, la enfermera Leclerc como madrina… y luego aquel horrible aeroplano rumbo a Bruselas, para incorporarme a mi nuevo puesto… Por suerte, en seguida terminó la guerra y pudimos volver a Inglaterra, ya desmovilizado.

—Vuestra vida ha sido una auténtica novela, queridos —terció ahora *lady* Spencer, siempre con su cabello intensamente blanco,

sus largos vestidos negros de terciopelo y sus collares de perlas, apoyándose en aquel bastón con empuñadura de plata—. Encontraros ambos en aquel hospital de campaña de Francia, el uno como militar herido en combate, la otra como enfermera para los aliados… Y entonces, se dan ambos cuenta de que no sólo son dos buenos amigos que han estado carteándose como tales durante toda la guerra, sino que sienten algo más profundo el uno por el otro, y terminan casándose, enamorados como dos tórtolos…

—Dos tórtolos de treinta y ocho y treinta y dos años respectivamente —replicó riendo Sheila—. No lo olvide, *lady* Spencer.

—Oh, hijos, sois únicos para estropear el romanticismo de una bella historia de amor —se quejó la vieja dama con aire de reproche. Luego les dirigió su más dulce sonrisa y añadió—: Pero sé que, en el fondo, no sólo sois aún muy jóvenes para amar y ser amados, sino que os sentís como dos muchachos que acaban de iniciarse a la vida adulta. Me consta. Se os ve en esa felicidad maravillosa que os asoma a ambos a los ojos, queridos míos…

Sheila y Ralph se miraron, mientras sentían. Sus ojos se encontraron. Brillaba en ellos el resplandor de su reciente y honda dicha por haberse dado cuenta de lo que sentían el uno por el otro, después de tantos años de conocerse, de ser amigos y camaradas antes y durante la guerra.

—Es tal su felicidad que ya no parece haber existido nunca Vanessa Warrington, ¿no es cierto?

Fue como si, de repente, un cuchillo helado hubiese cortado el calor emotivo de la escena, calando hondamente en los dos y helando la sonrisa en los labios de ella y de él.

Volvieron la cabeza con rapidez hacia el hombre cuya voz, suave y apacible, casi melosa, había sonado para pronunciar, sin embargo, tan frías y malévolas palabras.

Se encontraron con un perfecto desconocido. Un hombre de aspecto agradable, aunque sus palabras desmintieran esa apariencia. Alto, esbelto, de facciones algo angulosas, ojos grises y risueños, de una rara fijeza, impecable frac, pero con el detalle algo anárquico de un chaleco de tejido negro y dorado, adamascado. Sus manos delgadas y sensitivas tomaban entre ambas una copa mediada de champaña, que alzó, ampliando su sonrisa en esos

momentos, al verse contemplado por la pareja.

—Por ustedes, señores Taylor —saludó, cortés.

Y tomó un trago. El hielo parecía seguir flotando ahora en la atmósfera del salón de la residencia de los Hartfield en Regent's Park. Era como si aquel desconocido, al hablar de tal modo, hubiese hecho añicos la cordialidad existente antes.

—Perdone, pero no creo que nos hayan presentado nunca… —dijo con sequedad Ralph, sujetando una mano de Sheila que, de súbito, se había vuelto fría y temblorosa entre sus firmes dedos.

—Oh, qué lamentable distracción —terció con vivacidad la anfitriona, dando unos pasos hacia el caballero de frac—. Mi querido señor Derrick, le presento al matrimonio formado por Sheila y Ralph Taylor, unos excelentes amigos de esta casa. Queridos, este caballero es Maxwell Derrick, un importante hombre de negocios de esta ciudad, qué ha residido mucho tiempo en la India.

—Podría decir que es un placer conocerle, si no hubiera sido porque su primera intervención al dirigirse a nosotros ha sido más bien infortunada, señor Derrick —respondió fríamente Ralph con una leve inclinación.

—Ralph, por Dios… —susurró Sheila, apretándole una mano. Y luego, con forzada sonrisa, que no lograba disipar su encanto y atractivo, se volvió al caballero Derrick para añadir—: Mi esposo es muy impulsivo. Lo ha sido siempre. Pero debe disculparle. A ambos nos sorprendió la mención del nombre de mi difunta hermana. Pero es lógico que, a pesar de su recuerdo, nos hayamos casado. Las personas siguen viviendo, señor Derrick, y no pueden permanecer toda su existencia esclavas de un recuerdo, por profundo que éste haya sido.

—Por supuesto, por supuesto, señora Taylor —Derrick se inclinó ante ella, más cortés que nunca, dibujando una agradable sonrisa en sus labios sensuales—. Discúlpame si he pecado de torpe y de inoportuno. Pero alguien me contó la historia de su hermana y me vino a la mente al verles, eso fue todo. ¿Perdonado?

—Perdonado —asintió Sheila, con encantadora sencillez.

—Sí, ¿por qué no? —Ralph se encogió de hombros, todavía hostil—. Nosotros no negamos nada del pasado ni renunciamos a él,

señor Derrick. Forma parte de nuestras vidas. Pero no deja de ser solamente eso: el pasado.

—Desde luego —miró en derredor—. Por cierto, me dijeron que vería a sus familiares, la familia Warrington, en esta fiesta, señora Taylor…

—Difícilmente podrá hacerlo. Están en París ahora, y salen un día de estos hacia Italia. Un viaje que durará algunas semanas. Mi primo Leslie tal vez vuelva antes, pero no es seguro. ¿Acaso tiene negocios con ellos?

—No, señora. Pero deseaba hablar con su familia para adquirir ciertas cosas que creo que están dispuestas a subastar…

Sheila se puso algo rígida. Taylor entornó los ojos, pensativo, estudiando a Maxwell Derrick con creciente antagonismo. De nuevo cometía un error imperdonable, que no podía saber si era intencionado o fruto de una inexplicable torpeza en hombre con apariencia de ser culto y refinado.

Todo Londres sabía que los Warrington pasaban una mala época y habían puesto ciertos bienes suyos a la venta en pública subasta, pero no era esta forma de referirse a ello.

Lady Hartfield terció muy oportuna en la situación, acaso intuyendo que la réplica del mayor Taylor en esta ocasión podía ser mucho más dura que antes.

—Por favor, señor Derrick, nada de hablar de negocios en una noche como ésta —protestó, colgándose del brazo del caballero del chaleco negro y oro—. Vamos, me debe un baile, recuerde. Y la orquesta está iniciando ahora mismo un vals, que es mi música favorita…

—Será un honor bailar con usted, *lady* Vivian —dijo galantemente Derrick, con su mejor sonrisa, iniciando la marcha hacia la cercana sala destinada al baile. Antes, se volvió hacia los Taylor e hizo una reverencia leve con su cabeza y hombros—. Ha sido un auténtico placer, señores. Mayor… siempre a su disposición para cuanto gusten. Señora Taylor, a sus pies.

Se alejó con andares arrogantes hacia el salón. Ambos le siguieron con mirada pensativa, nada amable. *Sir* Charles carraspeó, echando champaña en sus copas.

—Un tipo tan elegante y distinguido como inoportuno en todos sus comentarios —juzgó, meneando la cabeza—. A veces no sé si lo

hace a propósito, la verdad.

—¿Quién es él, exactamente? —quiso saber Ralph, con un brillo en sus pupilas.

—Ya se lo dijo mi esposa: un hombre de negocios. Parece muy rico. Llegó recientemente de la India, según parece, donde se dedicó a la exportación de especias y de té con Gran Bretaña. Es posible que ahora reanude ese negocio aquí como importador, no sé.

—Es curioso. Yo también pensaba dedicarme a ese negocio, ahora que la guerra ha terminado y hay que pensar en establecerse de alguna manera —dijo Ralph, meditativo—. ¿Sabe en qué parte de la India estuvo ese hombre?

—Creo que en el Norte, en Bengala, pero no estoy seguro. Tiene un modo raro de mirar, ¿no es cierto? Demasiado fijo, diría yo. Parece estar intentando leer los pensamientos de uno. No me gusta la gente así.

—Yo diría más —dijo lentamente Sheila—. Parece estar desnudando a una mujer cuando la mira…

Ralph notó el leve estremecimiento de Sheila al hacer ese comentario. Pero un momento más tarde, todo lo referente al caballero Derrick estaba olvidado, y ambos bailaban a los acordes de un vals, entre decenas de alegres parejas.

Cuando terminaron de bailar, el hombre de los comentarios inoportunos no aparecía por parte alguna, y *lady* Vivian había formado un amplio y nutrido corro de personas en otro saloncito anexo, cuyo motivo desconocían los Taylor.

—¡Eh, mis queridos amigos, vengan aquí! —pidió—. Tenemos entre nuestros invitados a una persona muy especial, que seguramente hará sus delicias, como las de todos mis invitados… Vengan en seguida, se lo ruego. Van a pasarlo muy bien con la señora Leighton, palabra.

—Vamos allá —suspiró Ralph, sonriendo a su esposa—. Me temo que no podamos escapar de nuevo a la tremenda e irresistible *lady* Vivian, con sus caprichos de niña malcriada. A ver cuál es la novedad…

Se reunieron con el corro de curiosos, viendo en medio del mismo a una dama acomodada en una butaca de alto respaldo, sujetando entre sus manos la de uno de los invitados. Parecía profundamente abstraída, examinando la palma de esa mano.

—Oh, no —susurró Sheila—. Una quiromante…

—Me aburren estas adivinas que no aciertan nada, salvo lo rutinario —se quejó Ralph entre dientes—. Si pudiéramos excusarnos…

No era tan fácil eso, ni mucho menos, estando *lady* Vivían Hartfield por medio. Tomó a Ralph por un brazo y tiró de él, arrancándole a viva fuerza de la proximidad de Sheila.

—Venga, venga, mayor. La señora Leighton es un prodigio leyendo el destino de las personas en las rayas de su mano, se lo aseguro. Lo va a comprobar por sí mismo… Mi querida señora Leighton, ¿quiere por último leerle la mano a este aguerrido y guapo oficial de nuestro triunfante ejército?

—Será un placer —asintió la dama, soltando la mano del otro invitado, que parecía perplejo por el acierto de la adivina, para tomar entre las suyas la de Ralph.

Éste observó a la mujer en cuestión. Aunque llevaba un vestido gris oscuro, de raso, bastante discreto, y un collar de ámbar en torno a su largo cuello, no creía que fuese una dama de buena posición social. Había algo vulgar en su rostro redondo, en los dedos cortos de sus manos nada refinadas, y un peinado poco distinguido en su cabello canoso. Sin embargo, sus ojos eran grandes, oscuros y profundos, y parecían poseer cierto magnetismo al mirar.

Contempló la palma de la mano de Ralph, mientras éste sonreía, guiñando un ojo a la risueña Sheila, mezclada entre el grupo de los demás curiosos.

—Veo en su mano cosas en principio interesantes, mayor —dijo con parsimonia la tal señora Leighton, como si estuviese de veras muy concentrada en su tarea—. Cosas que hablan de un hombre valeroso, obstinado e inteligente, que rara vez se da por vencido en algo.

«Pura rutina», pensó Taylor, divertido a su pesar. «Eso le dirá a todos».

La señora Leighton proseguía, fijos sus ojos en la mano de Ralph:

—Ha estado en tierras lejanas varias veces, y siempre por motivos de armas. Es un hombre de convicciones profundas, salud admirable y vida azarosa. En cuanto a su futuro, yo…

La mujer se detuvo. Ralph notó que crispaba sus manos,

apretándole con rara fuerza la suya. Notó una sacudida en ella, como si la señora Leighton hubiera sufrido un espasmo violento.

—¿Y bien? —La apremió *lady* Vivian—. ¡Prosiga querida, estamos sobre ascuas!

—Dios mío… —jadeó la mujer, levantando los ojos hacia Taylor.

Éste arrugó el ceño. La mujer estaba pálida. Los ojos oscuros tenían un brillo extraño, inquietante. Parecía muy agitada.

«Supongo que está haciendo teatro para darle mayor valor a su pantomima», reflexionó Ralph, indiferente, pero añadió, ahora en voz alta:

—Adelante, señora Leighton. ¿Tan horrible es lo que ve en mi mano?

—Mucho… Mucho, señor… —jadeó ella, con voz ronca, volviendo a mirar' la mano del mayor como hipnotizada—. Veo… veo ahí la sombra negra de… de la Muerte.

—¿La Muerte? —*Lady* Vivian parecía realmente impresionada.

—Sí… Veo alguien que está muerto… y que sin embargo, le ama. Le ama a usted *después de muerta*… Una mujer… una mujer hermosa… de cabellos color de fuego…

—¿Qué? —Esta vez era Ralph mismo quien lanzaba una imprecación, mirando con una mezcla de asombro y de sobresalto a la mujer, para luego cambiar una mirada con Sheila que, de repente, también se había demudado—, ¿qué es lo que dice, señora?

—La Muerte… está junto a usted. Puedo verla… Forma parte de su existencia… Es horrible… Está aquí, a su lado. Le sigue… ¡Dios mío, veo en su mano, mayor, que alguien volverá de la tumba para reprocharle que haya olvidado tan pronto…! Lo demás es… ¡no, no! ¡Lo demás es demasiado espantoso para contarlo, lo siento!

Soltó la mano de Ralph como si ésta quemase. Se incorporó precipitadamente, derribando su copa de champaña, que se hizo añicos en el suelo, tomó un chal de cachemira que tenía sobre el respaldo de la butaca, se disculpó torpemente con todos los presentes y, abriéndose paso entre el asombrado corro de gente, salió disparada hacia la salida de la mansión.

Fue tal el estupor de todos, que durante unos segundos nadie reaccionó. Todas las miradas estaban fijas ahora en Ralph. Éste, confuso, se contempló su propia mano, extendida y rígida, sin ver otra cosa que surcos marcados en su piel, rayas que nada le decían.

Sheila estaba pálida como una difunta, los ojos hermosos clavados en su marido, con una especie de helado estupor.

—¡Jesús…! —Murmuró *lady* Vivian, saliendo de su pasmo—. ¡Qué cosas dijo esa mujer! Yo que usted, mayor, no le haría demasiado caso. Creo… creo que no debimos jugar a esto, la verdad.

—¿Quién es esa mujer, *lady* Vivian? —respondió Ralph con una pregunta.

—La señora Leighton. Sybil Leighton…

—Sí, ya sé. Pero ¿quién es, exactamente? ¿De qué la conoce?

—Pues si he de decirle la verdad, lo ignoro. Estaba aquí esta noche, al parecer invitada por mí o por mi esposo. O quizá no. ¿Quién sabe, en noches así, quién entra y quién sale, quién es conocido y quién no? He visto un montón de caras desconocidas por ahí. Hay gente que viene con amigos suyos y me los presenta, pero acabo por no recordar quién trajo a quién —confesó con su eterno aire de despistada la dueña de la casa.

—Ya —Ralph se abrió paso entre los circundantes con repentina energía—. Permítanme, por favor…

—Ralph, ¿adónde vas? —quiso saber su esposa, alarmada.

—Es sólo un momento, Sheila —se excusó él—. Voy a la puerta, nada más…

Cruzó dos salones, llegando al vestíbulo. La puerta estaba todavía entreabierta, sin duda tal como la había dejado la señora Leighton al abandonar la casa. Salió rápido a la calle. Regent's Park aparecía enfrente, con su oscuridad en la noche de niebla y frío de aquel 31 de diciembre de 1918. Las farolas brillaban mortecinas en la bruma. Miró a uno y otro lado. Un automóvil se alejaba en la distancia, pero no podía saber si era un taxi y la señora Leighton iba en él, o la dama se había alejado por su propio pie del lugar. No vio el menor rastro de ella, pese a que se acercó hasta la esquina.

Regresó lentamente, con gesto ceñudo, a la fiesta de fin de año. Sheila le esperaba en el vestíbulo, con una sombra en su rostro.

—¿La has encontrado? —preguntó.

—No —negó él, contrariado—. Ni el menor rastro de ella.

—Déjalo —la joven le tomó del brazo, llevándole hacia el

interior de la mansión llena de luces, de gente, de ruido, voces y música—. Esa clase de personas siempre hacen cosas así. Forma parte del espectáculo. Les gusta inquietar a los demás. En el fondo, creo que no dicen más que mentiras y tonterías.

Ralph no respondió. Llegaron a la salita donde la quiromante leyera las manos a los invitados. Ya no había nadie en el lugar donde tuvo lugar la sesión de adivinación del porvenir. *Lady* Vivian tal vez estaría buscando otras diversiones.

—Creo que nos vamos a casa, Sheila —dijo brevemente Ralph, tras una vacilación.

—Sí, querido, como quieras —asintió ella, aparentemente tan desganada como él de continuar allí, disfrutando de los festejos del nuevo año 1919.

CAPÍTULO II

—¿Sigue lloviendo?

—No. Ahora es nieve y no agua lo que cae. No cuaja por la humedad, pero los copos caen con mayor intensidad cada vez —suspiró Ralph Taylor, apartándose de la ventana y volviendo a la butaca situada frente al alegre fuego de la chimenea, donde Sheila hojeaba el Times de aquel día, una vez terminadas las tareas habituales de la casa.

—Enero va a ser un mes muy frío, al parecer —juzgó la joven, moviendo la cabeza con cierto pesimismo.

—Los inviernos en Londres siempre acostumbran a serlo —comentó Ralph, sentándose con cierta apatía, la mirada distraída, perdida en un punto indefinido de la habitación—. Pero resultaban mucho peores en el frente.

—No me lo recuerdes —suspiró ella—. Aún está fresco en mi memoria el anterior, en un horrible hospital de campaña, mientras los bombardeos enemigos hacían temblar el suelo y agitaban las lámparas de petróleo y de carburo en el interior. Fue algo horrible, Ralph.

—Todo aquello lo fue. Por fortuna, ya queda lejos, aunque haga tan poco tiempo que terminó. Fue como una pesadilla. A veces todavía sueño con aquellos horrores, y me despierto asustado, hasta comprender que sólo ha sido eso, un simple sueño.

—No me hables de sueños —ella dejó un momento el Times, mirándole con un gesto de repentina angustia—. Anoche… anoche soñé con ella.

—¿Con ella? —se extrañó Ralph.

—Sí. Con Vanessa.

—Vanessa… —Se estremeció Ralph—. Dios mío.

—Supongo que es natural, después de lo que sucedió la semana pasada en aquella fiesta de fin de año en casa de los Hartfield.

—Sí, eso es cierto. Yo no he soñado, pero pienso mucho en ello, la verdad. Me pregunto si aquella mujer no se inventó toda esa sarta de tremendismos…

—¿Y cómo puso saber ciertas cosas para hablar del modo que lo hizo, Ralph? Ni tú ni yo ignoramos que Vanessa murió amándote…

—Eso es lo de menos, Sheila. Vanessa está muerta. Y nadie siente nada en el Más Allá, imagino.

—¿Lo sabemos nosotros, acaso? También pensamos que Vanessa había muerto inicialmente… y luego volvió a la vida en el cementerio. Después, su cuerpo desapareció de la Morgue. Y el médico forense fue asesinado. De eso hace casi diecisiete años. Sin embargo, nunca se aclararon aquellos extraños hechos. Ni el cadáver de mi hermana fue hallado jamás, ni el asesino del doctor Lanyon tampoco.

—Tampoco se aclaró nunca qué sucedió exactamente en el depósito de cadáveres aquella mañana. Scotland Yard ha debido olvidar el asunto hace muchos años, sin esclarecer nada en absoluto, Sheila. Yo sigo preguntándome qué misterio se encerró en todo ese extraño horror.

—¿Acaso crees que yo no me lo he preguntado durante todo este tiempo? —Musitó ella, levantando los ojos del periódico y mirando tristemente a su marido—. Pero he llegado a la conclusión de que es mejor olvidarlo todo, para no atormentarse en vano, querido.

—Sí, en eso tienes razón.

—No sé si la tengo o no, Ralph —dudó la joven—. Sobre todo, cuando suceden cosas como la de aquella quiromante en la fiesta de *lady* Vivian…

Ralph asintió pensativo, con su frente cubierta de profundos surcos de preocupación. Sheila había vuelto su atención a las densas páginas del Times.

—Te he dicho varias veces que me gustaría poder localizar a esa mujer donde fuese, para hablar más ampliamente con ella de esa cuestión de la lectura de mi mano y su supuesta clarividencia. No acabo de ver claro ese hecho, la verdad.

Sheila no respondió. Ralph tomó el volumen de obras de Rudyard Kipling que tenía junto a sí en la mesita inmediata a la lámpara de pantalla roja y flecos dorados, enfrascándose también en su lectura.

De repente, pasados algunos minutos, una súbita exclamación de Sheila, sobresaltó al mayor. Levantó éste los ojos, dejando caer el libro en sus rodillas.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—El anuncio que publica el Times en su sección de espectáculos… —comentó ella, con tono excitado—. Creo que acabo de encontrar lo que buscabas…

—¿A qué te refieres?

—A Sybil Leighton, la mujer que leía las manos…

—¿Qué dices? —se interesó vivamente Ralph, inclinándose hacia su joven esposa.

—Toma. Creo que querrás verlo por ti mismo —y le tendió el periódico, doblado por un determinado lugar de una página interior.

Taylor tomó el diario y clavó sus ojos en el recuadro que Sheila le señalaba. Allí pudo leer lo que tanto había interesado a su mujer.

En el anuncio, con caracteres muy visibles, se podía leer:

Gran espectáculo de circo y atracciones en King's Road! Vea la maravilla de *Las águilas voladoras*, la magia del *Gran Misterix*, la gracia de las *London girls* junto a lo sorprendente de *La Dama Barbuda, El Hércules viviente* y la gran adivina *Lady Leighton*, la dama de la quiromancia y la lectura del porvenir.

»¡Todo ello en el gran Circo Universal, instalado en King's Road, junto a Fullman Road, en Chelsea!

»No falten. Funciones todas las tardes y noches».

—*Lady* Leighton, la quiromante… —repitió Ralph, dejando caer el periódico—. Es ella, no hay duda…

Se puso en pie rápidamente. Sheila le miró, preocupada.

—¿Qué vas a hacer? Es muy tarde ya, querido…

Taylor consultó su reloj de bolsillo, comparándolo con el de la pared que emitía en el living su pausado tictac. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—No demasiado tarde —replicó—. Sólo son las ocho y media, Sheila. Tengo tiempo de ir a Chelsea y ver a esa mujer en el circo.

—¿Corre tanta prisa?

—Para mí, sí. Cuanto antes mejor, créeme. Ya que hemos localizado dónde hallarla, es preferible salir pronto de dudas.

—¿Qué clase de dudas, Ralph? —le interrogó ella, inquieta.

—Ni siquiera lo sé —suspiró él, caminando resueltamente hacia la salida.

Cuando cerró la puerta, Sheila se puso en pie, caminó lentamente hacia la ventana, con una sombra de intensa preocupación en su bello rostro, y contempló la lenta caída de la nieve sobre la calle mojada. En algunos árboles y zonas de césped de la zona, esa nieve empezaba a cuajar en blancos festones.

Minutos más tarde, la puerta de la casa se cerraba al salir al exterior Ralph Taylor, envuelto en un oscuro gabán, con el sombrero tapando su cabeza. Se alejó rápidamente bajo la luz de una farola, llamando a un taxi que pasaba por la calle desierta.

Sheila suspiró, bajando la cortinilla y retirándose de nuevo a su asiento ante el fuego. Los ojos jaspeados reflejaban una rara y ensombrecida expresión que tal vez fuese miedo.

Miedo a algo que ni siquiera sabía lo que podía ser. Pero que le asustaba involuntariamente.

* * *

—Lo siento, señor. *Lady* Leighton no trabaja esta noche.

Ralph miró al empleado del Circo Universal con gesto decepcionado. Miró a las luces de la carpa, instalada en Chelsea, no lejos del río, en las vecindades de King's Road. Dentro del entoldado, eran perceptibles los acordes de la pegadiza música de marchas circenses y el rumor de aplausos entusiastas.

—¿Por qué? —quiso saber el mayor.

—Está algo indispuesta. Avisó de que no vendría a trabajar y se quedaba en cama, eso es todo.

—Es urgente lo que me trae —Ralph puso en la mano del empleado de uniforme llamativamente rojo un billete de cinco guineas, que el hombre contempló sorprendido—. ¿No puede decirme dónde podría encontrarla ahora mismo?

—Bueno, si es tan urgente… Ella vive cerca de aquí, junto al río.

—¿Dónde, exactamente? —insistió Ralph.

—En Flood Street, 22, frente al propio Embankment, no lejos del Botánico —explicó el hombre, embolsándose limpiamente el billete—. Es un cuartucho barato, en una vieja casa. Un sitio poco adecuado para un caballero como usted, pero ya sabe cómo son los artistas. No ganan lo suficiente para ir a sitios mejores.

—Creí que Sybil Leighton era toda una dama —comentó Ralph, subiéndose el cuello del gabán negro, ante el frío y húmedo cierzo que venía del río, arrastrando contra su rostro torbellinos de nieve.

—¡Una dama! —El empleado soltó una agria carcajada estruendosa—. ¡Vamos, vamos, no me haga reír! Eso es lo que finge en escena, con sus collares y trajes. Pero la pobre mujer es una de tantas de este mísero mundo de las variedades y del circo, caballero.

Ralph asintió, mientras una *ecuyére* de blancas mallas era visible por una rendija del entoldado circense, dando vueltas a la pista puesta en pie sobre la silla de un caballo, entre los aplausos generosos de un público amable y bien dispuesto.

Se alejó, en dirección al taxi que aguardaba, para darle la nueva dirección. El coche de alquiler rodó por Chelsea, entre el dédalo de sus calles húmedas, en dirección al Támesis que corría cerca de allí, oscuro y sucio entre las brumas.

El número 22 de Flood Street resultó ser, tal y como advirtiera el empleado del circo, una vieja casa de mal aspecto, donde se anunciaba alquiler de habitaciones baratas. Taylor despidió al taxi y se encaminó a la puerta encristalada del edificio, dispuesto a entrevistar por fin a la misteriosa adivina de la fiesta de los Hartfield.

Empujó la vidriera, encontrándose en un angosto y sombrío vestíbulo, con una puerta cerrada a su izquierda y una empinada escalera de madera frente a él, subiendo a las plantas superiores de la casa.

Pulsó el llamador de aquella puerta. Se entreabrió ésta, asomando una mujer canosa, despeinada y con aspecto desaseado. Le miró, entre inquisitiva y desconfiada, preguntando con voz ronca:

—¿Qué busca usted aquí, señor?

—A la señora Leighton —dijo Ralph serenamente.

—¿La del circo? —La mujer canosa se encogió de hombros. Su

aliento apestaba a ginebra barata—. Suba. Primera planta, puerta primera a la derecha. Pero creo que hoy está enferma. Quizá borracha, como casi siempre. No sé si le recibirá, señor.

—Gracias. Eso es asunto mío —dijo Ralph, iniciando el ascenso de la escalera, que crujió sordamente bajo sus pies.

Se detuvo ante la puerta indicada por la mujer de abajo. La señora Leighton debía de ser muy confiada, pensó Ralph, al ver la puerta entreabierta. Empujó suavemente, al tiempo que llamaba a media voz:

—¡Señora Leighton, señora Leighton…!

No le respondió nadie. Taylor se adentró un poco más, oteando el interior. Vio una luz rosada en alguna parte de la casa, un pequeño recibidor polvoriento, con viejos muebles y un paragüero oxidado, y un pasillo angosto, donde se mezclaban el olor a naftalina y a chuletas de cerdo fritas. La combinación de ambos resultaba insufrible.

Volvió a llamar a la mujer sin resultado. Decidido, preguntándose si estaría la quiromante más enferma de lo que creían, se resolvió a entrar en el piso y buscarla.

La vivienda era pequeña e incómoda, con un mobiliario deplorable y los papeles pintados de las paredes desprendiéndose en muchos sitios, a causa de la humedad y el descuido. Desde un soporte de madera, le miró hostilmente una lechuza disecada, con sus redondos ojos de vidrio. Sobre una mesa, había una esfera de cristal de las utilizadas por las pitonisas para leer el porvenir. En un muro, colgaba un afiche de «*Lady* Leighton, la Mujer que Conoce el Futuro», lleno de colorines y alegorías propias de su trabajo.

La luz rosada procedía de una lámpara de pie con pantalla de seda de ese color. Algo más allá, se abría la puerta a lo que, sin duda, era la alcoba de la ocupante de la casa, frente por frente a otra puerta que conducía a una sucia y pequeña cocina.

Ralph asomó al dormitorio tras llamar de nuevo a la mujer sin obtener respuesta.

Y se encontró con la horrible escena que menos podía haber imaginado.

La misma mujer que leyera su mano en la fiesta de los Hartfield, yacía en la cama, boca arriba. La colcha, de gastado raso, se había deslizado casi toda ella hasta el suelo, sobre la raída alfombra. Parte

de las sábanas dejaban también al desnudo el cuerpo flaco y huesudo de Sybil Leighton.

Yacía en su propia sangre, en una espantosa postura, forzada, crispadísima, tratando acaso de escapar a la muerte, con los ojos desorbitados por el pánico, la boca contraída, espumeante de sangre… y la garganta espantosamente destrozada, con las cuerdas vocales y la tráquea reventadas, la carne y la piel colgando hecha sanguinolentos pingajos, en una carnicería escalofriante.

* * *

Taylor permaneció unos momentos petrificado, mudo de horror, incapaz de mover un solo músculo ante aquella escena propia de un terrorífico grand-guignol. Pero esta vez *lady* Leighton no fingía ante un público. Estaba muerta, destrozada por algo o alguien que se había ensañado de forma monstruosa en la infeliz.

—Dios mío… —susurró Ralph, sintiendo un repentino sudor helado empapando su piel. Se sujetó a la pared, tambaleante—. Igual… igual que mataron al doctor Lanyon…

Sintió náuseas, pese a cuantos horrores había presenciado en dos guerras tan diferentes como la de la India y la recién terminada a escala mundial. Esto resultaba mil veces peor que enfrentarse a la muerte de camaradas suyos en las trincheras. Al lado de aquello, esto de ahora resultaba de una crueldad infinitamente peor.

Cruzó la estancia, sin saber qué hacer, contemplando como fascinado aquel cuerpo sin vida, cuya sangre empapaba las sábanas, acartonándolas al secarse. Debía de llevar muerta al menos tres o cuatro horas, si no más.

Miró por la única ventana que tenía el dormitorio, descubriendo solamente un estrecho y sucio patio al que asomaban las luces de algunas ventanas de la vecindad. En algún sitio, sonaba ruidosamente uno de aquellos gramófonos de cuerda que tanto gustaban ahora a la juventud.

Ralph retrocedió despacio, tras comprobar que allí no había nadie, ni la ventana se había utilizado para salir del escenario del crimen. Fuese como fuese, el asesino de *lady* Leighton había salido por la puerta, tal vez del mismo modo que entrase.

Abandonó el piso, corriendo precipitadamente escaleras abajo. Salió a la calle, donde la niebla era cada vez más densa, y la nieve

seguía cayendo formando gruesos copos que no llegaban a cuajar dada la humedad de aquel paraje inmediato al río.

Se detuvo, tambaleante, en la esquina. Vislumbró a la claridad de una farola la silueta sólida y alentadora de un policeman y corrió hacia él agitadamente.

—Por favor, agente —rogó—. Venga conmigo. Se ha cometido un crimen aquí cerca…

El policía le contempló pensativo, comprobando que era un caballero y que no iba ebrio. Asintió, llevándose un silbato a la boca, que hizo sonar con estridencia.

—En seguida, señor —afirmó con decisión—. Guíeme, por favor.

Ralph lo hizo, conduciéndole hacia la casa con larga zancada. Ya junto a ella, se paró un momento en seco y miró la esquina inmediata, donde brillaba mortecina otra farola del alumbrado callejero. El policeman le miró, curioso, interpelándole:

—¿Le ocurre algo, señor? Yo no veo nada…

—No, no es aquí —negó Ralph, con aire distraído—. Es arriba, en un piso de esa casa…

—Entonces, ¿qué es lo que está mirando ahora tan atentamente, señor?

—Nada, supongo… —suspiró Ralph, escudriñando la bruma—, ¿no ha visto usted a nadie en esa esquina, agente?

—¿Ver? No, a nadie. ¿Por qué lo pregunta?

—No sé. Me pareció ver una mujer junto a la farola. Una mujer pelirroja, mirándonos a nosotros…

El policía arrugó el ceño, recorriendo la calle con su mirada. Sacudió la cabellera negativamente.

—No, señor, no veo a nadie. Ni antes tampoco vi a esa mujer que usted dice. Tal vez fue una mala pasada de esta niebla tan densa. Acostumbra a hacerle ver a uno cosas que no existen.

—Sí, tal vez fuera así —Ralph se estremeció, todavía fijas sus pupilas en aquella esquina vacía—. Tal vez…

Y entró en la vieja casa de Chelsea, seguido por el agente de la autoridad.

* * *

Diecisiete años habían dejado su huella en el fornido superintendente McGavin. Ahora tenía el cabello canoso, el bigote

muy gris, y el rostro más ajado y con aspecto de cansancio. Su modo de andar tampoco era ya tan firme, aunque seguía mostrando la misma solidez de antaño.

—Otra vez usted, señor Taylor… y otra vez una muerte semejante a aquélla… —resopló con un movimiento de cabeza resignado—. ¿Por qué diablos tiene que ocurrirme esto a mí ahora? Sólo me queda poco más de un año para jubilarme… y usted me trae de nuevo el recuerdo de un gran fracaso.

—No creo que sea usted culpable de que aquel caso no se resolviera jamás.

—¿Quién, si no? Yo me encargué de su investigación. Ahora está archivado en los asuntos sin resolver de Scotland Yard. Dios no quiera que el asesinato de esa adivina no siga igual camino…

—¿Pero está de acuerdo conmigo en que la forma de matarla ha sido sorprendentemente parecida a la que se utilizó con el doctor Lanyon en el depósito de cadáveres en 1902?

—Parecida, no. Es idéntica. Y en ambos casos está usted por medio de alguna forma. Eso no puede ser casual, señor Taylor.

—Sé que no lo es —Ralph apretó con calor las manos ateridas de Sheila entre las suyas, antes de añadir—: Mi esposa y yo estamos realmente asustados…

—Lo creo. ¿Dice que esa mujer le leyó el porvenir en una fiesta?

—Así es.

—¿Qué le dijo, exactamente, para que usted fuese a verla esta noche?

—Cosas muy extrañas, superintendente —suspiró Ralph—. Mencionó a la Muerte repetidas veces, como si la viese físicamente, caminando a mi lado… Luego habló de… de un amor más allá de la tumba, de una mujer que seguía amándome incluso después de muerta.

—Entiendo —afirmó el policía, cachazudo, dirigiendo una ojeada a la esposa del mayor, mientras llenaba de tabaco su vieja pipa de madera de cedro—. En aquel entonces también hubo la desaparición de un cadáver. El cadáver de una mujer…

—Sí, el cadáver de mi novia, Vanessa Warrington —afirmó Ralph, enérgico—. Mi actual esposa es su hermana menor. Aquellos sucesos de entonces hicieron más sólida y firme nuestra amistad. Luego, nos encontramos en la guerra, en un hospital de campaña de

Francia… y comprendimos que estábamos enamorado el uno del otro. Nos casamos poco antes del armisticio.

—Ya. ¿Y ustedes creen que esa adivina dijo la verdad al hablar de cosas tan truculentas?

—No sé qué pensar. Nos dejó desorientados. Y muy inquietos, la verdad.

—Es razonable. Usted entonces localizó a la tal *lady* Leighton y quiso saber por qué le contó todo eso, quién podía haber hablado con ella de aquel asunto, facilitándole los datos para hacer su número en plena fiesta…

—Así es —confirmó Sheila vivamente—. Yo siempre he pensado que todas esas cosas tienen truco.

—Sin duda lo tienen, señora —corroboró el policía—. Este crimen lo demuestra, es evidente. Alguien silenció a esa mujer para que no revelase la fuente de su información.

—Pero ¿por qué? Un truco así no justifica un asesinato…

—Aparentemente, no. Por tanto, tenía que haber algo de gran interés que ella podía revelarle a usted si hablaba con ella esta noche. Algo que una persona no quería que se supiera. Y la mató. ¿Tiene alguna idea de quién pueda ser el culpable y los motivos que le guiaron para cometer tal infamia?

—Cielos, ¿cómo quiere que la tenga? —Se lamentó Ralph—. Estoy tan desconcertado como usted mismo. Esto no tiene ningún sentido.

—En alguna parte que nosotros no podemos ver aún, tiene que tener sentido, señor Taylor. Del mismo modo que la muerte del doctor Lanyon no tuvo tampoco sentido alguno aparente, ni tampoco la desaparición del cuerpo de la señorita Warrington, hace más de dieciséis años. De un modo u otro, esto de ahora tiene que relacionarse con aquello.

—Eso es lo que me temo.

—Bien, amigo mío, deje el asunto en manos de Scotland Yard —suspiró el policía, poniéndose en pie tras encender su pipa—. Les aconsejo que no se atormenten inútilmente con todo ello. Tendrá una solución lógica, estoy seguro de ello.

—Ojalá sea así, superintendente —musitó Sheila—. Es lo que más desearía en este mundo.

—La comprendo muy bien, señora Taylor —sonrió el hombre de

Scotland Yard, inclinándose cortésmente ante la dama—. Confíen en mí. Que fracasara entonces tan estrepitosamente no quiere decir que ahora se vaya a repetir la suerte…

Abandonó la casa tras despedirse de Ralph en el vestíbulo. El mayor regresó al saloncito, donde Sheila permanecía en pie, sus hermosos ojos pardos clavados en el fuego de la chimenea. Ralph fue hasta ésta y removió los leños con el atizador, lentamente. Al dejar la pieza metálica en su soporte, se acercó a ella y la rodeó los hombros con su brazo. Ella se apoyó en su pecho, con un suspiro.

—Tengo miedo, Ralph —confesó apagadamente.

—¿Miedo? ¿Por qué, querida?

—No sé… Las palabras de aquella mujer, su horrible muerte ahora…

—No pienses en ello. Como dijo el superintendente, todo tendrá su explicación razonable al final.

—¿Tú crees? —Dudó Sheila—. No puedo dejar de pensar en todo esto. Me pregunto si…

—Si… ¿qué?

—Si he sido enteramente leal al recuerdo de mi hermana…

—Por el amor de Dios, Sheila, ¿qué estás diciendo?

—La verdad, querido —confesó ella, mirándole abiertamente al rostro—. Era tu novia. Era mi hermana. Ahora, ambos somos marido y mujer. Y ella está muerta…

—Exacto. Porque ella está muerta, no podemos vivir esclavos de su recuerdo, prisioneros de su sombra. Eso es una estupidez, una forma de dañarnos que se le ocurrió a Sybil Leighton, sin duda alguna.

—¿Entonces, por qué la mataron? —Gimió Sheila—. ¿Por qué ha muerto esa mujer del mismo modo que murió el doctor Lanyon antes de hacer la autopsia a Vanessa? ¿Crees, realmente, que ella está muerta, Ralph? Y si lo está… ¿puede haber otra vida más allá de la tumba?

—Estás torturándote inútilmente con ideas aberrantes, Sheila —se irritó él—. Vanessa tiene que estar muerta. Y los muertos no siguen atados a esta vida, eso no es posible.

—Me gustaría pensar como tú, Ralph. Pero no puedo evitarlo. Tengo miedo… Miedo a Vanessa, por absurdo que parezca —susurró ella, abandonando con lentitud la estancia, camino del

dormitorio.

Ralph se quedó solo en el salón. Su mirada, clavada en los leños chisporroteantes. Respiró hondo, recordando el momento en que creyera ver en la niebla la silueta de una mujer junto a la casa donde habían matado a Sybil Leighton. Una mujer de cabellos rojos…

El policía no había visto nada. Después, tampoco él. Aquella aparente visión duró un par de segundos. Pudo ser una mujer cualquiera, incluso una ramera de Chelsea, parándose un instante bajo una farola, para escabullirse al ver a un policía cerca. O, como dijo éste, pudo ser todo una jugarreta de la propia niebla.

No le había mencionado el incidente a Sheila. Ni siquiera estaba seguro de ello como para hacer alusión alguna. Pero ahora, tras ver lo asustada que estaba su mujer, se guardaría mucho de mencionarlo alguna vez.

Se retiró lentamente del hogar. Siguió a Sheila hacia el dormitorio.

Era ridículo, pensó. Pero él también sentía cierto miedo. Miedo a la sombra de una mujer a quien había amado, y que murió dieciséis años atrás…

CAPÍTULO III

Siguieron unas semanas de absoluta calma para los Taylor.

En Scotland Yard no hacían grandes progresos en torno al misterio de la muerte de Sybil Leighton. El informe de la autopsia revelaba que la infortunada mujer había muerto a causa de desgarros en su garganta, que le causaron una hemorragia irreparable, así como daños mortales de necesidad en tráquea, nuez y carótida. No había rastros de objeto metálico alguno en las heridas. Según el forense, éstas podían haber sido producidas por unas garras muy afiladas, como las de un animal salvaje de gran fuerza física. Un informe desconcertante, a juicio del superintendente McGavin, que parecía seguir tan desorientado como al principio.

Ralph Taylor y Vanessa se fueron a descansar unos días en las afueras de Londres, exactamente en Nottingham, para que ella olvidase un poco sus obsesiones de los últimos días, y esa ausencia pareció sentar muy bien a la joven, que regresó a Londres con un aspecto mucho más saludable que a la partida. Incluso en sus ojos había una animación, una luz, que antes no tenía.

—Por fin, ¿qué piensas hacer respecto a ese negocio que tenías proyectado instalar? —le preguntó ella, cuando el tren les conducía de regreso a la capital.

—Iniciar las primeras diligencias esta misma semana —explicó Ralph—. La inactividad no se ha hecho para mí. Y vivir de rentas resulta muy aburrido. Creo que me decidiré al fin por la importación de especias y productos manufacturados de la India y otras Colonias. Durante mi estancia en aquel país conocí a algunos comerciantes que pueden ser mis proveedores ahora. Tengo una serie de direcciones a las que ya he escrito y espero respuesta. Instalaré unas oficinas en Londres, y me pondré manos a la obra, en cuanto gestione otra firma importadora un acuerdo inicial para

introducirme en el mercado.

—Me parece una buena idea —sonrió ella—. Yo podría ayudarte en algo, aunque sólo fuese en la correspondencia y cosas así…

—Bueno, después de todo empieza a haber mujeres en muchos puestos de trabajo —asintió Ralph—. La guerra nos ha enseñado que la mujer puede ser tan eficiente como el hombre para ciertas tareas, de modo que por mí no habrá inconveniente.

Esa idea de un inmediato trabajo en que ocupar sus horas libres pareció dar aún más ánimos a Sheila Taylor, cuyos ojos resplandecían de gozo al llegar a la estación londinense de King's Cross.

En los siguientes días, Ralph desplegó una notable actividad para su introducción en el mundo de los negocios. Curiosamente, alguien le dio la tarjeta del más conocido importador de productos de la India, que había ahora en Londres, y Ralph Taylor leyó un nombre en aquella pequeña cartulina, que le era vagamente familiar:

MAXWELL DERRICK
Exportaciones e importaciones
Green Houses. Chelsea, Londres.

Fue a verle aquel mismo día, cuando aún era media tarde, y sorprendentemente, Londres ofrecía un tibio sol filtrándose con cierta facilidad entre las nubes. Cuando bajó de un taxi ante Green Houses, en Sloane Street, comprendió el porqué de ese nombre. Se trataba de una serie de edificios destinados a oficinas y negocios, en su mayoría de importación, fletes o cargas navales, con sus fachadas pintadas de un verde desvaído y triste bajo los tejados color pizarra, de nutridas chimeneas.

No le fue difícil localizar allí la oficina de la Derrick Import & Export Limited, en la segunda planta de uno de los edificios.

Justamente al llegar, la puerta de las oficinas estaba cerrándose. Un alto caballero con gabán oscuro de impecable corte, sombrero hongo negro y bastón de malaca, estaba haciendo girar la llave en la cerradura de la puerta.

Al volverse, se quedó mirando con fijeza a su visitante. El rostro anguloso, levemente cetrino, reflejó cierta sorpresa. Luego, dibujó

una amplia sonrisa en sus labios sensuales.

—El mayor Ralph Taylor, si no recuerdo mal —dijo con suavidad.

—El mismo, señor Derrick —asintió Ralph vivamente, tendiendo su mano al otro—. Veo que tiene buena memoria…

—Soy buen fisonomista —explicó el comerciante, estrechando con calor la diestra del militar—. ¿Venía a verme, quizá?

—Así es. Le comenté que iba a dedicarme a negocios de importaciones. Por eso estoy aquí.

—Oh, lamento haber cerrado ya. De todos modos, la oficina está bastante fría ahora y no es un sitio acogedor. ¿Qué le parece si tomamos una pinta de cerveza en el *pub* de la esquina, y luego vamos a hablar de negocios a mi casa? Vivo aquí cerca, en Fulham Road.

—Si eso no le va a crear molestias, no tengo inconveniente alguno, señor Derrick.

—Entonces, no se hable más. Vamos al Queens Crown. Sirven una cerveza excelente.

Le guió a un cercano *pub* que tenía por muestra un retrato de la reina Isabel I de Inglaterra, con su corona, dando título al local, y ciertamente resultó ser una buena cerveza la que saboreó Ralph, sentado a una mesa con Derrick. Éste no le permitió pagar. Al salir, subieron a un coche oscuro, propiedad del comerciante, y éste subió por Sloane, torció a la altura de Pont Street, y por Walton fueron a desembocar en Fulham Road, a la altura de Elystan. El automóvil se detuvo poco más allá, en la esquina con Sidney Street. Derrick señaló una elegante casa con muro de piedra y ventanas cubiertas por tenues cortinajes en sus dos plantas altas. Llamó a la puerta. Un mayordomo impecable abrió la puerta, inclinándose respetuoso ante ambos. Pasaron al vestíbulo, adornado con profusión de macetones con plantas y en el que el sol se filtraba a través de bellas vidrieras de colores.

—Venga conmigo, amigo Taylor —invitó el dueño de la casa afablemente, indicándole el camino hacia una puerta situada a la derecha del vestíbulo—. Ahí nadie nos molestará.

Entraron en lo que resultóse una amplia, suntuosa biblioteca, de suelo alfombrado, confortables butacas y una mesa con una bien provista bandeja de bebidas en botellas de cristal tallado. Los muros

aparecían repletos de volúmenes hasta el techo.

En uno de los muros, aparecía una cabeza de tigre, asomando sobre una panoplia con armas hindúes y el banderín de una Compañía de los Khyber Riffles del ejército colonial británico en la India.

—Recuerdos de mi pasado por las Colonias y sus guerras —sonrió Derrick, señalándolo—. Cacé un tigre en compañía del maharajá de Hayderabad, pocos días antes de que él fuera asesinado por sus propios compatriotas rebeldes en una emboscada en las montañas, a causa de su colaboración con las tropas de Su Majestad. Creo que usted también sirvió allí y alcanzó el grado de oficial…

—Teniente, con exactitud —suspiró Ralph—. En la campaña de Peshawar…

—Fue una dura campaña. Tuvo que hacer muchos méritos para obtener tal graduación entonces. Los jefes eran muy severos en esa guerra…

—No me lo recuerde —rió Taylor de buen humor, sentándose en la butaca que le ofrecía su anfitrión—. Resultaron mucho más generosos en la Guerra Mundial. Así alcancé el grado de mayor.

—¿No piensa seguir la carrera militar?

—No, no. He visto ya demasiado vistiendo el uniforme. Prefiero el sosiego de la vida civil.

—Tengo entendido que usted es un hombre que puede vivir cómodamente de sus rentas…

—Es posible, pero la idea no me seduce. Necesito hacer algo para sentirme útil. Por eso voy a montar mi negocio de importaciones.

—Excelente. ¿Necesita asociarse inicialmente con alguna empresa ya establecida, como la mía?

—Así es, si no existe inconveniente para ello…

—Oh, ninguno. Hay más negocio del que usted y yo juntos podríamos explotar, créame. Se han puesto de moda las especias exóticas y los productos de tierras lejanas. Le asesoraré sobre el mercado británico, y luego discutiremos los aspectos de nuestra asociación mercantil. Ahora le voy a mostrar algunas cifras y datos al respecto, para que se haga una idea más exacta…

Los minutos siguientes estuvieron dedicados a un examen de los

aspectos más importantes de aquel negocio. Cuando Ralph quiso darse cuenta, ya había oscurecido fuera, y sentía sus ojos cansados de examinar cifras, informes y toda clase de documentación al respecto.

—Creo que le he fatigado en exceso —suspiró Derrick al fin, con una sonrisa, metiendo los dedos en los bolsillos de su chaleco que, como parecía ser costumbre en él, era negro pero con un dibujo tenue en dorado oscuro, en forma de arabescos.

—Al contrario, ha sido muy amable al orientarme tan a la perfección en muchos aspectos que desconocía. Pero creo que se ha hecho tarde para ambos. No tengo derecho a tenerle tanto tiempo molestándose por mi causa. Ni tampoco creo que deba dejar sola a mi esposa tan prolongadamente.

—Eso es cierto —se puso en pie Maxwell Derrick, con una sonrisa cordial—. Por cierto, su esposa es una dama de gran belleza y encanto.

—Gracias, señor Derrick.

—No, no, es la pura verdad —comentó el dueño de la casa, moviendo la cabeza—. ¿Era tan hermosa su difunta hermana, señor Taylor?

Ralph se puso rígido. Le miró ahora con cierta frialdad.

—No me gusta hablar de eso —dijo, seco.

—Oh, perdone, había olvidado nuestro incidente de aquella noche, en casa de los señores Hartfield —se disculpó con rapidez Derrick—. Creo que he pecado de inoportuno una vez más.

—No tiene importancia. Es que preferimos olvidar que existió una mujer llamada Vanessa Warrington. Tanto mi esposa como yo.

—Sí, comprendo, es muy lógico. Pero creo que no deben sentirse culpables de nada. Después de todo, hace muchos años que ella murió. Bien, no le entretengo más, señor Taylor. Le acompañaré a la salida. Espero que nos veamos un día de éstos para concretar los términos de nuestro acuerdo. ¿Le parece bien la próxima semana en mis oficinas?

—Sí, por supuesto. Le telefonearé, para fijar la fecha y hora.

Salieron los dos hombres al vestíbulo. El mayordomo salió con rapidez de otra habitación, al oírles hablar allí, para abrir la puerta de salida. Ralph giró la cabeza, dirigiendo al sirviente una mirada de indiferencia.

De súbito, esa mirada se trocó en inquieta, sobresaltada. Una sorda imprecación escapó de labios de Taylor al vislumbrar el interior de la habitación de donde procedía el mayordomo, a través de la puerta entreabierta.

—¿Qué es eso? —Preguntó, con voz ronca—, ¿qué es lo que he visto ahí?

Y sin esperar a nada, aun a riesgo de ser ineducado, cruzó el vestíbulo de dos zancadas y empujó del todo la puerta, ante el asombro del mayordomo. El rostro de Derrick, en cambio, no sufrió alteración.

Ralph Taylor se quedó erguido en el umbral, contemplando con una mezcla de estupor y angustia lo que aparecía en el muro del fondo, alumbrado por una fuerte lámpara de pantalla verde.

Era un gran retrato al óleo, con marco dorado, sobre una chimenea apagada, de repisa de mármol negro.

El retrato de Vanessa Warrington.

* * *

—Lamento que lo haya visto, amigo Taylor —suspiró con cierto pesar Maxwell Derrick—. Iba a mostrárselo antes, pero renuncié cuando se expresó así de la que fue un día su prometida, y opté por no decirle nada al respecto.

—Es su retrato…

—Sí, claro que lo es.

—Estaba en casa de los Warrington, en Mayfair. ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—Los Warrington no están en buena posición económica ahora, ya se lo dije. Tuvieron que subastar algunos de sus bienes. Yo pujé por ellos y los adquirí. Entre esos bienes estaba el retrato de Vanessa. Es un bello trabajo de un pintor tan cotizado hoy en día como Howard Ralston.

—Dios mío… —Pálido, Ralph apartó con dificultad los ojos de aquel retrato, en el que las verdes pupilas de Vanessa parecían aún más brillantes a causa de la luz proyectada sobre el lienzo desde la lámpara cercana—. Parece tan real…

—¿Era tan hermosa como está ahí? —Dudó Derrick, con tono trivial.

—Más. Mucho más… Fue muy hermosa, señor Derrick. Mucho…

—¿La amaba usted mucho?

—Sí. Mucho. Creo que aún amo su recuerdo. Pero está muerta. Murió en plena juventud, cuando podía ser feliz y tenía toda una vida por delante…

Se retiró lentamente de allí. Caminó hacia la salida.

—De veras siento haber despertado sus recuerdos más dolorosos con ese cuadro —confesó Derrick—. Buenas tardes, señor Taylor.

Ralph salió de la casa sin responder. La puerta se cerró a sus espaldas. Cruzó la acera como sonámbulo. Pisó la calzada, dejando pasar antes a dos automóviles que cruzaban a buena velocidad. Después llegó a la acera opuesta, encaminándose a una cercana parada de taxis.

Alzó su cabeza. Miró la fachada de piedra de la casa de Fulham Road. Se detuvo bruscamente. ¿Era otra vez alucinación suya? Esta vez no había niebla. Sólo la oscuridad del anochecer, la luz de las farolas recién encendidas…

Una cortina se había alzado arriba, en la última planta de la residencia de Maxwell Derrick. Una figura borrosa asomaba a ella. Alguien que parecía mirarle, seguir sus pasos…

Parecía tener cabello largo, rojo oscuro… Esta vez cruzó a la carrera la calle, de regreso a la casa, sorteando a tres automóviles que tocaron sus bocinas estridentemente, para censurarle su imprudencia. Una vez en la acera, miró arriba.

Le pareció ver los ojos de la mujer fijos en él, a través del cristal de la ventana, que reflejaba la luz de las farolas callejeras. ¿Eran verdes acaso? La cortina cayó de repente. Dejó de ver aquella sombra femenina, sin saber si era real o imaginada.

—¿Empezaré a volverme loco? —musitó, preocupado, moviendo la cabeza.

Ya no se veía a nadie en aquella ventana. Quizá nunca había habido realmente nadie allí. Caminó lentamente, alejándose de la casa con dificultad, como si algo le trajera a ella irresistiblemente.

Se cruzó con una joven de anchas caderas y grandes pechos, uniformada de negro con delantal y cofia blancos, cargada con una cesta repleta de provisiones. Era pecosa, rubia y pizpireta. Le sonrió con coquetería al pasar.

Giró la cabeza. La muchacha le estaba mirando y se reía, mientras descendía unos escalones, bajando a un desnivel tras una

verja, junto a la puerta de entrada de la casa de Derrick.

Debía de ser criada suya, pensó. Aquélla era la puerta de servicio de la residencia. Rápido, giró sobre sus talones.

—Eh, oye, muchacha —llamó.

—¿Me dice a mí, señor? —preguntó la doncella, desafiante, adelantando su prominente busto con malicia y sonriéndole pícaramente.

—Sí, a ti, ¿cómo te llamas?

—Wendy, señor. Pero no acostumbro a hablar con desconocidos… —Coqueteó ella.

—Sólo es una pregunta, Wendy. Soy amigo de tu señor, Maxwell Derrick.

—Oh, ¿es eso? —Pareció desilusionarse la muchacha—. ¿Qué es lo que desea, señor?

—Solamente una respuesta: ¿trabajas a las órdenes del señor o de la señora?

—¿Señora? —La sirvienta arqueó sus cejas, con gesto interrogativo—. ¿Qué señora? El señor Derrick vive solo y es soltero, creí que usted lo sabría, siendo amigo suyo.

—Bueno, me pareció que me hablaba de una dama que vive en su casa, y a quien creí ver antes en el piso alto. Una bella señora de cabello rojo y ojos verdes…

—Evidentemente, se equivoca usted, señor —suspiró la muchacha, moviendo su cabeza negativamente y arreglándose con coquetería unos pliegues de su delantal, por encima de la protuberancia soberbia y casi escandalosa de sus enormes pechos—. No hay ninguna mujer ahí dentro, excepto yo misma y la señora Forbes, la cocinera… Y, ciertamente, la señora Forbes ni es pelirroja ni tiene los ojos verdes, sino cabello canoso y ojos oscuros…

—Entiendo. Debió ser un error. En ese caso, muchacha, perdóname. Esto es para ti, por haber sido tan amable conmigo, Wendy.

Y puso en la mano de la doncella una moneda de oro, que ella contempló sorprendida, cerrando con rapidez sus dedos gordezuelos cobre la pieza brillante.

—Gracias, señor —dijo presurosa, mirando alrededor por si alguien había visto la escena—. Es usted muy amable. Pero si quiere hablar conmigo alguna otra vez, no necesita darme dinero. Le

aseguro que me sentiré muy complacida atendiéndole…

Significativa, frívolamente, rozó la punta de sus opulentos senos contra el brazo de Ralph, y luego desapareció por la puerta de servicio, cesto al brazo, riendo con picardía.

Ralph Taylor permaneció unos momentos ante la escalera que descendía a la puerta de los bajos de la casa. Después dio media vuelta, reanudando la marcha hacia la próxima parada de taxis, con gesto sombrío.

Hubiera jurado que realmente veía aquella figura femenina en el piso alto, que una mujer de cabello rojo y grandes ojos verdes le contemplaba desde detrás de la ventana. Pero Wendy, la doncella, había sido bien concreta en ese punto: no existía ninguna mujer dentro de la casa de Maxwell Derrick, excepto el servicio.

Por tanto, sólo su imaginación enfermiza había creado aquella forma inexistente. Tal vez la materialización de un fantasma, de una simple sombra perdida en el tiempo y en la oscuridad de lo eterno.

Una sombra llamada Vanessa…

CAPÍTULO IV

—¿No fue bien la entrevista con ese hombre, el señor Derrick?

—¿Qué? —Salió de su abstracción con cierto sobresalto, y se limpió los labios con la servilleta, antes de mirar a su mujer y murmurar unas pocas palabras confusas—. Lamento esta distracción, Sheila. No, no, al contrario. Todo fue bien en nuestra charla inicial de negocios. Es un hombre muy correcto y amable. Y parece realmente interesado en una asociación conmigo.

—¿Por qué estás, entonces, tan abstraído, como si algo te preocupase?

—No sé. Supongo que se debe a la cantidad de cifras y datos que ese hombre me ha metido en poco tiempo en mi cerebro… —resopló, dibujando una sonrisa algo forzada—. La verdad es que me siento algo cansado. Debe ser por trazarse del primer día que dedico íntegramente a los futuros negocios.

—Sí, seguramente —admitió ella, estudiándole no muy convencida, mientras cortaba cuidadosamente con el cuchillo el trozo de carne asada de su plato. Luego dirigió una mirada en torno, al elegante restaurante donde cenaban—. ¿De veras quieres ir al teatro esta noche, en vez de volver a casa y acostarte pronto?

—Por supuesto que sí —se apresuró a responder Taylor—. Te he sacado de casa para celebrar el primer día de actividad en mis negocios, pero también para pasar una noche agradable y divertida. Creo que la obra del *Wyndhams* es muy buena y vale la pena verla…

—Como quieras —suspiró Sheila—. Pensé que preferirías descansar…

—No, no —rechazó él risueño, atacando su propio plato de ternera en salsa con guarnición de cebollitas, zanahorias y guisantes —. Iremos al teatro, nos divertiremos un poco los dos. No vas a pasarte toda la vida en casa, querida.

Ella no dijo nada. Siguieron cenando en silencio. Pero los ojos

preocupados de la joven se fijaron repetidamente en Ralph, que había vuelto a su abstracción sin apenas darse cuenta de ello.

Intuía que le ocultaba algo. Pero no sabía qué, y eso la preocupaba todavía más que si Ralph hubiera sido franco y abierto con ella en estos momentos.

Esa idea fue algo que no se apartó de su mente ni siquiera durante la divertida y alegre comedia que presenciaron en el *Wyndhams* poco después. Ni tampoco en el regreso a casa, mientras su marido comentaba trivialmente ciertos detalles de la representación.

* * *

—Ralph… Ralph…

Era escalofriante oír aquella voz, la voz que le llamaba en la oscuridad de su alcoba.

Se quedó erguido en la cama, mirando a Sheila. Ella dormía profundamente. Su respiración pausada le llegó nítida al oído. Se inclinó sobre ella. Si le había llamado, tuvo que ser en sueños.

Se tumbó de nuevo boca arriba, con un suspiro, cerrando los párpados para conciliar de nuevo el sueño.

—Ralph… Ralph… —repitió la voz femenina.

Esta vez disparó sus párpados hacia arriba como si los moviera con un resorte. Sus ojos abiertos se quedaron mirando el alto techo, la lámpara que colgaba en su centro, el resplandor de un reflejo de luz de la calle, penetrando en la alcoba a través de una rendija de la ventana abierta a Berkeley Square.

Respiró hondo. No había error. Le habían llamado.

Giró la cabeza en la almohada. Miró a Sheila. Su cabecita pelirroja reposaba apaciblemente, sumida en el sueño, medio vuelta de espaldas a él.

No era ella. Sheila no le había llamado.

¿Quién, entonces?

Ralph tragó saliva. Se dijo que estaba empezando a imaginar muchas cosas, y se dispuso a olvidarse de la supuesta voz y de sus llamadas.

—Ralph…

Otra vez. Se incorporó despacio, muy lentamente, temblándole las manos, Permaneció sentado unos momentos, la mirada fija en la

rendija de luz de la ventana. La voz venía de lejos. Era débil. Muy débil.

—Ralph…

Insistía. Apartó las sábanas. Pisó la alfombra descalzo. Alargó despacio su mano hasta recoger la bata y ponérsela. Miró a Sheila de nuevo. Su sueño no se había alterado lo más mínimo.

Avanzó en silencio por la habitación, hasta alcanzar la ventana. Movió el postigo con cuidado, de forma que la luz del alumbrado callejero no hiriese el rostro de su esposa.

Luego miró al exterior. Algo le inducía a ello, sin saber la razón. Como si de antemano supiera de dónde venía aquella voz.

Notó un frío mortal invadiendo su cuerpo, helando sus miembros, llevando a su cerebro una oleada de horror y de angustia que provocó en su nuca una sacudida capaz de erizar sus cabellos.

—No… ¡Oh, no! —jadeó, ronca la voz, dando un paso atrás, lívido de miedo, de sobresalto, de incredulidad.

Allí estaba.

Era ella. ¡Ella!

—Vanessa… —Casi sollozó Ralph Taylor, mortalmente pálido, aferrando con mano crispada la cortina de terciopelo, sintiendo que aquel frío de muerte, como una corriente de ultratumba, se apoderaba de todo su ser—. Vanessa…

Ella, en la calle neblinosa, miraba fijamente hacia su ventana, erguida a la luz de una farola. Tan bella, tan joven, tan dulce y etérea como entonces…

Vanessa había vuelto de la tumba. Le estaba llamando desde la calle, en aquella madrugada de niebla y de silencio. Sin que el tiempo hubiera pasado por ella.

Y Ralph sabía que no podía renunciar a acudir a su llamada.

Se movió, como sonámbulo, camino de la salida…

* * *

Se abrió lentamente la puerta de la casa. Con un chirrido largo y agrio.

Erguido en el umbral, Ralph miró fuera, a la noche, a la niebla, a la claridad lechosa y fantasmal de la acera opuesta, donde viera a Vanessa desde su ventana. Estaba convencido de que todo era una alucinación más. Cuando mirase de nuevo hacia allí, no vería nada

ni a nadie.

—Dios del cielo, Vanessa… —jadeó Taylor, convulso—. Tú…

No. No era error. Ni alucinación. Esta vez, no.

Ella estaba allí aún. Frente a él, separados el uno del otro por la calzada desierta, en la que la niebla reptaba, como un vapor siniestro. Por si alguna duda le cabía, un destello carmesí en su mano pálida y delgada hirió las retinas de Taylor.

¡El rubí de Vanessa! La joya con la que había sido enterrada aquel día en Brompton Cementery, y con la que había sido conducido su cadáver a la Morgue londinense, antes de su definitiva desaparición…

Vanessa le aguardaba. Le estaba llamando. Desde la otra acera, débil y apagada, como si llegase de ultratumba, la voz de ella le llegó de nuevo, casi implorante:

—Ralph… Ralph, ven…

Era escalofriante oír aquella voz, brotando de unos labios que deberían estar helados y yertos desde hacía dieciséis años. De una boca que, en buena lógica, tendría que ser solamente la descarnada mueca de una calavera humana, si el tiempo había pasado por Vanessa como pasaba por todo el mundo, vivo o muerto.

Y, sin embargo, aquella figura de mujer, hermosa y virginal, mostraba la misma lozanía, espléndida e ingenua belleza que él viera en su prometida al verla tendida en el ataúd, al regreso de la India. Igual encanto femenino, igual atractivo que cuando despertó de su letargo siniestro, emergiendo del mismo féretro delante de todo el mundo, aquel lejano día en el cementerio…

—Ralph… —insistió ella—. Ven. Te espero…

No podía hacerla esperar más. Supo que tenía que acudir. Y que lo haría, por encima de todo, incluso de su actual amor a la mujer que había convertido en su esposa, la propia hermana de Vanessa.

Salió del portal. Comenzó a caminar por la ancha acera. Cruzó la calzada hacia ella, a través de la Plaza de Berkeley, donde permanecía en pie Vanessa, junto a una alambrada de los jardines del centro de la plaza, aguardándole a la claridad fantasmal de una farola de alumbrado…

En ese momento, algo pareció sucederle a ella. Como si de repente comprendiera que aquello no era posible, que el encuentro entre ambos amantes estaba prohibido por las leyes de la Vida y de

la Muerte. Que pertenecían a mundos distintos, que jamás podían encontrarse.

Empezó a retroceder, insegura, tambaleante. Esta vez fue Ralph quien gritó, con voz ronca, alargando un brazo patéticamente:

—¡No, Vanessa, querida, no! ¡No huyas, no te vayas de mí otra vez! ¡Espera, espérame…!

Los verdes ojos reflejaban algo extraño, un miedo irrefrenable. Acaso un miedo que iba mucho más allá de lo conocido por los seres vivos: el temor a su mundo de sombras, a lo eterno, a lo desconocido.

Se alejó de él. Empezó a retroceder con más rapidez, comenzando a borrarse en la niebla, igual que un espectro que se borrara de modo definitivo del mundo de los vivos.

—¡No! —Clamó Ralph—. ¡No lo hagas, por el amor de Dios! ¡Quédate, Vanessa! ¡Voy hacia ti ahora…!

No le hizo caso. La niebla se espesaba en torno de la figura femenina. La absorbía. Los perfiles de ella se borraban, se diluían en la densa bruma nocturna. Ralph comenzó a correr ahora.

Desde alguna parte, a su espalda, una voz mucho más concreta, más vital, le llamó ahora con terror, con un apremio angustiado:

—¡Ralph, vuelve! ¡Por Dios, regresa, querido, no hagas eso! ¡Ralph…!

Era ella. Su voz. Sheila había despertado. Le había visto donde estaba. Le llamaba casi con desesperación, acaso tratando de retenerle en este mundo, de evitar lo irreparable.

Ralph vaciló entre su romántica pasión por la novia difunta, perdida para siempre en el pasado, y su amor más sólido, más tangible y real, por la mujer a quien había elegido por compañera de su vida.

Se paró en seco en medio de la calzada, dudó, mirando atrás, a la ventana donde vislumbraba borrosamente a Sheila, y luego ante sí, a la huidiza, casi eclipsada sombra de Vanessa, cuya silueta se disolvía en la niebla, junto a un último destello rojo de la piedra carmesí de su mano.

En ese preciso momento, la sombra rugiente e inesperada surgió a su izquierda y se precipitó sobre él, sin que pudiera evitarlo, tal era su confusión. Una poderosa limousine oscura le arrolló violentamente, lanzándole contra una farola tras embestirle con su

pesado radiador.

Ralph Taylor emitió un grito ronco y rodó por el asfalto, mientras la sangre brotaba de su cabeza y cuerpo.

Arriba, en la casa, Sheila lanzó un terrible grito de horror al presenciar el accidente de que era víctima su marido.

Después, el chirrido de frenos del automóvil, a alguna distancia del caído, puso una nota dramática en la noche. Un automovilista asustado bajó del coche, lamentándose penosamente, al ver el cuerpo inmóvil y sangrante, tendido en el asfalto:

—¡Dios mío, le he matado, le he matado…!

De la mujer erguida junto a los jardincillos de la Plaza de Berkeley, no había ya el menor rastro. Como si nunca hubiera estado allí.

* * *

—Pudieron haberle matado, Taylor.

—Lo sé. No pude impedirlo. Ni siquiera oí ni vi al automóvil cuando llegaba.

—Ya me lo ha contado su esposa. Estaba usted como en trance, amigo mío. ¿Es que se ha vuelto sonámbulo?

—No, superintendente, nada de eso. Tal vez no debería hablar de ello para no asustar más a mi mujer, pero, dadas las circunstancias, debo decirle todo, sin ocultar nada en absoluto.

—Eso espero que haga. Me gustaría entender qué diablos le pasa a usted últimamente. Tuvo a su esposa en un verdadero trance mientras se comprobaba si podían salvarle la vida en el quirófano, o las lesiones eran de una gravedad irreversible.

—Lo lamento por ella, por encima de todo —suspiró Ralph, mirando tristemente a la joven, que permanecía sentada a la cabecera de su lecho del centro hospitalario en que se hallaba internado. Luego, alargó el brazo, tomó la mano de ella, apretándole con fuerza y musitando con un asomo de sonrisa en su pálido rostro, todavía demacrado por la larga convalecencia de sus heridas—: Parecemos condenados a vernos siempre en algún hospital, Sheila querida, por una u otra razón…

Ella asintió tristemente, mirándole con expresión dolorida.

—Por lo menos, hasta ahora siempre ha sido con buena fortuna en medio de la desgracia —susurró la joven—. En la guerra y en la

paz. Pero aún no comprendo qué sucedió aquella noche para que salieras a la calle en pijama y bata, cruzando la calzada sin mirar siquiera… Sólo un milagro ha salvado tu vida en esta ocasión, querido mío.

—Sí, supongo que sí. ¿Podrás perdonarme esta nueva contrariedad?

—Oh, Ralph, no seas tonto —suspiró Sheila—. Lo que importa es que todo haya terminado bien. Dice el doctor que te quedará una leve cojera en la pierna izquierda, eso es todo. Con un bastón, todo arreglado.

—Vaya, resultó más duro para mí Londres que la campaña de la India o la Guerra Mundial —sonrió Ralph tristemente—. No me gusta depender de un bastón, pero aceptaré eso gustosamente como mal menor.

—Y tan menor —resopló el policía—. El conductor del coche que le arrolló, venía de una juerga y llevaba bastante alcohol encima. Por suerte para él, usted fue el único responsable del accidente, según informe policial, y eso ha librado al pobre diablo de males mayores. Por todos los diablos, Taylor, me pregunto todo este tiempo qué diablos le ocurrió aquella noche, para dejarse atropellar así en plena madrugada…

Ralph no dijo nada de momento. Se quedó pensativo, la mirada fija en el vacío. Apretaba aún calurosamente la mano de su mujer. Aumentó su presión sobre ella cuando se decidió a decir con voz sorda:

—Superintendente, creo que Vanessa Warrington sigue viva.

Notó el espasmo en la mano de ella. Sheila palideció intensamente. El superintendente, que acababa de echar ligeramente atrás su silla, mirando distraído al techo, pegó tal respingo que estuvo a punto de caer de espaldas con su asiento.

—¿Qué? —Barbotó, mirándole estupefacto mientras recuperaba apuradamente el equilibrio—, ¿qué broma de mal gusto es ésa, Taylor?

—No es una broma, McGavin —negó gravemente el mayor—. Primero fue una sospecha, luego llegué a temer que estuviese volviéndome loco. Ahora es una certidumbre: Vanessa no está entre los muertos. Y si está… tiene la facultad de volver entre nosotros a su voluntad.

—Eso es un puro disparate, Taylor —gruñó el policía, malhumorado.

—Ralph, ¿por qué dices una cosa tan horrible? —Se quejó Sheila —. Es demasiado seria la cuestión para bromear sobre ella…

—No bromeo, Sheila. Nunca lo haría con ella ni contigo, créeme.

—¿En qué se funda entonces, para afirmar algo así? —indagó el superintendente, estudiándole ceñudo.

—He visto varias veces a Vanessa.

—¿La ha visto… o ha creído verla?

—Primero pensé que lo creía. Que era sólo una alucinación. Ahora estoy seguro: la he visto. En diversas ocasiones.

—¿Cuándo, exactamente?

—La primera vez fue en las proximidades de aquella casa de Chelsea, donde asesinaron a la señora Leighton. La segunda vez, en una ventana de Fulham Road. La tercera… la noche en que estuvo a punto de matarme ese automóvil.

—Entiendo. ¿Creyó ver a Vanessa Warrington, y por eso salió a la calle en plena madrugada?

—No lo creí. La vi. Tan claramente como ahora le veo a usted. Era ella, no una fantasía de mi imaginación.

—Vamos, vamos, Taylor, es usted un hombre sensato, inteligente. Ha sido militar, ha vivido duras y difíciles experiencias… No puede dejarse vencer por aprensiones semejantes. Todos sabemos que los muertos no vuelven de la tumba.

—Yo no sé si Vanessa terminó al fin en una tumba o no, superintendente —replicó con frialdad Ralph—. Recuerde que su cuerpo desapareció tras haber resucitado una vez ante muchos testigos. ¿Podemos estar seguros de que, realmente, murió entonces? ¿No podría haber continuado en un trance catatónico?

—¿Pretende sugerir que ella no murió entonces, y lleva viva todos estos años, oculta en alguna parte? —La incredulidad de McGavin era evidente.

—¿Por qué no? No tenemos la menor evidencia real de su muerte definitiva —aseguró con los ojos muy fijos en el policía el mayor Taylor.

—Vistas así las cosas… —McGavin se encogió de hombros, escéptico—. Pero sigo pensando que ella estaba muerta entonces, y el asesino del doctor Lanyon robó su cadáver.

—Entonces, ¿por qué he visto en tres ocasiones a Vanessa?

—Dice usted que la vio. Pero no tiene prueba alguna de ello, Taylor.

—Pruebas… No las necesito esta vez. Sé que la vi en la calle, que me llamó repetidas veces, como si quisiera atraerme hacia sí… para luego parecer arrepentirse y huir de mí en la niebla… Entonces, cuando dudé entre seguirla o volver junto a Sheila, mi mujer, ocurrió el accidente.

—Bien. Supongamos que realmente la vio. ¿Cómo estaba ella esa noche? Usted hacía ya casi diecisiete años que no la veía…

—Eso es lo sorprendente —susurró Ralph, sombrío, moviendo la cabeza—. Estaba igual. Exactamente igual, superintendente. Como si no hubieran pasado ni siquiera unos días desde entonces.

—¿Lo ve? —Suspiró el policía, con gesto de fatiga—. Imaginó verla. Y la vio tal como era entonces. Piense que, en 1902, Vanessa Warrington tenía diecinueve años. Ahora tendría treinta y seis años casi. Nadie puede conservarse igual a una edad que a otra, con esa diferencia de años, compréndalo.

—Sí, lo comprendo… —dijo Taylor, inclinando sus ojos hacia las ropas del lecho con aire absorto—. Ése es el único punto que me hace dudar de todo…

—Desengáñese, amigo mío —dijo el hombre de Scotland Yard, poniéndose en pie resueltamente—. No ha hecho sino imaginar una serie de cosas a causa de sus recuerdos, quizá de su subconsciente, que sigue aferrado a una idea, a una evocación imposible. Créame, lo mejor que podría hacer es ponerse en manos de un médico especialista y tratar de olvidar esos traumas, intentar curarse de todo ello y recordar que solamente su esposa, la señora Taylor, merece todas las atenciones de su persona y de su mente. Sólo cuando consiga eso sin dificultad, habrá sanado de sus extrañas obsesiones.

—¿Entonces… también fue una obsesión la muerte de Sybil Leighton? —preguntó Ralph, sombrío, cuando el superintendente cruzaba el umbral de la puerta de su habitación.

McGavin se paró un momento, rígido el cuerpo. Pareció a punto de replicar algo. Finalmente, se encogió de hombros y salió sin decir nada. Sus pasos, lentos y pesados, se perdieron por el corredor del hospital.

—Lo siento mucho, Sheila —suspiró al fin Ralph—. No hago sino atormentarte más y más a cada momento…

—No te preocupes por eso, Ralph, querido. No tienes tú la culpa, después de todo —le miró dulcemente, apretó la mano de su marido con calor, y añadió en un ronco murmullo—: Después de todo, yo… yo sí creo lo que dices. Estoy segura de que, viva o muerta, viste realmente a mi hermana Vanessa esa noche…

CAPÍTULO V

—Bien, señor Taylor, ya puede volver a su casa. Supongo que eso le complacerá…

—No lo sabe bien, doctor —suspiró Ralph, apoyándose en el flamante bastón que estaba obligado a llevar ahora, al menos durante bastante tiempo, mientras su pierna izquierda conservara las huellas del grave accidente sufrido.

Dio unos pasos por la estancia que se disponía a abandonar en compañía de su esposa, tras recibir el alta médica. Se movió con alguna dificultad, fruto de su escasa experiencia en llevar bastón.

—¿Cómo se siente? —se interesó el médico.

—No muy bien por el momento. Noto flojedad en la rodilla y en el tobillo. Me da la impresión de que podría caerme en cualquier momento, doctor Fulton.

—No es más que eso: una impresión —sonrió el médico—. Le aseguro que, de no intentar algo que esté fuera de sus posibilidades por el momento, como es correr demasiado o dar un salto, su equilibrio no se resentirá mientras se apoye en el bastón, mi querido señor Taylor.

—En eso confío, doctor.

—Cuando quiera puede bajar ya. Tendrá sus cosas en recepción, tal y como se le guardaron en el momento de ingresar aquí. Le deseo una feliz reincorporación a la vida normal… y que no vuelva a verle nunca más por aquí. Ésa será una buena señal.

—Dios le oiga, doctor —suspiró Ralph, apoyándose con su otra mano en el hombro de Sheila, para abandonar la estancia.

Cuando se dirigía hacia la salida, asomó una enfermera, acompañando a alguien a quien, de momento, Ralph no pudo identificar por permanecer en el pasillo.

—Tiene una visita, señor Taylor —dijo la enfermera—. Ya le he informado de que le han dado de alta y abandona usted en este

momento el hospital, pero él ha insistido en subir, por si necesita más ayuda para caminar… El señor Warrington.

—¡Leslie! —exclamó Ralph, con alegría, al reconocer a su cuñado, el joven Leslie, que sonreía jovialmente en el pasillo.

Entró éste, abrazando a Ralph y a Sheila afectuosamente. El médico se retiró discretamente. Ralph contempló con interés al joven, tras las normales efusiones del encuentro, después de tanto tiempo sin verse.

—Mi querido Leslie, es una gran alegría verte otra vez —dijo Taylor con sincera alegría.

—Lo mismo os digo, hermanos —sonrió ampliamente Leslie—. Me enteré de tus heridas en la guerra cuando yo estaba destinado a Alto Estado Mayor, aquí en Londres, y no me podía desplazar a Francia para verte. Luego, terminó la contienda y nos marchamos todos al continente un tiempo, pero no coincidimos. Me alegró mucho saber que os casabais, Sheila. Personalmente, siempre pensé que estabais enamorados el uno del otro, sin que os hubierais llegado a dar cuenta exacta de ello. Me satisface ver que no estaba equivocado. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Como ves, no bien del todo —suspiró Ralph—. Después de casi dos meses metido en este maldito lugar, estoy deseando pisar la calle, volver a la vida normal. Cosa que me dispongo a hacer precisamente ahora…

—Sí, me lo han dicho. Si me descuido, llego tarde. Acabo de regresar del continente y mi primera diligencia ha sido venir a verte en cuanto supe dónde estás hospitalizado, Ralph. ¿Tan grave fue el accidente?

—Pudo ser peor. Y ya ha pasado, que es lo importante.

Salieron de la habitación que Ralph abandonaba ahora de modo definitivo, y descendieron a la planta baja en el pesado ascensor del hospital. Por el camino, Leslie les informó de que la familia se encontraba bien. Carol, la madre de Sheila y su primo Ronald, el padre de Leslie, se encontraban todavía en Lausanne, por unos asuntos familiares.

—Tengo entendido que las cosas no van demasiado bien económicamente en la familia —señaló Sheila—. ¿Es eso cierto, Leslie?

—Sí. Muy cierto —admitió éste, inclinando la cabeza—. Pero mi

padre confía en unas inversiones que hizo antes de la guerra en unas empresas europeas. Si eso resulta, la situación se arreglará considerablemente, prima Sheila.

—Ojalá sea así —suspiró la joven con expresión de tristeza—. Lo cierto es que la guerra puso en dificultades a muchas personas, pero dicen que hay buenas perspectivas para el mundo en los próximos años.

—Así lo aseguran en Francia, en Suiza, en Italia. Se aproximan tiempos prósperos, primita —dijo Leslie con optimismo—. Y espero ser lo bastante joven todavía como para disfrutar de ellos.

—Aún eres un muchacho, Leslie —rió Taylor de buen humor.

—¿Muchacho? ¿A mis treinta y siete años cumplidos? Vamos, vamos, no exageres. Creo que me siento terriblemente, viejo, ésa es la realidad, mi querido Ralph —bromeó Leslie jovialmente cuando alcanzaban el vestíbulo, cruzándose con algunos pacientes que se desplazaban por la planta en sillas de ruedas, acompañados por sus enfermeras respectivas.

Se aproximaron al mostrador de recepción, donde una enfermera atendía el teléfono del centro hospitalario y otra se cuidaba de las altas y los ingresos. Recogió el volante de manos de Ralph y anotó su salida del hospital. Luego tendió una bolsita de celofán al paciente.

—Sus cosas, señor Taylor —informó—. Tal como se le recogieron antes de entrar al quirófano. Como no ha querido tenerlas consigo en todo este tiempo…

—Gracias, enfermera —dijo Ralph con una sonrisa—. Prefería recogerlo todo a la salida. Eso me ayuda a pensar en que vuelvo a la vida.

—En cierto modo, es así —convino la enfermera—. Entró usted aquí virtualmente moribundo. Y sale con un excelente aspecto. ¿No es eso volver a vivir, señor Taylor?

—Supongo que sí, aunque sea con una pierna estropeada —comentó humorísticamente Ralph, abriendo la bolsita para ponerse su anillo, su reloj de pulsera y su cadena con una vieja medalla recuerdo de su madre.

Lanzó una sorda imprecación. Sheila y Leslie le miraron, advirtiendo la repentina y anormal palidez de su rostro. El bastón cayó de sus manos, y el joven Warrington tuvo que ser quien se

inclinara rápidamente a recogerlo.

—Ralph… —musitó ella, alarmada.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —Jadeó Leslie, con extrañeza—. Parece que hubieras visto un fantasma…

—Así es, Leslie… Así es —dijo roncamente Ralph Taylor—. Mirad esto…

Y de entre sus cosas, dejó caer sobre el mostrador un anillo. Un anillo de oro, bastante grueso, con una roja piedra que centelleó a la luz: un hermoso rubí que le era harto conocido…

—¡Dios mío! —Ahora fue Sheila quien palideció hasta parecer tener la faz de mármol frío.

—Cielos, ese anillo… —jadeó Leslie, confuso, echándose atrás presa del sobresalto—. Es… es el anillo de mi prima Vanessa… Fue enterrada con él… y despareció su cadáver de la Morgue cuando aún lo tenía en su dedo, Ralph… ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Lentamente, Ralph giró la cabeza hacia la enfermera. La miró fijamente. La mujer de blanco uniforme parecía alarmada por lo que sucedía.

—Eso me pregunto yo —musitó Taylor—. Enfermera, ¿cómo encontraron ese anillo sobre mi persona? Nunca fue mío…

—No sé… Me lo entregaron con todas sus cosas… Creo recordar que uno de los enfermeros que lo trajo en la ambulancia lo había recogido del suelo, junto a usted, en el lugar del accidente…

Ralph se estremeció. Alzó la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de Sheila, profundos y asustados. Leslie parecía no entender nada de todo aquello y miraba alternativamente a ambos, en espera de una explicación.

—Entonces… era verdad —musitó Sheila con un hilo de voz.

—Sí, querida. Fue verdad. Ella estuvo allí esa noche… —Y la voz de Ralph temblaba de modo ostensible.

* * *

Leslie apuró la segunda jarra de cerveza de un largo trago. Luego miró a su compañero de mesa con expresión aturdida.

—No puedo creerlo, Ralph —confesó con gesto desconcertado, haciendo gestos a la camarera del *pub* para que les sirviera otra cerveza—. No tiene sentido…

—Sé que no lo tiene, Leslie. Suena a locura. Todo lo que me

sucede últimamente es demencial. Pero está ocurriendo, de eso no hay la menor duda. El superintendente McGavin no cree una palabra. Sheila, sí. Y está tan asustada como yo mismo. Ahora con mucho más motivo. Hasta el momento era sólo mi palabra. Ahora, existe una evidencia, una terrible y fantástica evidencia: ese anillo… Recuerdo claramente que lo vi esa noche en la mano de… de la aparición.

Leslie no dijo nada por el momento. Su mirada vagó por la calle londinense, más allá de la vidriera del *pub*. Era pleno día, el nublado era claro y no hacía frío en las calles de la ciudad.

Sin embargo, allí estaban ellos ahora, ante dos pintas de cerveza, hablando sobre algo tan oscuro y tétrico como era la posible aparición de un espectro, el regreso a la vida de un ser muerto diecisiete años atrás…

—No lo entiendo, Ralph —confesó Leslie—. Es demasiado horrible para admitirlo como real. Y, sin embargo, parece tan cierto… Sobre todo, recordando aquella espantosa tarde en el cementerio…

—Así es, Leslie. Después de todo, nunca supimos lo que sucedió aquella madrugada en el depósito de cadáveres. Ni tampoco sabemos aún por qué una pobre mujer que se ganaba la vida en un circo o representando el papel de adivinadora del porvenir en fiestas y reuniones sociales, ha muerto asesinada del mismo modo brutal y sanguinario que causó la muerte del doctor Lanyon.

—Eso es cierto. Pero, de todos modos, la cosa no tiene pies ni cabeza, Ralph. ¿Por qué desearía nadie matar al doctor Lanyon o a esa mujer? ¿Qué relación puede existir entre uno y otra? ¿Qué papel representa en todos esos trágicos sucesos la sombra de mi prima Vanessa?

—No lo sé, Leslie. Como tú dices, todo es demasiado horrible. No parece real. Sin embargo, yo ahora sé que es muy real, y no sólo fruto de mi imaginación. ¿Recuerdas lo que te dije entonces, mis temores de hace años, respecto a algo que decía Vanessa en su última carta? Estuve un tiempo obsesionado por la idea de una muerte aparente, de un ataque de catalepsia… Y los hechos me dieron la razón.

—Aquello fue inexplicable, Ralph, y tú lo sabes. Mi prima se había suicidado. No podía estar muerta en apariencia.

—Pero salió del féretro.

—Lo sé, lo sé —Leslie se sujetó la cabeza entre las manos—, ¿y qué? ¿Crees que luego volvió a despertar en la Morgue, asesinó al doctor Lanyon y escapó? ¿Es eso lo que piensas, Ralph? ¿Acaso imaginas que sigue viva, deambulando por ahí, y que al cabo de casi diecisiete años reaparece para matar a una pobre mujer y aparecerse ante ti, estando a punto de causar también tu propia muerte?

—No sé, Leslie. He pensado en todas esas posibilidades que tú sugieres ahora… y las he apartado horrorizado de mi mente. No quiero pensar que ella… viva o muerta… pueda ser capaz de algo tan espantoso.

—Vanessa siempre fue buena, Ralph. Acaso tuvo sus secretos, pero…, pero nunca pudo actuar perversamente con nadie.

—¿Secretos, dices? —Ralph le miró ceñudo—. ¿A qué secretos te refieres?

—Oh, es algo de lo que nunca hablé con nadie, ni siquiera con tía Carol… —Leslie Warrington se encogió de hombros, como si le disgustase ahora haber mencionado el asunto—. Ella me hizo prometer que no lo diría nunca a nadie.

—Leslie, eso ahora carece ya de valor. Si hemos de aceptar fríamente la lógica, tu hermana lleva muchos años muerta. No puede causarle ya el menor daño a su persona ni a su reputación lo que puedas tú revelarme a mí aquí, confidencialmente. Te lo ruego, Leslie: dime qué es lo que ella te hizo prometer que no mencionarías jamás. Debo saberlo todo sobre Vanessa. Necesito saberlo, o me volveré loco.

Leslie dudaba aún entre su promesa lejana y su voluntad de sincerarse con su cuñado. Era evidente su indecisión. La camarera del *pub* puso las cervezas ante ellos. Ralph pagó, anticipándose a él.

Cuando ella se hubo marchado, Leslie Warrington tomó un trago del dorado líquido espumoso que rebasaba su jarra, miró pensativo a Ralph y terminó por decidirse.

—Está bien —resopló—. Te lo diré, Ralph, y que ella me perdone por faltar a mi palabra.

—Adelante, Leslie. ¿Cuáles eran esos secretos?

—Vanessa últimamente debía de estar enferma.

—¿Enferma? —Taylor enarcó las cejas, sin quitar su mirada de

él—. ¿Por qué dices eso?

—Se comportaba de un modo raro.

—En su carta hablaba de sentir miedo a algo. Pero no dijo a qué.

—Puede que fuese a una enfermedad, Ralph. Yo la vi volver a casa un par de noches, en el último año, a horas desacostumbradas, cuando tía Carol pensaba que ella estaba durmiendo. Siempre oscurecido, incluso una noche llegó más tarde de las once…

—¿Adónde iba?

—No me lo quiso decir. Sólo me pidió que le guardara el secreto, que era importante para ella. Se lo prometí, y creo que cometí un grave error. Paulatinamente, Vanessa se había vuelto pálida, con aspecto enfermizo. Un par de ocasiones, incluso sufrió unos desvanecimientos extraños, y tuvo que retirarse. Lo atribuyó a un estado de debilidad. También sufría frecuentes jaquecas. El doctor Lanyon la atendió, pero no fue demasiado comunicativo al respecto. Una noche la seguí cuando salía subrepticiamente de casa, y la vi entrar en la consulta del doctor Lanyon, donde permaneció cosa de una hora. La interpelé más tarde sobre eso. Me recordó mi promesa de silencio, y me explicó que últimamente no se encontraba demasiado bien, pero que el doctor la había tranquilizado, recomendándola una mejor alimentación. Desde entonces, ciertamente, pareció seguir a pies juntillas el consejo médico, porque la vi comer con más apetito, y mejoró de aspecto considerablemente. Eso fue antes de su breve y rara desaparición…

—¿Desaparición? —repitió Ralph, perplejo—. Por el amor de Dios, Leslie, explica eso también. ¿Por qué tuviste que silenciar todas esas cosas durante tantos años?

—Es lo que yo me pregunto ahora, demasiado tarde por desgracia. Sospecho que hubo algo raro en la vida de mi hermana durante esos últimos meses, pero no alcanzo a saber ni intuir lo que pudo ser. Lo cierto es que un día desapareció de casa, dejándonos una nota en la que decía que no nos preocupáramos, que había sentido el irresistible deseo de vivir sola unos días, lejos de todos, y que volvería en breve. Su madre, naturalmente, se asustó mucho. Papá y yo la buscamos por todas partes sin dar con ella. Por entonces, tú estabas en la India. Hubiéramos consultado con el doctor Lanyon, pero estaba casualmente ausente de Londres, en su período de vacaciones, y antes de su regreso, Vanessa volvió a casa

completamente normal, con aspecto bastante saludable, y nos pidió a todos que no le preguntáramos nada, que nada nos diría. Pero que había necesitado esos días de soledad para sentirse mejor. Como así pareció ser, su madre acató sus deseos, y no se habló más del asunto.

—¿Cuándo ocurría eso, exactamente?

—Sólo unos pocos meses antes de… de su muerte —suspiró Leslie, sombrío.

—Entiendo. A partir de esa misteriosa ausencia suya mejoró su salud en apariencia. Pero empeoró su mente. Y empezó a sentir miedo a algo, a tener pesadillas, obsesiones…

—Sí, me temo que sí. Fui muy torpe al no querer saber más y tratar de ahondar en los secretos de mi prima…

—Eso ya no tiene remedio, Leslie. Desgraciadamente, es tarde para pretender rectificar nada de cuanto se hizo.

—Lo sé. Pero no puedo dejar de sentirme culpable en cierto modo… —Su mirada se mantuvo perdida en el vacío, mientras bebía cerveza sin sentir siquiera su sabor, a juzgar por su aire ausente.

Taylor estaba meditando sobre cuanto le revelara el primo de Vanessa, ahora cuñado suyo, en aquellos últimos minutos de charla, tras haber dejado a Sheila en casa e ir ambos a tomar unas cervezas a un cercano *pub*, en las proximidades de Berkeley Square.

De pronto recordó algo. Trazando distraídamente con su dedo dibujos en la mesa, con la cerveza derramada en el mármol, hizo a Leslie una repentina, seca pregunta:

—Leslie, ¿por qué sacasteis a pública subasta el retrato de Vanessa cuando las cosas a los Warrington os empezaron a ir mal en lo económico?

—¿Por qué hicimos… qué? —Se sobresaltó su cuñado.

—Yo os hubiera comprado ese cuadro a ojos cerrados, Leslie. Por la cantidad que pudiera pagar cualquier otro, o más aún. Pero venderlo a un desconocido…

—¿De qué estás hablando, Ralph? —Se sorprendió Leslie, contemplándole con extrañeza—. Ese cuadro nunca se ha vendido.

—Mientes, Leslie. Sabes muy bien que si se vendió en subasta…

—Por favor, Ralph, ¿acaso acostumbro yo a mentir? —Se irritó su cuñado con viveza—. Cierto que pasamos unos días difíciles y se

pensó en subastar algunas cosas, pero no fue preciso llegar tan lejos. Tía Carol vendió a un joyero algunas de sus joyas, y eso salvó la situación sin demasiado escándalo. Pero subastar cosas de la casa, y menos aún el retrato de mi prima… Eso no tiene sentido. ¿Quién te dijo semejante tontería?

—Nadie. Yo vi ese cuadro en casa de un extraño —afirmó fríamente Ralph, clavando sus ojos en Leslie de modo inquisitivo.

Éste se estremeció. Parpadeó con rapidez.

—Imposible —negó—. El cuadro sigue allí, en nuestra casa. Puedes verlo cuando quieras, Ralph, para convencerte de ello.

—La verdad, me gustaría convencerme. Pero no hace falta. Sé dónde está ahora.

—Eso es absurdo —irritado, Leslie se puso en pie con brusquedad. Derribó la jarra de cerveza sobre la mesa, y se derramó su contenido—. Vamos ahora mismo y te lo demostraré.

Ralph se puso en pie. La decisión asomaba a su gesto, visiblemente endurecido.

—Sí, vamos —aceptó—. Si lo prefieres así…

Ambos hombres abandonaron la cantina. Estaban cerca de la casa de los Warrington, puesto que residían en la misma zona de Mayfair. Se dirigieron hacia Berkeley Street. Cerca ya de Piccadilly Street, se detuvieron ambos delante de la fachada de la residencia de los Warrington. Permanecía cerrada herméticamente.

—No pensaba entrar aquí hasta que volvieran tía Carol y papá de Suiza —suspiró Leslie, buscando las llaves en su bolsillo—. Me alojo en el hotel Claridge por el momento. Pero puesto que tanto insistes… abriré esa puerta para que compruebes con tus propios ojos lo que digo.

—Me gustará hacerlo. Y si es así, te pediré perdón incluso de rodillas, Leslie.

—No hará falta tanto. Pero te confieso que me disgusta tu desconfianza. Yo no te mentiría, y menos en una cosa así.

—Lo siento, Leslie. He visto ese retrato en otra parte y debo insistir en ello.

—Como quieras, cabezota —gruñó malhumorado Leslie, metiendo la llave en la cerradura.

Accionó las dos cerraduras de seguridad, y la puerta quedó franqueada. La empujó, cediendo con un chirrido a causa de su

prolongada inactividad.

—Los goznes necesitan ser engrasados —comentó Leslie Warrington, haciendo entrar a Ralph en la casa cerrada.

Taylor captó el olor a cerrado, a humedad y a abandono, dentro de la mansión donde tantas veces entrara para tomar a Vanessa en sus brazos años atrás. Era como si hubieran transcurrido siglos, pensó. Como si no sólo ella, sino todo lo que aquella casa significó en una época de su vida, estuviera también muerto. A Sheila, pese a ser una Warrington, y hermana de Vanessa, no podía asociarla con estas paredes, con este lugar que tan familiar le resultaba.

Leslie encontró el interruptor general de la luz y lo conectó. El polvo se hizo visible en muebles y vidrieras. Algunas cartas se hallaban en el suelo, cubiertas de polvo, al haber pasado bajo la rendija de la puerta, cuando el buzón de Ta casa estuvo repleto de correo atrasado.

Leslie las recogió, depositándolas en la también polvorienta bandeja de plata del vestíbulo, e indicó con su brazo, irónicamente, el camino del saloncito a su cuñado Ralph. Éste se movió en esa dirección.

—Huele a cerrado y a abandono —comentó secamente.

—Yo diría que huele peor que eso —bromeó Leslie con un suspiro—. Seguramente el bueno «Pete» ha dejado por ahí algunos excrementos…

—¿«Pete»? —indagó Ralph.

—El gato. Ya no es el que tú conocías de entonces. Pero, como él, es negro y lustroso. Y muy cariñoso. Es hijo del pobre «Gus», el anterior.

—¿Y se quedó dentro de la casa? —se extrañó Ralph.

—No, pero tiene un hueco para meterse en ella cuando le apetezca. Al marcharnos al continente, dejamos encargada a una señora del vecindario, la cocinera de los Haversham, que adora a los gatos, de su cuidado en nuestra ausencia.

Realmente, el olor se hizo más insoportable a medida que avanzaban hacia el interior de la casa. Ralph y Leslie se miraron, sorprendidos.

—Yo no diría que huele a excrementos de animal —rechazó Ralph—. Es olor a putrefacción…

Leslie asintió en silencio, arrugando el ceño. Llegaron ante la

puerta del saloncito. El joven Warrington abrió, comenzando a hablar con tono enérgico:

—¿Lo compruebas ahora de una maldita vez por todas, Ralph? Ahí tienes a Vanessa, tal y como…

Se quedó callado, con mirada atónita fija en el muro opuesto, sobre la chimenea. Había dado al interruptor de la luz, y ésta invadía la sala, revelando todos sus detalles con claridad.

Como Ralph esperaba, en la pared no había nada.

El retrato de Vanessa no estaba allí. Sobre el muro, era visible aún el recuadro más limpio de papeles pintados donde antes estuviera el marco de aquel óleo.

Pero lo más terrible de todo era, quizá, lo que sustituía al propio cuadro, colgando grotesca y macabramente de la pesada alcayata del muro.

El cuerpo putrefacto, casi informe, bajo la desgarrada piel negra, cubierto enteramente de hediondos gusanos, de un pobre gato de ojos desorbitados, boca convulsa, garganta reventada y sanguinolenta…

CAPÍTULO VI

—«Pete»… Pobre «Pete»… Era un buen gato. Cariñoso y dócil como pocos… ¿Quién pudo ser el miserable que hizo esto?

Ralph Taylor no respondió. Estaba pálido, crispado, la mirada vidriosa, fija en aquel vacío donde antes estuviera el retrato, contemplando la espantosa presencia de aquel cuerpo en avanzado estado de descomposición, como un horrible trofeo que reflejase la maligna crueldad de algo o alguien que andaba suelto por Londres, sembrando la muerte y el horror.

Una comprobación de puertas y ventanas había demostrado que ninguna entrada estaba violentada, ni había huellas de intrusos en la casa. Eso hacía más misterioso e inquietante el suceso.

—Me pregunto cómo entró el ladrón del cuadro en la casa, sin violentar nada… —musitó al fin Ralph, tomando un cortinaje y envolviendo en él, compasivamente, el cadáver maloliente del pobre gato. Algunos gusanos permanecieron reptando por el muro, ya despojados de su siniestro festín.

—Pero esto no tiene el menor sentido, Ralph —gimió Leslie—. Entrar aquí para llevarse solamente un cuadro… Hay otras cosas de valor. Y hemos comprobado que nadie las tocó…

—Es evidente que quien entró aquí lo hizo con el exclusivo propósito de llevarse solamente ese cuadro —respondió roncamente Ralph—. Y si es así, creo saber quién fue el intruso…

—¿Estás seguro de lo que dices? —Se irguió Leslie Warrington con agresividad.

—Cuando menos, sé quién tiene ahora ese cuadro en su poder —manifestó con calma el mayor—. Si no lo robó él personalmente, puede haber dos posibilidades: que enviase a alguien para robarlo… o que lo adquiriese al ladrón, aún a sabiendas de que era un objeto robado. Ciertamente, si llegué a verlo, fue por pura casualidad. Él no pretendió en ningún momento mostrármelo. Pero una puerta se

abrió a destiempo… y pude ver el retrato.

—¿Quién es esa persona, Ralph?

—Lo sabrás muy pronto. Vamos a ir allí. Y tendrá que explicarnos cómo llegó ese retrato a su poder… o avisaremos a la policía.

—Sí, vamos cuanto antes —miró el envoltorio con el cuerpo del infortunado «Pete»—. ¿Qué hacemos con él ahora?

—Entregárselo así a la señora esa de que hablaste, la cocinera de los Haversham. Que ella se cuide de sepultar al pobre animal decentemente.

—Sí, será lo mejor —Leslie hizo rechinar sus dientes con ira—. Si cojo en mis manos al tipo que hizo eso a «Pete»… ¿Por qué tuvo que hacerlo? No creo siquiera que le atacase. Era demasiado dócil para eso…

—Tal vez por crueldad, Leslie —recitó Ralph, sombrío, dirigiéndose a la salida—. Hay quien disfruta causando daño, haciendo sufrir a los demás. El que hace algo así a un animal inofensivo es capaz de hacérselo a cualquiera. Es más, ¿te diste cuenta cómo mataron a tu gato, Leslie? Desgarrándole la garganta salvajemente… Lo mismo que al doctor Lanyon y a la señora Leighton, la adivina…

Salieron de la casa. Tras dejar en manos de la cocinera el cuerpo del gato asesinado, que ella prometió enterrar rompiendo en llanto, se encaminaron hacia Chelsea y South Kensington.

Entre ambos barrios, corría Fulham Road. La calle donde residía un hombre llamado Maxwell Derrick, con quien Ralph había previsto iniciarse en los negocios de importación.

Ahora, la visita al caballero no era motivada por negocios, ni mucho menos.

No encontraron a nadie en la casa. Pese a llamar repetidas veces, nadie acudió a abrirles. Una doncella vecina les indicó que el dueño de la casa llevaba algún tiempo ausente de Londres, así como su servicio.

Tras ese fracaso inicial, se encaminaron a Chelsea. Ralph condujo a su cuñado hasta Green Houses. Pero tampoco allí tuvieron demasiada fortuna. Las oficinas de la compañía importadora de especias de Maxwell Derrick estaban tan herméticamente cerradas como la propia vivienda de su dueño. Un

empleado de una oficina inmediata explicó a Taylor que el señor Derrick había cerrado sus oficinas un mes antes y no había vuelto a abrirlas. Se suponía que estaba ausente de la ciudad, y posiblemente de Inglaterra. Al parecer, era habitual en él, dados sus negocios, y era muy probable que estuviera en la India.

—Creo que no vamos a poder salir de dudas —murmuró Leslie por fin, desalentado—. El único camino es informar a la policía, Ralph.

—Sí, me temo que sí —admitió Taylor de mala gana—. Pero tú has sido el expoliado. Ve tú a denunciar el hecho. Creo que ya es hora de que vuelva a casa y me reúna con Sheila. Después de todo, es mi primer día fuera del hospital, y no es justo que la deje sola. De todos modos, nada puedo hacer ahora por localizar a ese individuo, sea culpable o no del robo.

—Sí, ve con ella. Yo me ocuparé de esas diligencias. Iré a Scotland Yard ahora mismo. Ya te llamaré con lo que haya.

—Hazlo sin falta. ¿Quieres venir a cenar mañana con nosotros? Creo que Sheila se sentirá muy feliz de poder charlar contigo toda la noche.

—Gracias, Ralph. Cuenta conmigo. Iré mañana.

—Y perdona si te ofendieron mis palabras de antes. Pero tenía mis motivos para saber que ese retrato no estaba allí…

—No tiene importancia. Después de todo, tú tenías razón. Y yo también, aunque no lo creyeras, dadas las circunstancias. Ve con Sheila, no la hagas esperar más. Hasta mañana, querido Ralph.

Los dos hombres se separaron. Taylor se dirigió a su casa, impaciente por reunirse con Sheila, por vez primera en tanto tiempo, entre los muros de su hogar y no entre las frías paredes de un hospital.

Fue cuando estaba quitándose la ropa para cenar, tras referirle a su esposa sólo de pasada el fracaso en hallar a su previsto socio para los negocios, pero sin aludir a nada referente al cuadro de Vanessa ni al gato horriblemente mutilado, el momento preciso en que descubrió algo, un indicio escalofriante que antes ni siquiera había observado, en la febril excitación del momento.

Se acababa de despojar de su chaqueta, tras advertir en ella huellas de suciedad, procedentes del putrefacto cuerpo del gato de los Warrington, cuando se detuvo en su tarea y, acercándose a la luz

de la lámpara de pie de su alcoba, examinó con mayor atención la prenda.

En un ojal, se había enganchado, sin duda al recoger el cadáver del felino, una de las uñas de éste. Tomó con sumo cuidado la corva piececita amarillenta, desprendida de la zarpa del animal. Tenía algo adherido, que examinó a la claridad.

Brilló entre sus dedos. Con un matiz dorado.

Era un hilillo de oro, mezclado con otras dos hebras de hilo de lana negra. Se puso rígido. Su rostro se contrajo, presa de una repentina tensión interior.

—Cielos… —jadeó.

—Ralph, ¿vienes ya? —Sonó la voz de su mujer desde el comedor—. Ya está a punto la cena, querido…

—Sí, sí, voy en seguida —aseguró Ralph, con voz levemente ronca, tratando de mostrar total normalidad—. Ya me he cambiado…

Con rapidez, se puso otra chaqueta limpia. Guardó en un sobre el trozo de uña y los hilos de lana negra y oro. Se encaminó al comedor, procurando mostrarse sereno.

Ahora ya sabía que Maxwell Derrick no había comprado el cuadro de Vanessa a ningún ladrón profesional, ni había enviado a nadie a robarlo de casa de los Warrington.

El ladrón era él. Y también el asesino del gato.

Aquellos hilos oro y negro, prendidos a la garra del gato agonizante, mientras su matador le destrozaba la garganta, eran una evidencia concreta, elocuente: Maxwell Derrick había robado el cuadro y matado al gato.

Aquellos hilos sólo podían corresponder a sus habituales chalecos de color oro y dorado. El infortunado «Pete», aun después de muerto, acusaba con toda elocuencia a su asesino.

Mientras cenaban Sheila y él, fingió perfectamente no estar preocupado por nada. Explicó que tendrían que esperar sin duda a que Maxwell Derrick regresara de la India para iniciar el negocio de las especias, y charlaron sobre Leslie y un montón de cosas más, con trivialidad absoluta. La joven parecía relajada, feliz por tener de nuevo a su marido en casa, y él procuró no estropear su estado de ánimo revelándole nada de cuanto sucedía.

Pero una idea se mantenía fija, obsesiva, en su mente, mientras

terminaba de cenar.

Esa idea giraba en torno a Derrick, el misterioso personaje que poseía ahora el retrato de Vanessa. Estaba seguro de que no se hallaba ausente de Londres ni de Inglaterra. Algo le decía que continuaba allí, oculto en alguna parte de la ciudad. Y que su relación con los sangrientos sucesos era mucho más directa de lo imaginado hasta entonces, aunque ignorase todavía los motivos ni el papel que el comerciante representaba en su vida o en la de Vanessa Warrington.

Sheila no debía llegar a sospecharlo. Pero esta misma noche, Ralph Taylor estaba dispuesto a salir en busca de Maxwell Derrick.

* * *

Se detuvo ante la casa cerrada y silenciosa.

Miró a su alrededor, apoyándose en el bastón, escudriñando Fulham Road en ambos sentidos. Era tarde y no circulaba vehículo alguno. Un par de automóviles aparecían aparcados en una esquina próxima, eso era todo. La noche era húmeda y ligeramente cálida. No había niebla. La luz de las farolas tenía un brillo casi radiante, poco habitual en las noches londinenses cuando aún no había llegado la primavera.

Volvió a estudiar con interés la fachada de la vivienda de Derrick. Elevó sus ojos lentamente, revisando las ventanas cerradas, con sus cortinas corridas, los postigos atrancados.

Desde una de esas mismas ventanas, había creído una vez que le miraban unos misteriosos ojos verdes. Tal vez lo imaginó. Tal vez no. No quería pensar ahora en eso. Su única idea, en estos momentos, era entrar allí de alguna forma, comprobar si realmente Derrick estaba o no en Londres.

Y, sobre todo, saber si aún continuaba allí el retrato de Vanessa.

Caminó, silbando entre dientes, como un peatón cualquiera, cuando un *policeman* asomó por una esquina, haciendo su ronda con aire imperturbable y rutinario. Pasó por su lado con un cortés «buenas noches, agente», y se alejó de él en la noche, mientras el policía le seguía con mirada indiferente, antes de reanudar sus paseos, desapareciendo por otra esquina prestamente.

Taylor regresó a su lugar anterior. Se acercó a la casa. Probó la puerta de entrada. Era sólida y pesada, y parecía estar

herméticamente cerrada, asegurada por algún potente cerrojo. Sería inútil y hasta peligroso intentar nada por allí.

Rodeó la fachada, deteniéndose ahora delante de la verja que daba acceso al desnivel bajo la altura de la calle, donde existía la entrada de servicio, habitual en las casas inglesas.

Recordó a Wendy, la pizpireta y opulenta doncella de Derrick. Dirigió una mirada a la puerta de cristales, también protegida ahora por una contraventana de madera. Había polvo en los escalones de acceso al desnivel de aquellos bajos.

Descendió. Probó el picaporte. La puerta estaba cerrada, pero tembló ligeramente. Era frágil aquel acceso, pensó.

Extrajo un cortaplumas que había traído de casa y forcejeó con él entre la puerta y el marco, insistentemente. Notó un crujido. Luego otro. Las dos cerraduras habían saltado sin más problema. Empujó. La puerta cedió con un chirrido.

Ralph respiró hondo. Lo que estaba a punto de cometer era un grave delito: allanamiento de morada, con los agravantes de nocturnidad y fractura. Podían echarle unos cuantos años por eso si le sorprendían.

Pasó con rapidez al interior. Cerró tras de sí y pasó un pestillo, para dejar la puerta asegurada y que desde el exterior no se apreciara nada anormal. Extrajo de un bolsillo el segundo objeto de que se proveyera antes de salir de casa, pretextando ir a un *pub* a tomar unas cervezas, ante la sorpresa y desilusión de Sheila, que había esperado pasar esa noche en su compañía.

Encendió la linterna resueltamente. Un corto pasillo le condujo a una cocina y un pequeño corredor para el servicio, anexo a la misma. Todo se mostraba polvoriento y abandonado, como si realmente hiciera un mes que allí no residiera nadie.

Sujetando la linterna en una mano y apoyándose con la otra en su bastón, que le obligaba a caminar despacio y apoyándose con firmeza en el suelo, avanzó entre sombras, encarándose con la escalera ascendente que conducía a la zona residencial del edificio. Una puerta separaba el ala de servicio del resto de la vivienda. La cruzó, recorriendo el vestíbulo con el rayo de luz de su lámpara.

Todo aparecía tal como él lo recordara de su visita a Derrick, anterior al accidente. En orden, pero con una capa de polvo sobre muebles y objetos. Clavó sus ojos en la habitación donde viera el

retrato de Vanessa. La puerta cerrada atraía irresistiblemente su atención. Se movió hacia ella, sigilosamente, sin producir el menor ruido, salvo el roce de su bastón en el suelo embaldosado.

Se paró ante la puerta. Dejó la linterna sobre una mesita inmediata. Alargó la mano hacia el picaporte…

Se paró en seco. Giró la cabeza, con sobresalto. Miró a la escalera en sombras, donde un reflejo del exterior, a través de una claraboya en lo alto, hacía penetrar un leve resplandor casi fantasmal, que siluetaba los peldaños y la barandilla.

Había oído un ruido en esa dirección.

Algo parecido a unos pasos cautelosos. Leves roces en el suelo.

Tragó saliva. No sentía miedo. Pero sí aprensión. Tomó de nuevo la linterna. Se aproximó a la escalera. Súbitamente, dirigió el haz de luz hacia arriba, esperando enfrentarse a cualquier cosa, por espeluznante que ésta pudiera ser.

No vio nada. La luz recorrió la escalera, las dos plantas con barandilla, para ir a reflejarse en los vidrios translúcidos de la claraboya, allá en lo alto.

Nadie. Nada.

Y, sin embargo, justo en el momento de disparar el foco hacia arriba, había creído captar de nuevo, bastante cercanos, aquellos roces como de pisadas humanas.

—Tal vez me dejo llevar por la tensión —susurró, hablando consigo mismo—. Pudo ser cualquier clase de sonido en la calle. O esa serie de ruidos inexplicables que toda casa tiene en la noche…

Se encogió de hombros, regresando a la puerta cerrada. De nuevo dejó la linterna sobre la mesita y empuñó el picaporte. Lo hizo girar. No hubo problema para abrir la puerta. Las bisagras emitieron un chirrido desagradable pero amortiguado.

Empujó la hoja de en profundas tinieblas. Tomó la lámpara. La proyectó hacia el interior, directa hacia el punto donde recordaba haber visto el cuadro de los Warrington, la primera vez que visitara aquella casa.

Allí estaba. El retrato de Vanessa pareció contemplarle desde la dimensión irreal de su lienzo.

Taylor lanzó un grito ronco de horror, retrocediendo unos pasos como si le hubieran dado un mazazo brutal en pleno rostro.

La escena resultaba demasiado espantosa, casi brutal. Estuvo a

punto de perder el bastón. Su pierna izquierda vaciló, y hubo de apoyarse en la pared para no caer.

Demudado, incrédulo, sacudido por la angustia de una visión estremecedora, Ralph Taylor permanecía allí quieto, como fascinado, la mirada fija en el retrato…

Un retrato que ahora aparecía, al resplandor de su lámpara, salvajemente desgarrado, hendida la tela como a cuchilladas, de arriba abajo… y regueros de sangre corrían por esas grietas, empapando la tela pintada, el marco dorado, e incluso el suelo mismo de la estancia, como si Vanessa hubiera podido sangrar allí, en el lienzo, cuando éste fue destrozado por alguna fuerza maligna.

En ese momento, los pasos volvieron a sonar, dentro de la propia habitación donde sangraba el cuadro de Vanessa Warrington…

* * *

Acosado por un escalofrío de supremo horror, Ralph entró en la habitación, resuelto a todo, con la linterna en una mano, y el bastón en la otra, levantándolo a guisa de arma contundente, aún a riesgo de que su pierna le fallase, haciéndole caer.

Vio una puerta al fondo. Una puerta entreabierta, que aún se movía ligeramente, como si alguien acabara de salir por ella. Cruzó a la carrera la estancia, tambaleándose, inseguro, olvidándose del propio cuadro y del siniestro fenómeno que significaba ver sangrar un lienzo.

Llegó a esa puerta del fondo de la sala. Asomó a ella, proyectando su luz sobre el exterior. Era un corredor que se adentraba en la casa, justamente al pie del recodo de la escalera, y luego alguien entró en aquella habitación por la puerta que ahora había alcanzado él, alejándose luego con presteza.

Pero su linterna no reveló presencia humana alguna, ni eran ya audibles los sonidos de las pisadas. Un silencio de muerte volvía a reinar en la lúgubre casa. Tras respirar hondo, regresó a la sala del cuadro sangrante.

Se detuvo en medio de la misma, contemplando con cierta extrañeza el retrato. La primera vez recordaba haberlo visto colgando de un muro. Ahora estaba en otro punto, no lejos del primitivo. No colgaba de la pared, sino que se apoyaba en ésta, pero

con una butaca situada detrás, a modo de soporte para el pesado marco. Miró al suelo, al pie del dorado encuadre del óleo.

La sangre se encharcaba allí, oscura y siniestra. Goteaba aún del lienzo, lentamente, haciendo parecer a la hermosa muchacha del retrato herida de muerte por un sádico criminal. Pero los cuadros no sangran, se dijo Taylor, luchando con su alucinado estupor.

Y, con el bastón, golpeó el cuadro en un borde, derribándolo contra la propia mancha escarlata del suelo alfombrado.

Como imaginara, no era el retrato el que estaba sangrando, sino lo que había detrás de éste, hecho un ovillo sobre la butaca que le sirviera de soporte.

Era un cuerpo humano. El de una mujer de negro uniforme, cofia y delantal blancos… Una mujer joven, de formas opulentas, con el rostro horriblemente deformado por el terror y la agonía.

A Wendy, la doncella, le habían destrozado la garganta de forma atroz, lo mismo que al doctor Lanyon, igual que a la señora Leighton, exactamente del mismo modo que al pobre gato de los Warrington…

Era su sangre la que, filtrándose por las profundas grietas abiertas por aquella misma fuerza asesina en el lienzo, goteaba al exterior, dando la impresión espeluznante de que el cuadro pudiera sangrar.

Sintiendo erizados los cabellos de su nuca, Ralph Taylor se apartó del cadáver de la muchacha, del retrato ensangrentado, dejando caer su linterna al suelo. Ni siquiera se molestó en recogerla. El foco de luz, dirigido directamente al rostro de Wendy, reflejaba su resplandor en los ojos saltones y vidriosos de la infortunada doncella.

Ralph corrió hacia la salida de servicio, dispuesto a avisar de inmediato a la policía, tras aquel macabro descubrimiento que no hacía sino convertir el misterio en algo más oscuro y aterrador que nunca.

Cuando pisó los escalones de acceso a la acera, se sintió mejor. Por vez primera, quizá, había sabido lo que era el miedo, huyendo de algo intangible pero estremecedor que parecía flotar malignamente dentro de aquellos muros, persiguiéndole como una maldición de ultratumba.

Subió a la calle. Miró hacia ambos lados, sintiendo correr por su

rostro un sudor frío y pegajoso. Por fortuna, conservaba al menos su bastón, en cuya empuñadura se crispaba su mano como una garra frenética. Cojeando ostensiblemente, dio unos pasos para alejarse de allí y avisar al policía de servicio.

Entonces volvió a verla.

Estaba allí, en esquina cercana. Le miró. Y él a ella.

Pelirroja, sin duda. Bajo su pamela asomaban los cabellos color cobre. Se envolvía el cuerpo en una prenda de abrigo oscura. Aun a aquella distancia, gracias a la luz de una farola y a lo nítido de la transparente noche, descubrió manchas rojas, empapando el borde de su larga falda y sus botines oscuros.

Era ella… Había salido de la casa de Derrick. Era la autora de aquellos pasos, sin duda. Su falda había rozado la sangre, mojándose. Ahora miraba con extraña fijeza. No podía ver bien su rostro desde allí. La luz vertical y cruda de la farola, así como la sombra de la pamela, lo impedían.

—Vanessa… —susurró, recordando la noche del accidente, el anillo del rubí.

Se movió hacia ella. Acaso fue un error. La mujer dio media vuelta. Desapareció de inmediato en la calle adyacente.

Pero esta vez, Ralph Taylor estaba dispuesto a llegar hasta el fin, aunque éste se hallara más allá de este mundo, más allá de la tumba.

Corrió en pos de la mujer, aun arrastrando la desventaja de su cojera. Las pisadas de ella se perdieron en aquella calle, rápidas y huecas. El golpeteo de su bastón se unió a los ruidos de la carrera, mientras cruzaba la calzada vacía.

Cuando llegó a esa calle, no vio otro rastro de ella que el extremo de su falda desapareciendo en otra esquina. Renovó sus esfuerzos por darle alcance, aunque ella le llevase la notable ventaja de no tener cojera alguna que la frenase en el ritmo de la carrera.

La situación se prolongó durante varias manzanas. Pero la desconocida seguía ganándole ventaja, poco a poco. Estaba seguro de que la perdería. Por otro lado, tenía la impresión de no estar siguiendo esta vez a una sombra, a un simple fantasma, sino a alguien sólido, real, tangible, que era capaz de huir corriendo, sin esfumarse en la noche como un espectro.

Se iban aproximando al río, al sur de Chelsea, y las calles se

estrechaban ahora, a medida que el Támesis estaba más cerca. También, para desgracia suya, con la vecindad de las aguas, la atmósfera se iba empañando paulatinamente con las brumas ribereñas, y la noche perdía su transparencia de otras zonas de la ciudad.

Cuando alcanzó Old Church Street, ya la niebla era densa, y el aire olía a humedad intensamente. Alguna barcaza, en el río, hizo sonar su sirena, advirtiendo a otras embarcaciones para evitar choques en la bruma.

Maldiciendo entre dientes las crecientes dificultades que se acumulaban contra él, Taylor se detuvo, mirando a lo largo de Old Church con atención. Hasta donde la niebla le permitía ver, no había el menor rastro de la desconocida.

Otra vez la había perdido, pensó amargamente.

Dejó de correr, aunque caminó hasta el final de la calle y regresó de nuevo al punto de origen, sin dar con el menor rastro de la presencia femenina en la estrecha y vieja calle.

Desalentado, meneó la cabeza.

—Estuve tan cerca esta vez… —se lamentó con un murmullo de disgusto—. Casi creí alcanzarla, descubrir de una vez por todas este maldito misterio que se cierra en torno mío como una zarpa helada y mortal…

Pasó ante un *pub* que ya había cerrado sus puertas. Una mujer salió de un portal, y Ralph la miró, esperanzado, parándose en seco.

—Hola, caballero arrogante —le saludó ella, con una vaharada de ginebra que le atufó—, ¿vienes conmigo? Pasaremos una bonita noche tú y yo juntos…

Se alejó de la ramera y ésta le dijo algo ofensivo. Cruzó la calle hacia otro local de bebidas que permanecía abierto. Miró hacia su interior a través de una vidriera. Iban a cerrar ya. No había nadie, salvo el dueño, recogiendo vasos y jarras. Abrió la puerta y asomó.

—Lo siento, amigo —dijo el propietario con tono adusto—. Ya no sirvo a nadie.

—¿Ni siquiera una cerveza?

—Ni media. Estoy agotado y voy a cerrar. Busque otro sitio.

Ralph calló. Siguió adelante, apoyándose en su bastón. Pasó de largo ante la vieja iglesia católica que daba nombre a la calle. Luego cambió de idea. Regresó sobre sus pasos. Empujó la verja y subió al

porche del templo. Una débil luz brillaba en él.

—Si estoy enfrentándome a seres del Más Allá, a un poder maligno llegado de las tinieblas, tal vez sea conveniente rezar y pedir ayuda a Dios —musitó Ralph, entrando en el templo.

Dado lo avanzado de la noche, no era raro que la iglesia apareciese vacía. El interior estaba frío y solitario. Procuró no hacer demasiado ruido con su bastón y con sus pasos. Se detuvo ante una imagen de Cristo en la Cruz. Oró en silencio. Depositó una guinea en un cepillo. Oyó pasos al fondo del atrio de piedra antigua. Sorprendido, descubrió al hombre con sotana que salía por una puertecilla lateral y subía al altar. El párroco de la iglesia, evidentemente, se acostaba tarde.

Lo vio poner en orden algunas cosas. Luego, el sacerdote se persignó, disponiéndose a salir del recinto, de regreso a su vivienda, más allá de la sacristía.

Ralph observó que se detenía y miraba a un determinado punto del templo. Luego, el religioso se aproximó a los bancos situados ante el altar. Se detuvo delante de uno de ellos, en un punto que quedaba fuera de la visión de Taylor, a causa de uno de los arcos de piedra del recinto sagrado.

—¿Necesita algo, hija mía? —Le oyó preguntar en tono suave.

No oyó respuesta alguna. El sacerdote reapareció, iniciando su retirada. Pero antes se volvió hacia el punto donde estuviera antes, y añadió con tono amable:

—Yo me retiro ya, hija. Pero la iglesia nunca cierra. Puede quedarse todo el tiempo que quiera. Si me necesitara para algo, estoy a su disposición. Dios la acompañe.

Dicho esto, abandonó el recinto por la misma puertecilla lateral por la que entrara.

Ralph sentía de repente una rara y creciente excitación. Empezó a caminar, con suma cautela, sin utilizar esta vez el bastón, sin producir ruido alguno sobre las losas de la iglesia, en su camino hacia el lugar que permanecía invisible para él, tras la columna de aquella arcada.

Había alguien en el templo. Una mujer, No había oído su voz, pero el cura la había llamado en dos ocasiones «hija mía».

Una mujer en la vieja iglesia, a aquellas horas de la noche. Y él había perdido la pista a una mujer, justo en la misma calle.

Podía ser simple casualidad. O puede que no lo fuese. El corazón le golpeaba con fuerza cuando rodeó la columna de vieja piedra carcomida, apoyando en ella su mano para mantenerse firme en el equilibrio de su pierna dañada.

Miró a la pequeña capilla lateral, con una imagen del Niño Dios en ella. Ante la misma, de rodillas en un banco, oraba alguien. Una mujer.

Se estremeció. Respiró hondo, sin moverse, sin producir el menor ruido. A escasa distancia de aquella mujer. Muy cerca de ella.

Su pamela color malva cubría los cabellos rojizos, sedosos, que escapaban bajo la prenda, hasta rozar sus hombros. Unas manos largas, sensitivas, pálidas, se unían en plegaria, apoyadas en el respaldo del asiento delantero. Pudo ver las manchas de sangre en el borde de su falda y en la puntera de un botín.

Era ella. La mujer de Fulham Road. La misteriosa dama que saliera huyendo de la casa de Maxwell Derrick.

Ella.

Por fin, a tan escasa distancia de él. Le bastó dar tres pasos más, en completo sigilo, para estar a sus espaldas. Alargar el brazo, sería suficiente.

La tocaría. Rozaría a la misteriosa mujer. Tal vez a… a ella.

Cuando alargó lentamente el brazo, notó que temblaba. Estaba bañado en sudor, sentía un frío intenso y profundo, como si el propio y helado hálito de una tumba le rozase, como si estuviese a punto de tocar con sus dedos a la misma Muerte.

La tocó.

Su mano rozó el hombro de ella. Se apoyó un instante.

La mujer emitió un gemido de terror. Sobresaltada, giró la cabeza. Le miró.

Fue el primer encuentro, cara a cara. A escasa distancia uno de otro.

Resultó como un mazazo. Como el más brutal y devastador de los impactos. El horror, la incredulidad, la sorpresa, sobrecogieron a Taylor y erizaron sus cabellos.

Dio un paso atrás, demudado, contempló aquellos ojos verdes, tan familiares, tan queridos, tan difíciles de olvidar… Aquel cabello como cobre hilado, resplandeciente… Aquel óvalo perfecto, aquella

belleza de porcelana, aquel encanto mágico, que creyera perdido para siempre, que viera por última vez en un cementerio, emergiendo de un ataúd…

—¡Vanessa! —chilló horrorizado—. ¡Tú…!

—Ralph… Eres tú, Ralph… —gimió ella.

Y se desplomó ante los ojos alucinados de Taylor, tal vez muerta para siempre, después de su fantástico retorno de entre los muertos.

Segunda parte

Abril, 1919

CAPÍTULO PRIMERO

El padre Quine se arrodilló ante la imagen. Oró en silencio unos minutos.

Después, se persignó, incorporándose de nuevo y reuniéndose con Ralph Taylor en los bancos de la iglesia.

Fuera, amanecía sobre Londres y la niebla se disipaba en parte, aunque no totalmente, en aquella zona de Chelsea inmediata al río. El café humeaba en un termo que Ralph puso junto a si en el banco de madera.

—Creo que debería volver usted a su casa, señor Taylor —aconsejó suavemente el sacerdote, mirándole a los ojos.

Ralph meneó la cabeza negativamente, tras una ojeada al hombre de la sotana.

—No, aún no —rechazó—. Ya he telefoneado a mi esposa, padre. Ella entiende, y esperará pacientemente. Estaba muy preocupada por mí, ésa es la verdad, hasta que recibió mi llamada.

—Es comprensible. ¿Por qué no ha querido que avisáramos a la policía?

—Es preferible esperar un poco, padre.

—¿Esperar a qué? Usted me habló de un asesinato…

—Así es. Pero demorar la llamada no empeorará nada.

—Eso es lo que usted dice. La policía puede pensar de otro modo.

—Tal vez. Pero le he pedido ese favor encarecidamente, padre Quine. Necesito antes hablar con esa mujer. Es imprescindible que lo haga.

—El doctor ha dicho que su estado no es el más adecuado para molestarla con preguntas, recuérdelo. Lo que convendría es internarla cuanto antes en un centro médico o llevarla a su casa, con su familia.

—Tal vez esa mujer no tenga casa. Ni familia.

—No puede estar seguro de ello. Dice que no sabe nada sobre ella.

—O no sé nada, o lo sé todo, padre —suspiró Ralph—. Ésas son mis dudas.

—Sí, lo sé. Ya sabe lo que pienso al respecto: su historia es absurda. No tiene sentido en este caso. El doctor fue concreto en su diagnóstico, recuerde: esa joven sufre una grave crisis psíquica. Su mente quizá está desequilibrada. Pero no es ningún fantasma. Es alguien lleno de vida, de juventud, de vitalidad.

—Es lo que dice el doctor. Podría equivocarse.

—No sea obstinado, señor Taylor —se exasperó el sacerdote de la vieja iglesia de Chelsea—. Un médico sabe perfectamente cuándo atiende a una persona de diecisiete o dieciocho años… y cuándo a una mujer de casi cuarenta. También sabe cuándo un ser existe realmente y es físicamente auténtico. Los fantasmas no necesitan médicos.

—No dije que fuese necesariamente un fantasma, padre. Puede ser… un extraño caso de muerta en vida, de enferma cataléptica, que se detuvo en el tiempo, que acaso permaneció durante años y años en una muerte aparente…

—El doctor ha rechazado de plano semejante posibilidad, recuerde. No debería insistir: esa joven es lo que aparenta ser, y nada más.

—Pero es que yo conocí a esa mujer, padre, hace más de dieciséis años. Era la misma. Mi esposa podría decirle igual. Ambas eran hermanas.

—Tal vez un parecido notable, y nada más. Ocurre a veces.

—Hay otros factores que rechazan esa posibilidad, padre Quine. Esta noche murió asesinada una joven doncella, del mismo modo que hace dieciséis años mataron a un médico en la Morgue. Esa noche, desapareció el cadáver de mi prometida, Vanessa Warrington. Y esa mujer que oraba en su iglesia, padre… es la propia Vanessa. No puede existir parecido tan grande, no es posible una semejanza así.

El sacerdote católico le contempló con vivo interés y una luz extraña en sus ojos oscuros e inteligentes.

—Mi querido señor Taylor, si lo que usted sugiere fuese cierto, esa mujer sería algo así como… como un ser endemoniado, poseído

por el Mal. La Iglesia no acepta historias de aparecidos ni de seres de ultratumba, pero si la Vanessa que usted cita estuviese viva de alguna forma, significaría que hay algo maligno en ella. Y sin embargo, esa joven estaba en la propia casa de Dios, orando ante el Señor. ¿Tiene eso algún sentido, si fuese una criatura maléfica?

—No he dicho que lo fuese, sino que ha vuelto de las sombras de la muerte…

—Nadie vuelve de allí, que yo sepa, hijo mío —suspiró el cura.

—Una vez ya volvió. Fue hace años, en un cementerio…

—Me contó todo eso anteriormente. Debo creerle, pero eso pudo tener una causa natural, de tipo clínico, como es la catalepsia. Ahora no tendría otra explicación que la de lo sobrenatural. Y Dios no hace volver a sus criaturas al mundo una vez muertas. Si eso fue cierto alguna vez en la historia del mundo, el Diablo estuvo en ello, no el Señor.

—Pero, padre Quine, ella… ella es Vanessa, puedo jurarlo.

—¿Por qué no espera a que la muchacha vuelva en sí y le pregunta entonces quién es ella, realmente? —le aconsejó suavemente el sacerdote.

—No hace falta, padre. Ya puedo contestarle a eso. El tiene razón…

Se volvieron ambos hombres con idéntico sobresalto. A Ralph se le cayó el termo al suelo. Resonó huecamente en el recinto de piedra. Los grandes e ingenuos ojos verdes de la muchacha, erguida en la puerta de la sacristía, pálida y etérea, se clavaban con extraña intensidad y dulzura en los de Ralph Taylor. Éste se puso lentamente en pie. También el sacerdote, persignándose con una mirada de soslayo hacia el Cristo de su iglesia.

—Dios sea loado… —Le oyó susurrar Ralph.

—Vanessa… —jadeó Taylor, sin quitar sus ojos de la aparición —, de modo que yo tenía razón… Eres tú. Tú misma… que vuelves de la Muerte…

La joven aparecida le miraba aún. Sonrió triste, amargamente.

—Tienes razón al decir que yo soy Vanessa, Ralph —añadió lentamente—. Pero no del modo que tú imaginas. Creo que es hora de que te diga quién soy en realidad.

—¿Qué quieres decir?

—Que no soy Vanessa, aunque haya en mí mucho de ella,

especialmente mi rostro. Yo, Ralph… soy Hazel Warrington, la hija de Vanessa.

* * *

Sheila Taylor se apartó de la pequeña ventana de la sacristía con expresión profundamente meditativa. Ya estaba avanzada la mañana y un tibio sol se filtraba a ráfagas a través del nublado cielo matinal. La gente iba y venía por aquella zona portuaria de Chelsea, en sus tareas habituales. Las sirenas de las barcazas y remolcadores del Támesis, se mezclaban con el vocear de vendedores ambulantes y el rodar de carromatos de caballos con mercancías para los mercados próximos, compartiendo las calles de húmedo asfalto con los ruidosos automóviles.

Miró en silencio a los que la acompañaban en la estancia. Tomó un sorbo de té y lanzó un suspiro. El padre Quine parecía muy abstraído en la lectura de un misal, mientras Ralph meditaba con la cabeza entre sus manos.

—Me cuesta creer toda esa historia —murmuró Sheila al fin.

La otra mujer que permanecía en la estancia alzó la cabeza. Miró a la esposa del mayor.

—¿Por qué, tía Sheila? —quiso saber.

La aludida se estremeció al oírse llamar así. Sus ojos jaspeados buscaron la verde mirada de la muchacha. Se quedó absorta, como si aún no pudiera admitir lo que sus pupilas la estaban mostrando.

—Dios mío —suspiró—. Es como verla a ella misma…

La muchacha no dijo nada. Parpadeó, bajando los ojos. Ralph separó sus manos de la cabeza.

—Te lo dije —habló roncamente—. Es un parecido increíble.

—¿Cómo pudo engañar a todos? —Objetó Sheila—. Un hijo no se tiene tan fácilmente.

—Ahora lo entiendo —dijo Ralph—. Sus ausencias habituales, sus visitas secretas al doctor Lanyon… Sus vahídos y jaquecas… y su ausencia de varios días en una sola ocasión. No había ido a vivir sola por capricho. Fue a tener su hija…

—Su hija… —repitió Sheila—. Pero ¿cómo? ¿Con quién, Dios mío?

—Vanessa nos engañó a todos —murmuró Taylor—. No era la muchacha virginal que pensábamos. Tenía relaciones íntimas y

clandestinas con alguien…

—Creo que no fue exactamente de ese modo, tío Ralph —susurró ahora la muchacha que dijera llamarse Hazel Warrington.

—¿No? —Ralph la miró ahora a ella—. ¿Cómo, entonces? Tú no eres hija mía. Nunca tuve relación íntima alguna con ella…

—Lo sé, por eso te llamo tío Ralph —sonrió tristemente la joven, todavía intensamente pálida y demacrada—. Mi padre, desgraciadamente, no eres tú.

—¿Quién pudo ser, entonces? —Le interrogó Sheila—. Creí que mi hermana no tenía secretos para mí… Claro que entonces yo estaba estudiando en Edimburgo, pero…

—Es una larga historia, tía Sheila. Larga y terrible…

—Lo imagino, querida. Debe serlo… Dime, Hazel, ¿fuiste tú quién apareció ante Ralph aquella noche, cuando el accidente…?

—Sí —susurró la muchacha, bajando los ojos.

—¿Y en la ventana de la casa de Fulham Road? —interrogó a su vez Taylor.

—También.

—¿Y en la vecindad de la vivienda de la señora Leighton?

—Sí, en todas las ocasiones… era yo —musitó ella—. Pero no sabía a ciencia cierta lo que hacía. Sólo obedecía órdenes.

—¿De quién?

—¿De quién iba a ser? —Ella movió la cabeza con gesto angustiado—. De él… De mi padre.

—Cielos… Tu padre —murmuró Ralph Taylor—. ¿Quién es él? ¿Maxwell Derrick?

—Sí —afirmó ella, despacio—. Sí. Él es mi padre, el hombre que fue amante de mi madre, Vanessa Warrington.

—Por tanto, sus alusiones nunca fueron casuales, su presencia en la fiesta de Año Nuevo de los Hartfield tampoco…

—No. Nada en él es casual. No deja nada al azar. Es frío, cruel, despiadado, feroz… y maligno. Es la encarnación misma de Satanás, tío Ralph.

El padre Quine estaba murmurando entre dientes una oración. Al nombrar Hazel al diablo, se persignó, elevando los ojos hacia un crucifijo visible en la desnuda pared de la sacristía.

—Satanás… —repitió sordamente Ralph—. Sí, el padre Quine lo dijo esta misma noche. Habló de influencias demoníacas. Sólo así se

explica el retorno desde la tumba…

—Pero mamá nunca volvió de la tumba, Ralph —objetó dulcemente la muchacha—. Ella está muerta, enterrada…

—¿Quién afirma eso? —Dudó Taylor.

—El… mi padre. Y debe saberlo bien. Porque sólo él sabe dónde yace mi madre, a fin de cuentas.

—¿Qué? ¿Derrick sabe dónde reposa ella?

—Sí. Así me lo ha asegurado muchas veces.

—Entonces… él robó el cadáver de la Morgue hace diecisiete años…

—Quizá. No habló nunca de eso.

—¿Y mató a un médico antes de practicar la autopsia…?

—No sé, pero él es capaz de todo. De asesinar, mentir, robar, destruir… De todo lo malo de este mundo. Un día me aseguró que él era la encarnación del Diablo. Y yo le creí, tal era su expresión, tal el brillo maligno de sus ojos…

—Hija mía, hablemos de todo eso desde otro punto de vista —terció con suavidad, casi en forma sedante, la voz apacible del sacerdote católico, cerrando su libro de oraciones con lentitud—. ¿Dónde has permanecido todos estos años para que tu propia familia no supiera de tu existencia?

—Eso forma parte de la historia —se estremeció la joven—. No me haga hablar de ese horror, padre…

—Quizá sea necesario, compréndelo. Dentro de poco, tendremos que llamar a la policía para poner en claro muchas cosas. Hay derramamiento de sangre por medio, hija. Tres asesinatos cuanto menos. Tu tía, la señora Taylor, se ha prestado a venir hasta aquí para hacerse cargo de ti y tratar de ayudarte. Pero ni ella, ni tu tío ni yo, podemos ocultar ciertas cosas a la ley. Antes de eso, ¿no sería mejor que nos contaras esa historia que tanto te tortura? Es, quizá, el mejor modo de librarte de un pesado lastre moral, créeme. Eres demasiado joven para cargar con una responsabilidad semejante. Creo que te sentirás liberada de muchos terrores cuando te desahogues con nosotros, hija mía. Desde un principio, cuando te descubrí rezando en la iglesia, supe que eras una criatura asustada, vencida por el pánico.

—Pánico ¿a qué, Hazel? —Quiso saber Sheila, sentándose junto a ella y apretando afectuosamente las manos de la muchacha—.

¿Por qué no nos lo refieres todo?

—Oh, tía, tía Sheila… —sollozó amargamente la joven, rotos de pronto sus nervios, y abrazándose a la mujer de Ralph impulsivamente—. Ayudadme… Ayudadme tú y Ralph, os necesito a los dos…

—Claro, querida —afirmó tiernamente Sheila, acariciando sus cabellos con maternal afecto—. Nos tienes a tu lado. Y nos tendrás en todo momento, no lo dudes.

—No, no, tengo miedo. Mucho miedo. Sé que él me estará buscando ahora, que me persigue para darme alcance de nuevo… Le tengo verdadero terror, tía Sheila… Ese hombre diabólico me da pánico…

—Serénate. Aquí no va a alcanzarte. No puede hacerte, daño ahora, te lo aseguro. Estás a salvo mientras permanezcamos junto a ti, te lo aseguro, querida mía. Pero tienes que hablar, tienes que sincerarte de una vez por todas.

—Es demasiado horrible todo…

—Por horrible que sea, afróntalo. Saca de ti lo que te asusta tanto —le aconsejó Ralph—. Es la única forma de sentirte libre.

—Después de todo, por malvado que ese hombre sea, es tu padre y ha cuidado de ti todo este tiempo… —murmuró el padre Quine afectuosamente.

—No, no —tembló la muchacha, presa nuevamente del terror, volviéndose hacia el sacerdote—. Usted no sabe, padre… No puede saber, ni tan siquiera sospechar… la clase de hombre que es mi padre. Está endemoniado, es el espíritu mismo del Mal… Yo lo sé. Sé cómo es en realidad… Obsceno, sanguinario, feroz… Puede convertir en su esclavo a cualquier ser viviente. Practica la necrofilia, el incesto, la más degradante y perversa de las lujurias…

—Dios, ¿qué estás diciendo? —Se persignó el cura, horrorizado —. ¿Acaso tú…?

—No, no —rechazó ella, angustiada—. No aún. Pero sé que es su idea, obsesiva. Ve en mí una prolongación, una reencarnación de su amante, Vanessa Warrington… Y me desea como deseó a mi madre… Sólo espera a verme hecha una mujer plena para someterme, para abusar de mí vilmente, suciamente…

—Canalla, —jadeó Ralph, palideciendo. Estrujó los puños en el aire—. No se atreverá. Le mataré antes de semejante aberración…

—Nadie puede matarle. A veces creo que es Satán en persona. Un hombre sin alma, sin conciencia… Blasfema e insulta a Dios… Practica ritos ocultos, asiste a misas negras, ha sido capaz de violar a su propia hermana y a una sobrina suya, a las que luego asesinó y violó en sus tumbas, en un horrendo aquelarre de necrofilia y perversión diabólica…

—¡Dios nos asista, qué horrores sin nombre…! —El padre Quine parecía realmente impresionado ante lo que escapaba de labios de la amedrentada muchacha, en un torrente de hechos obscenos y monstruosos—. ¿Cómo supiste todo eso?

—El mismo alardea de ello en momentos frenéticos en que me aterra su sola mirada —gimió ella—. Y me ha confesado que deseaba más a mi madre muerta que viva… No dudo que si robó su cadáver una vez fue por satisfacer esos espantosos deseos suyos…

—Es demasiado —masculló Taylor, descompuesto, poniéndose en pie—. Jamás oí nada parecido…

—Es que no hay nadie parecido a Maxwell Derrick —sollozó la joven—. No es humano. No, no lo es…

—Mi querida criatura, cálmate, te lo ruego —la consoló Sheila, dominando su propio horror ante las revelaciones escalofriantes de su sobrina—. Es posible que su maligno influjo haya terminado ya para ti… Intentaremos apartarte de ese monstruo para siempre… La ley caerá sobre él con todo su peso, te lo aseguro.

—Me temo que no haya ley capaz de vencerle… Él triunfará por encima de todos, vivos o muertos, estoy segura. Sus poderes son demasiado terribles, su maldad supera todo lo imaginable, como si el diablo mismo estuviera dentro de su ser…

—¿Cómo pudo un hombre así convertirse en el amante de tu madre, Hazel? —Dudó Ralph, conmovido.

—No sé… Imagino que la dominó, la amedrentó, se hizo su amo y señor y ella le obedeció ciegamente. Tiene extraños poderes, domina a los demás con su sola mirada…

—¿Hipnosis? —sugirió el padre Quine.

—Quizá, padre. Mira de un modo terrible cuando quiere. Hay algo en sus ojos, algo que la somete a una, que la convierte en una esclava dócil y amedrentada…

—De modo que era eso. Era a él, a su maligno influjo, a lo que Vanessa sentía miedo entonces… —murmuró Ralph, sombrío—. Era

su dueño. Hizo con ella cuanto quiso. Incluso hacerla tener su hijo en secreto, sin revelarlo a nadie. Luego, la impulsó a matarse…

—Pero si ella se suicidó por voluntad de ese hombre nefasto, ¿por qué resucitó en el cementerio? —terció el padre Quine, ceñudo.

—Ése es un punto que ignoro, padre. Pero, sin duda, cuando cacemos a ese monstruo, todo pueda aclararse de modo definitivo.

—Sí, es posible —aceptó el sacerdote, dubitativo. Se volvió a Hazel Warrington y la preguntó—: ¿Tu padre no te ha dado su apellido?

—No, no lo hizo. Me tiene oculta siempre, como una prisionera. De vez en cuando me escapo a su control, pero siempre vuelve a encontrarme y me golpea brutalmente por mi desobediencia. Dice que no me mata porque primero desea poseerme en vida y después en la muerte.

—¡Miserable! —rugió Taylor, lívido—. Es peor que una fiera salvaje… ¿Ha matado él a *lady* Leighton para que no me revelase que él la pagó para representar su papel en aquella fiesta de los Hartfield?

—Creo… creo que sí. Me llevó consigo a ese lugar de Chelsea. Estuvo ausente unos momentos. Luego, cuando te vi, tío Ralph, él me recogió, llevándome consigo. Lo mismo hizo cuando te vi desde la ventana en la casa… Me sorprendió mirando y me castigó cruelmente…

—¿Y esta noche? ¿Por qué mató a su propia doncella, Wendy?

—Él intuye las cosas… Creo que a veces hay seres maléficos, espíritus infernales que le informan de cuanto ocurre… Así imagino que tuvo que saber que tú ibas esta noche a buscar ese retrato de mamá… Se anticipó, para esperarte… y se encontró con Wendy, la doncella, que se dedicaba a robar la casa en su ausencia. La mató brutalmente, con toda la furia y el sadismo de que es capaz un hombre como él…

—Pero también desgarró el retrato de ella, de Vanessa… —Objetó Ralph, enarcando las cejas—, ¿por qué lo hizo?

—No puedo saberlo… Tal vez Wendy se protegió con el cuadro, o fue ella quien lo desgarró, eso no llegué a averiguarlo. Pero lo demás, sí. El escapó al llegar tú, y yo le seguí, pude librarme de él, te esperé… Después, tuve miedo y escapé también, sin atreverme a

encararme con la verdad, a decirte lo que realmente sucedía, tío Ralph…

—Te entiendo. Por eso huiste también la noche del accidente…

—Me lo he reprochado muchas veces desde entonces. Me sentí culpable de lo que te sucedía… Intenté ayudarte, una vez caído. Pero él estaba allí, me llamaba… y yo no podía dejar de obedecer sus órdenes. Me domina, me controla mentalmente, a distancia incluso… Aun así, pude dejarte algo mío, para que supieras que no era una alucinación, que yo existía, que había querido hablar contigo…

—El anillo de tu madre…

—Sí, el anillo. Lo dejé junto a ti, en el suelo…

—¿Cómo lo obtuviste? Tu madre fue sepultada con él. Y su cuerpo, tras surgir del ataúd, desapareció llevando ese anillo en el dedo… ¿Te lo dio acaso tu padre?

—No. Yo se lo quité. Lo guardaba entre sus cosas. Sabía que era de ella. Se lo quité, para llevarlo yo. Ahora sabe que lo tienes tú. Te odia, tío. Pero también te teme. Creo que fuiste el único ser viviente que llegó a hacerle fracasar en algo: la resurrección de mamá en el cementerio, hace dieciséis años, no fue cosa suya.

—¿De quién, entonces?

—Lo ignoro. Nunca habló de eso, pero le he oído decir que se sentirá más seguro cuando tú estés muerto…

Reinó el silencio en la pequeña sacristía. El padre Quine respiró hondamente y se puso en pie, mirando con pesar a la muchacha.

—Creo que es llegado el momento de llamar a la policía y hablarle de ese hombre, ¿no cree usted lo mismo, señor Taylor?

—Sí —suspiró Ralph—. Creo que sí, padre. Ya es hora de que alguien con más recursos que nosotros, se haga cargo de un asunto tan terrible… Me siento incapaz de seguir enfrentándome yo solo a tanto horror.

—¿Y qué hará conmigo la policía, tío Ralph? —quiso saber la muchacha, amedrentada su expresión.

—Nada, querida —sonrió él—. No pueden hacer nada contigo, salvo permitirnos que cuidemos de ti como mereces. Sólo eso, pequeña Hazel. Es lo que podemos hacer Sheila y yo por la hija de la mujer a quien tanto quisimos…

La muchacha se abrazó a ambos, rompiendo en emocionados

sollozos. El padre Quine, conmovido, se dirigió al teléfono para llamar a Scotland Yard.

CAPÍTULO II

—Tres pasajes de primera clase para el Atlantic —dijo Ralph Taylor sonriente, depositando encima de la mesa los tres billetes de barco —. Un viaje Londres-Nueva York que se inicia el quince de este mes de abril que hoy comienza. ¿Felices?

—¡Ralph, es maravilloso…! —Se entusiasmó Sheila—. Soñaba con conocer algún día la ciudad de los rascacielos…

—Pues vas a conocerla ya —sonrió con mayor amplitud Ralph —. Unas semanas de travesía… y la Estatua de la Libertad esperando para darnos la bienvenida a los tres. Espero que sea un período de vacaciones realmente feliz para todos.

—Tío Ralph, no sé cómo agradecerte… —Se mostró Hazel profundamente emocionada por aquella noticia, encandilados sus bellos ojos verdes por la ilusión de un viaje tan prometedor.

—Vamos, vamos. Ahora formas parte de la familia a la que siempre debiste pertenecer, ¿no es cierto? —La reprendió afectuosamente Ralph—. De modo que donde vamos tu tía y yo, vas tú. Creo que te va a sentar muy bien un tiempo fuera de Inglaterra, disfrutando de un viaje así.

—¿Y tus negocios previstos? —sugirió Sheila, mirando ilusionadamente los pasajes recién traídos.

—Que esperen un poco —suspiró Ralph—. Tuve la fortuna de no asociarme con cierta persona en un momento dado, gracias a mi accidente. Ahora volveré a aplazar mis proyectos durante otro par de meses como mínimo. Pero en esta ocasión será por propia iniciativa, por puro placer y no por la fuerza de las circunstancias. Lo cual cambia mucho.

—Tendremos que apresurarnos y hacer muchas compras antes de emprender viaje —comentó Sheila, mirando a su sobrina con alegría casi infantil, como si de repente hubieran quedado atrás todas las sombras tenebrosas de su vida, para enfrentarse a un

futuro mucho más luminoso y esperanzador.

—Oh, por supuesto —palmoteó la muchacha ingenuamente—. Pero ya será mucho gasto ese viaje para añadirle más aún, ¿no te parece, tía Sheila?

—Eso importa poco ahora —terció Taylor de buen humor, contando unos billetes que puso en la mano de su mujer—. Al menos, que se note por una vez que tu tío vive de rentas. Gasta lo que necesites, Sheila, en ti y en la chica. Quiero que vayáis a los Estados Unidos con vuestras mejores galas, para envidia de las bellezas americanas.

—Tonto… —rió Sheila, divertida, guardando el dinero. Miró a su sobrina y añadió—: Esta misma tarde vamos a ir a comprar unas cuantas cosas tú y yo, querida. ¿No vendrás con nosotras, Ralph?

—No, lo siento. Tengo que ir a Scotland Yard para una serie de formulismos oficiales que el superintendente McGavin tiene que cumplimentar lo antes posible. Ya sabes, es referente al caso Derrick… —murmuró, mirando de reojo a Hazel. Observó que la muchacha se estremecía inevitablemente, y añadió con rapidez—: Pero estaré pronto de vuelta. Os esperaré en casa, si es así. O en el *pub* de la plaza.

—Será mejor allí —asintió Sheila—. Te esperaremos.

—Voy a arreglarme lo antes posible —dijo con entusiasmo Hazel, saliendo de la estancia—. Bajo en seguida, tía Sheila.

Se quedaron solos los dos. Se miraron en silencio un momento.

—¿Alguna novedad? —preguntó Sheila, inquieta.

—No, nada. Ese hombre no aparece por parte alguna, pese a las batidas que está llevando a cabo el superintendente. Supone que ha abandonado el país, con rumbo al continente quizá. Por eso he decidido que nos ausentemos un tiempo. Puede ser cuanto necesita Scotland Yard para echarle el guante y cerrar de una vez este espantoso asunto.

—Sí, creo que ha sido una buena idea. Gracias por ayudarnos a Hazel y a mí a salir de este clima de incertidumbre y tenor, Ralph.

—No hables así. Ambas necesitáis de ese respiro. No sólo esa chica ha sufrido unos años terribles, de auténtica pesadilla. Tú llevas un tiempo padeciendo por mi culpa. Es hora de olvidarse de todo ello por un tiempo. Ojalá que de modo definitivo, si la policía tiene suerte en estos meses que estaremos lejos de Inglaterra.

—¿No han encontrado nada esclarecedor, de todos modos?

—Algo. Nada definitivo, aunque sí estremecedor, querida.

—¿Qué es ello?

—Un altar de misas negras en casa de Derrick, estudios sobre el doctor Mesmer y su ciencia… (*Alusión al médico alemán Franz Anton Mesmer (1733-1815), verdadero precursor de la hipnosis y la sugestión como hecho científico y a veces curativo de determinadas dolencias, o coadyuvante a los procedimientos anestésicos. Su doctrina del «magnetismo animal» y los efectos terapéuticos del imán en los males revolucionó a la sociedad de su época, que le tachó de farsante y charlatán*). Objetos diabólicos, de siniestro significado, como amuletos, cruces boca abajo, símbolos de Satán… Es evidente que Derrick practica toda clase de ritos ocultos, satanismo y cosas así. Y que posee facultades hipnóticas, puestas en práctica a través de las teorías mesmerianas. Del mismo modo, se halló un pequeño laboratorio donde destilaba plantas alucinógenas, afrodisíacos, venenos… Uno de esos tóxicos, sin duda, fue el que hizo ingerir a Vanessa para su suicidio.

—¿Alguna de sus otras aberraciones…?

—Oh, nada. Nada necrófilo ni que hable de sus prácticas obscenas o incestuosas. Son cosas difíciles de demostrar y que no dejan huellas evidentes cuando se practican. Pero lo que sí han hallado es algo que puede explicar los crímenes de ese monstruo diabólico.

—¿Qué es ello?

—Una garra disecada.

—Una… ¿qué?

—Una garra de animal disecada. Puede pertenecer a un tigre o a un leopardo, no saben aún. Posee las garras perfectamente intactas y afiladas, con el trozo de pata correspondiente. Ese arma, utilizada contra una garganta humana… o la de un indefenso gato dócil… puede ser mortal, destructiva. El superintendente dijo que había en ella claras huellas de sangre seca. Analizarán en Scotland Yard si era sangre humana o no.

—¿Dónde la encontraron? —Se horrorizó Sheila.

—Entre las pertenencias de Maxwell Derrick, en su oficina comercial de Green Houses, en Chelsea. Parece una prueba evidente contra él.

—De modo que realmente fue el verdadero autor de todos esos crímenes… desde el doctor Lanyon hasta hoy en día.

—Así es. Hazel no mentía. Tuvo un padre abominable, un auténtico ser envilecido y corrupto, una mezcla de vicio y maldad, de perversión y de lujuria demoníaca… Dios mío, cada vez que pienso que Vanessa también fue víctima de ese hombre durante los últimos meses de su vida…

—No te atormentes más con esa idea. Sucedió hace demasiado tiempo ya. El presente es realmente lo que cuenta, Ralph.

—Tienes razón —suspiró él, cansadamente—. Ve con tu sobrina. Tendréis que daros prisa si queréis salir de compras esta misma tarde.

—¿Tú te marchas ya?

—Sí. Cuanto antes deje resueltas esas diligencias policiales, tanto mejor. El superintendente sabe que nos vamos a América dentro de pocos días, y quiere tener completo el expediente para entonces. Al menos, en lo que a mí respecta.

Se besaron. Cambiaron una mirada tierna, Sheila sonrió.

—No faltes. Hazel y yo te esperaremos en el *pub*.

—Allí estaré lo antes posible. Felices compras, cariño.

Salió resueltamente, tras recoger su inseparable bastón. Sheila lanzó un suspiro y subió a reunirse con su sobrina, que cantaba entre dientes, como evidencia de que, al fin, había una nota de felicidad y de alegría en su vida.

Se cerró en el cuarto de baño, con una esperanzada, amplia sonrisa en su bella boca de carnosos labios. Por vez primera en mucho tiempo, también ella se sentía relativamente feliz. Pero sabía que no llegaría a serlo del todo mientras un hombre llamado Maxwell Derrick siguiera en libertad en lugar desconocido.

* * *

Cuando salieron de aquellos grandes almacenes, ambas iban cargadas con numerosas cajas y paquetes, evidencia clara de su éxito en el programa de compras con destino al viaje en perspectiva.

Estaba lloviendo al pisar la acera, y no se veía taxi alguno en los alrededores del establecimiento, muy concurrida la zona a aquella hora de la tarde. Sheila miró en todas direcciones, pensativa.

—Debimos traer nuestro coche —se lamentó—. Si la lluvia aumenta, nos costará trabajo encontrar un taxi para el regreso…

Pero tuvieron suerte, porque justamente cuando la intensidad de la lluvia comenzaba a arreciar, con esa irregularidad propia del mes de abril, un taxi se detuvo ante ellas, con el indicativo de «libre» a la vista.

Rápidamente, Sheila abrió la portezuela, tras detenerle con el brazo alzado. El taxista frenó ante ellas. Subieron ambas al vehículo.

Sheila dio la dirección y el taxi arrancó, mientras depositaban sus paquetes en los asientos, con un suspiro de alivio, y la lluvia corría con mayor fuerza sobre los vidrios de las ventanillas.

—Menos mal… —celebró Hazel—. No me hubiera gustado andar por ahí tan cargada, con la lluvia cayéndonos encima.

—A mí tampoco, te lo aseguro —rió su tía de buen humor—. Además, creo que ya hemos perdido demasiado tiempo. Seguro que Ralph nos está esperando en el *pub*, impaciente por nuestra tardanza.

—¿Impaciente? —Sonrió la muchacha—. No lo creo. El debe saber ya cómo somos las mujeres cuando salimos de compras…

—No sé si le ha dado tiempo a enterarse bien de ello. Cuando nos casamos aún estábamos en guerra, llegamos a Londres y sufrió el accidente… y pasó semanas y semanas en el hospital. Mucho me temo que ésta sea su primera experiencia en tal asunto.

—Alguna vez había de ser la primera, ¿no?

—Sí, eso es evidente —rió de buena gana su tía.

El coche rodaba a buena marcha bajo la lluvia. Las luces del centro quedaron paulatinamente atrás, con su abundante tráfico callejero y sus tiendas abiertas. Sheila miró, sorprendida, hacia el exterior.

—¿Seguro que vamos bien? —preguntó al taxista.

—Claro, señora —afirmó éste, al volante, sin dignarse volverse hacia ellas—. Estoy dando un pequeño rodeo a causa del accidente de un tranvía, eso es todo.

—Oh, entiendo. No lo sabía, perdone.

Se acomodó de nuevo en su asiento y Hazel acarició con placer sus propios paquetes y cajas, mirando luego cariñosamente a Sheila.

—Has sido muy buena, tía —agradeció—. Me compraste

demasiadas cosas…

—No digas eso. Has vivido algún tiempo sin saber lo que es gozar de la vida. Va siendo hora de que algunos pequeños caprichos se vean satisfechos. Quiero verte muy elegante en América, hecha toda una mujercita encantadora y llena de atractivos. Claro que no necesitas para eso mucha cosa, porque eres tan bella como lo fue mi hermana en vida, pero seguro que no te disgustará verte vestida como nunca fuiste hasta ahora, querida mía.

—Eres maravillosa, tía Sheila —suspiró la joven, emocionada su voz. Luego, clavó los ojos en la ventanilla, arrugó el ceño e indagó —: Tía, ¿seguro que vamos bien por aquí? Parecen calles muy estrechas y sucias para ser camino de Mayfair…

Sheila se sobresaltó. Pasó su mano sobre el cristal de la ventanilla, empañado por la diferencia de temperatura con el exterior. Escudriñó hacia fuera. Rápida, se inclinó hacia adelante y golpeó el cristal de separación del compartimento trasero con el del chófer, usando su puño enguantado.

—¡Eh, escuche! —gritó—. ¡Le ordeno que pare de inmediato! ¡Éste no es el camino!

El chófer no dijo nada. No se movió en absoluto. Pero ambas notaron que aceleraba, en vez de frenar. Sus cuerpos bailotearon en los asientos, golpeando el respaldo, a causa de la brusca aceleración. El taxi viró cerradamente en una esquina, haciendo chirriar los neumáticos, y estando a punto de arrojarlas al suelo del vehículo a sus viajeras.

—¡Deténgase! —insistió Sheila, autoritaria—. ¡Le exijo que se pare de inmediato, o avisaré a la policía!

Siguió el taxista sin hacerle el menor caso. Realmente asustada ya, temiendo un posible atraco o una agresión de algún maleante profesional, Sheila se pudo incorporar, tomó su paraguas y golpeó con violencia el grueso vidrio de separación. Fue tal la fuerza con que descargó el tercer golpe, que el cristal se agrietó con un áspero crujido.

Entonces, el chófer giró un momento la cabeza. Bajo su gorra gris, los ojos duros y fríos se clavaron en las dos mujeres.

Hazel Warrington lanzó un auténtico alarido de terror. Sheila la miró, desconcertada. La advirtió lívida, desencajada por el pánico.

—¡Es él! —Chilló la joven, señalando con su mano al taxista—.

¡Es él… mi padre, Maxwell Derrick, tía! ¡Socorro, tía Hazel! ¡Ayúdame…!

Angustiada, Sheila miró al taxista. Vagamente, recordó el rostro anguloso, la helada y oscura mirada de aquellas pupilas glaciales y taladrantes… El hombre de la fiesta de los Hartfield, el impertinente caballero del chaleco negro y oro…

—¡Derrick! —susurró—. Dios mío… es verdad…

El falso taxista lanzó una dura, agria carcajada de extraña entonación. Era la forma de reír de un hombre duro, cruel, implacable, capaz de todo. Su mirada hacia ellas iba cargada de malignidad, de odio, de una serie de profundos y perversos sentimientos.

Metió el freno al coche, apenas salvada otra esquina, borrosamente, a través del vaho y la lluvia que empañaban los vidrios del taxi, Sheila descubrió que les cercaban unos sucios, húmedos muros carentes de puertas y ventanas, e intuyó que su siniestro conductor les había llevado hasta un suburbio poco frecuentado, quizá en un lóbrego callejón don: de la ayuda que pudieran recibir sería prácticamente nula.

Pese a su creciente terror, Sheila mantuvo la presencia de ánimo suficiente. Sin vacilar un momento, forcejeó con la manivela de la portezuela, pugnando por salir de allí.

El padre de Hazel se irguió en su asiento delantero. Su aterrorizada hija emitió un gemido de profundo horror.

—Dios mío, no… Mira eso, tía, míralo…

Sheila dirigió una mirada de soslayo al monstruo, mientras seguía pugnando con la portezuela. Y vio lo que empuñaba Derrick, lo que había causado el pánico a su sobrina.

Maxwell Derrick esgrimía en su mano derecha una zarpa de animal, idéntica a la que mencionara aquella misma tarde Ralph. Una garra disecada de felino, con corvas y terribles uñas capaces de triturar a un ser humano fácilmente… El gesto demoníaco, feroz, de aquel rostro lívido, era capaz de causar miedo a cualquiera, cuanto más a dos indefensas mujeres…

En ese preciso momento, Derrick descorría el agrietado cristal para pasar con su siniestra arma al compartimento posterior, la esposa de Ralph logró abrir la portezuela. Apenas lo hubo conseguido, aferró, a su sobrina, tiró de ella violentamente, y la

arrojó fuera del coche. Pisaron un suelo enfangado, cerca de montones de desperdicios y cajones de basura, en un callejón sin otra salida que una alta valla de ladrillos al fondo.

El falso taxista emitió un sordo rugido de ira y abrió la portezuela delantera, saltando al exterior para dirigirse hacia ellas, con su terrible garra en ristre, como una amenaza de muerte cierta para las dos.

* * *

Los estampidos de armas de fuego retumbaron sordamente bajo la lluvia, despertando ecos sordos en las paredes sucias y desconchadas de aquella mísera vecindad.

Maxwell Derrick lanzó un grito ronco de sorpresa y dolor. Su mano soltó la garra asesina. Una expresión, mezcla de estupor y crispación, se dibujó un momento en su faz angulosa y cruel.

—Malditas… —jadeó, mientras silbatos policiales resonaban muy cerca de la escena, y una voz emitía órdenes, poco antes de sonar otros disparos—. De todos modos… os encontraré… Volveréis… a verme… las dos.

Y rápidamente, agazapado, se aferró un costado, donde parecía haber recibido la mordedura del proyectil, y se alejó hacia el fondo del callejón sin salida, como un animal acorralado.

—¡Tranquilas, señoras! —Voceó alguien en la distancia—. ¡Estamos aquí! ¡No corren peligro ya! ¡Y ese asesino está cercado…!

—Dios mío, Hazel, creo que es la policía… —susurró Sheila, abrazándose a su sobrina, de rodillas ambas sobre el fango, bajo la lluvia torrencial que empapaba sus cabellos y ropas sin que a ellas pareciera importarles ya demasiado—. Estamos salvadas… estamos salvadas…

Agentes de uniforme y otros de paisano entraron en el callejón cuando la figura del herido escalaba la pared de ladrillo, sin darse por vencido. Alguien le dio el alto y otro disparó. Esquirlas de ladrillo saltaron junto a la cabeza del fugitivo, pero sin alcanzarle. Un instante después, había saleado al lado opuesto, pese a ir herido, dejando un leve reguero de sangre sobre los ladrillos, que la lluvia extendió, hasta gotear al pie del muro.

—¡Ha saltado! —Gritó uno de los policías—. ¡Cuidad de que no escape!

Los agentes se dispersaron, haciendo sonar sus silbatos, mientras tres o cuatro de ellos corrían a la pared del callejón, para perseguir por allí al fugitivo. Entre tanto, varios policías rodeaban a las dos mujeres, que sollozaban amargamente, con los nervios rotos.

—Cálmense, señoras —pidió uno de los agentes—. Ya nada tienen que temer. Todo acabó…

—Dios lo quiera… —Fue lo único que pudo musitar Sheila Taylor, antes de sentir que perdía el conocimiento.

* * *

—Por fortuna, Taylor, había dispuesto una discreta vigilancia en torno a su esposa y sobrina. De otro modo, ese loco endemoniado hubiera acabado con las dos, sin lugar a dudas…

—No sé cómo agradecerle, superintendente…

—Vamos, Taylor, no tiene nada que agradecerme, ni a mí ni a mis hombres. Nos pagan para eso. No siempre podemos cumplir a la perfección nuestra tarea pero, cuando lo conseguimos, no hacemos sino alegrarnos de haber podido llevar a cabo un sagrado deber de protección al ciudadano —sonrió el hombre de Scotland Yard afablemente—. Seguían mis hombres a ese taxi, y lo demás fue sencillo. Lo peor ocurrió luego. Aún no me explico cómo ese maldito Derrick pudo escapar al cerco, y menos estando herido, como se probó por sus huellas de sangre…

—De modo que seguimos como antes: ahora sabemos que él está en Londres. Pero también sabemos algo más: no parará hasta vengarse. Y ahora, no sólo en su hija, sino también en Sheila, mi esposa… Estoy asustado, superintendente.

—No tiene motivo para ello, cuidaremos de todos ustedes hasta que Derrick caiga. Eso no puede tardar en suceder, después de todo.

—Espero que sea así.

—Será, no lo dude. Mis hombres van a convertir Londres en un hormiguero de gente lanzada a la búsqueda de ese monstruo, se lo garantizo. Ningún hombre puede evadirse a semejante cerco.

—Londres es muy grande, superintendente. Y ofrece miles de escondrijos de difícil localización a un hombre desesperado y astuto, como Maxwell Derrick.

—Lo sé. Contamos con ello. Creo que podrán irse tranquilos de viaje. A su regreso, amigo mío, este endiablado caso se habrá

cerrado de modo definitivo —declaró el policía enfáticamente, con una esperanzadora seguridad en sí mismo.

Ralph nada dijo. Despidió al policía, tras cambiar unas cuantas impresiones más, y subió a la planta alta, donde Sheila era atendida solícitamente por una doncella y por su sobrina Hazel. Ésta, aunque con la faz claramente demacrada por el reciente terror vivido, se había rehecho considerablemente y cuidaba con esmero de su tía. Sonrió Sheila a su marido débilmente, al verle asomar en la habitación. Le alargó una mano lánguida.

—Estate tranquilo, querido —murmuró—. Todo va bien. El sedante que me administró el doctor, y los cuidados de Hazel y de Eilen, están obrando maravillas. Me encuentro mucho mejor.

—Sé lo que es pasar un miedo como el que hoy has experimentado, tía —habló la muchacha dulcemente—. Lo he vivido muchas veces bajo el dominio de ese hombre que me dio el ser. Creo que ahora comprenderás la clase de persona que es, lo que llega a ser capaz de hacer por odio o por maldad.

—Desde luego, querida —suspiró Sheila, cerrando los ojos un instante—. Cada vez que recuerdo su expresión, su modo de mirar… y aquella horrible garra en su mano, siento un pánico como jamás lo experimenté en toda mi vida.

—Bueno, bueno, las dos debéis olvidar ahora todo eso y pensar en el inmediato futuro, en el viaje y todo eso —trató de serenarlas Ralph, con una forzada sonrisa—. El superintendente me ha tranquilizado en ese sentido. Toda la policía de Londres anda tras de Maxwell Derrick.

—No le cogerán, estoy segura —susurró la muchacha, moviendo la cabeza lentamente, en sentido negativo—. Es demasiado inteligente para cometer nuevos errores. Se ocultará donde nadie pueda encontrarlo. Conoce escondrijos que nadie sospecharía jamás, me lo dijo muchas veces.

—Evidentemente, por la trampa a que os condujo, es un hombre de recursos, pero todo tiene su límite. Esta vez no creo que pueda escapar al cerco policial, Hazel. Tu padre va herido y difícilmente encontrará ayuda de nadie en su afán por ocultarse. A la gente no le gusta mezclarse en un caso de asesinato, por miedo a la horca.

—El no necesita ayuda, tío Ralph. Nunca la necesitó. Sigo pensando que no va a ser nada fácil dar con él, ni siquiera ahora,

herido y acorralado como parece estar. Tengo miedo a pesar de todo. Mucho miedo de volver a verme frente a ese hombre odioso…

—Creo que debes olvidar esos temores —dijo Taylor con voz persuasiva, acariciando los rojos cabellos de su sobrina—. Las dos tenéis que sentiros optimistas, y felices por haber salido de tan peligrosa situación. En lo sucesivo, mientras permanezcamos en Londres, no iréis solas a ninguna parte, ¿está eso bien claro?

—Sí, por supuesto —susurró su mujer—. Lo que tú digas, Ralph…

Él dejó a la abatida Sheila recuperándose en compañía de las dos mujeres, y regresó abajo, al salón, donde se puso a leer el periódico, aunque con la mente muy lejos de las columnas impresas que estaba contemplando.

Unos suaves pasos interrumpieron su lectura y también sus pensamientos. Alzó la cabeza. Hazel, con un rizo despeinado sobre su frente y gesto de cansancio, entró en la estancia, suspiró, y fue a servirse una copa de oporto de la bandeja de licores. Se sentó luego frente a él, apurando lentamente el vino.

Ralph tomó un sorbo de su *brandy* y cambió una mirada con su sobrina. Ella sonrió.

—Tía Sheila está mejor, no te preocupes —dijo.

—Sí, eso me ha parecido. ¿Y tú?

—También. Yo estoy habituada a tener miedo, a sufrir sobresaltos. Hoy no fue la primera vez que vi la muerte reflejada en los ojos de ese hombre que en mala hora me engendró, tío Ralph.

—Sí, lo imagino —movió la cabeza, tratando de mostrarse trivial —. ¿Vas a cenar?

—No tengo apetito aún. Luego tomaré algo frío seguramente. ¿Y tú?

—He tomado un par de sándwiches y una cerveza. Tampoco tengo hambre, Hazel. Desde que os ha ocurrido eso, estoy muy preocupado por vosotras.

—Por el momento, no creo que haya un peligro inminente. Le conozco. Dejará pasar un tiempo prudencial antes de intentar algo de nuevo.

—Supongo que sí… —Ralph dejó el periódico junto a su copa de *brandy*—. Me pregunto adonde pensaba llevaros, cuando vuestros gritos e intentos por salir del taxi, le obligaron a meterse en aquel

callejón del Soho y atacaros…

—Ah, ¿era el Soho? —La joven se encogió de hombros—. En la confusión del momento ni siquiera lo advertí. Sólo sé que era una zona de calles estrechas y poco frecuentadas, con los muros bastante sucios. Y como nos trajeron en una ambulancia…

—Era una de las peores partes del Soho, cerca de Charing Cross.

—Charing Cross… —repitió ella con lentitud, frunciendo el ceño —, Charing Cross… Es curioso.

—¿Curioso? ¿El qué?

—No sé… Algo que bulle en mi memoria. Pero no logro recordarlo. Se relaciona de algún modo con Charing Cross y el Soho, es evidente:

—¿Seguro que no lo recuerdas? —insistió Ralph, intrigado.

—Seguro, tío —suspiró la muchacha, tomando otro sorbo de oporto—. En fin, espero que me venga a la mente en otro momento. Juraría que es algo importante, pero no sé…

Se sumieron ambos en silencio. Ralph recuperó su diario y siguió leyendo. Hazel tomó un volumen de una estantería y también se sumió en la lectura. La doncella asomó momentos más tarde, para informarles de que la señora dormía apaciblemente. Les preguntó si deseaban la cena ya. Ambos respondieron negativamente.

—Bien… —suspiró Ralph, poniéndose lentamente en pie, cuando hubo leído el Times en sus partes más interesantes—. Creo que me retiraré también yo a descansar. He pasado un día muy ajetreado. Y luego todo lo demás…

—Sí, tío, haces bien —asintió la joven—. Yo también subiré ahora a dormir. Ya apagaré yo las luces. Estoy terminando un capítulo de este libro…

—Buenas noches, Hazel.

—Buenas noches, tío.

Salió del saloncito, empezando a desabrochar su camisa por el camino. De pronto, una exclamación sobresaltada de su sobrina, le detuvo cerca de la escalera. Se volvió rápidamente y asomó al gabinete. La muchacha estaba erguida en su butaca, con el libro sobre sus rodillas, una expresión de sorpresa en su rostro, y los verdes ojos muy abiertos.

—¿Ocurre algo, Hazel? —se inquietó Ralph.

—Acabo de recordarlo, tío…

—¿Recordar, qué?

—Lo que hablamos antes. Esa relación del Soho y Charing Cross con algo… Ahora sé lo que es.

—¿Y bien…?

—Allí precisamente, en Wardour Lane, no lejos de Wardour Street, tenía mi padre un almacén destinado a mercancías llegadas de la India… Pero figuraba a nombre de una empresa anterior, que ya no existe…

—Cielos, ¿estás segura?

—Sí, tío —le miró fijamente—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Me temo que sí. Estaba pensando que el mejor lugar para esconderse un hombre herido de un disparo por la policía, es un lugar cercano a aquel donde recibió la herida, y del que nadie sepa nada… ni lo relacionen con él.

—Sí, así es.

—Quédate aquí. No salgas a la calle por nada del mundo —rogó Ralph Taylor—. Hay dos agentes de Scotland Yard guardando la casa, pero es mejor adoptar toda clase de precauciones. Yo voy a hacer una gestión.

—¿Adónde, tío? —Se alarmó la muchacha.

—No temas. Iré a ver al superintendente y buscaremos a ese hombre. Volveré en breve.

—Tío, ten cuidado… —murmuró ella. Pero ya él había salido apresuradamente y subía las escaleras de tres en tres.

Una vez arriba, Ralph fue a un gabinete donde tenía sus recuerdos de militar, y buscó en un mueble. Abrió un cajón. Allí estaba su revólver de la India, con una caja de cartuchos del calibre 38. Recogió todo ello y lo metió en un bolsillo, lanzándose luego escaleras abajo sin pérdida de tiempo. Por el camino tomó su sombrero y el bastón, saliendo a la calle sin más.

No pensaba en absoluto en recurrir a la policía. Aquella misma tarde, un asesino había intentado matar a su esposa y sobrina, causando una crisis de nervios a Sheila, y ésa era ya una cuestión personal entre él y un hombre llamado Maxwell Derrick. Personalmente, por tanto, deseaba resolver el asunto de una vez por todas.

Sin embargo, por lo que pudiera ocurrir, una vez en el Soho

entró en un *pub* y llamó al superintendente McGavin. No estaba ya en Scotland Yard. Le dieron su teléfono privado. Ralph volvió a llamar, pidiendo ese número a la centralita.

Cuando oyó la inconfundible voz del policía al otro extremo del hilo, le dijo que iba en busca de Derrick a un lugar del Soho llamado Wardour Lane, donde el asesino tenía un viejo almacén a nombre de una sociedad comercial ya extinguida, y colgó, antes de que el superintendente le soltara un chorro de protestas y censuras, exigiéndole esperar a la llegada de la policía.

Miró su reloj. Los agentes tardarían al menos un cuarto de hora en llegar. Tiempo suficiente para buscar por sí mismo al hombre a quien aborrecía con más fuerza en este mundo.

Wardour Lane estaba cerca de allí. Resultó ser una callejuela angosta y corta, un auténtico pasaje o callejón, como su nombre indicaba, a espaldas de un cinematógrafo. No lejos de allí, había tenido lugar aquella tarde la agresión a las dos mujeres en el taxi robado por Derrick para plantear su trampa mortal a ambas.

Pronto encontró el almacén en cuestión. Una bombilla amarillenta lucía en el callejón, justamente sobre su puerta metálica. El local aparecía a nombre de una denominada Indian Import Limited, según rezaba en un viejo cartelón de madera, medio descolorido por el tiempo. El lugar era frío y ominoso. La niebla se espesaba en él, borrando a corta distancia los contornos de las cosas.

Taylor empuñó con decisión su revólver militar, cargado con seis balas, y avanzó decidió, examinando el lugar con la máxima cautela. No podía fiarse demasiado de aquel hombre, ni siquiera herido. Era un practicante del ocultismo, poseía poderes especiales y, según su propia hija, en ocasiones era capaz de intuir o predecir lo que pensaban y hacían otras personas. Con un individuo así, toda prevención era poca.

Era imposible entrar en el almacén por la puerta principal, cuyo cierre metálico era sólido y estaba ajustado por un pesado candado lleno de grasa y polvo. En apariencia, nadie había utilizado este lugar en mucho tiempo, pero con Derrick nunca se podía asegurar nada.

Recorrió la fachada, contemplando los huecos de sus ventanas, encristaladas todas ellas, aunque algunas con los vidrios rotos,

cubiertos de polvo y protegidas con barrotes de hierro o malla de alambre tupida.

Tampoco por allí parecía haber fácil acceso al interior. Empezaba a desilusionarse cuando descubrió el hueco a ras del duelo, casi a sus pies.

No se detuvo. Tuvo el buen juicio de seguir de largo, por si alguien estaba siguiendo sus pisadas desde el interior. Cierto que quien fuese, sólo podría ver de él, por aquel ventanuco pegado a la acera, sus pies y una porción ínfima de sus piernas, pero con una persona capaz de dominar las doctrinas del mesmerismo, poseer facultades hipnóticas y un fuerte poder de sugestión, aparte de sus prácticas de satanismo y ocultismo, no se podía estar seguro de nada.

Se detuvo al poco, contemplando de nuevo aquel hueco alargado. También tenía barrotes de hierro, pero solamente dos y lo bastante distanciados entre sí como para dejar paso a su cuerpo o al de otra persona de su misma esbeltez.

Tenía que tomar una decisión, o pronto estaría allí el superintendente con sus hombres, y le impedirían llegar hasta el hombre responsable de la muerte de Vanessa, años atrás, y que a punto estuvo de causar de nuevo la muerte de otra mujer amada, en el presente.

Regresó con rapidez. Su cojera era ahora una desventaja para él, pero procuró no pensar en ello. Una vez ante el hueco de acceso al interior del almacén, empezó a inclinarse, pasó sus piernas por entre los dos barrotes, y luego comenzó a pasar el resto del cuerpo. Previamente, arrojó su bastón al fondo. Golpeó sordamente en alguna parte. No había demasiada altura hasta el suelo de aquel sótano. Con el revólver amartillado en una mano, saltó al interior, flexionando sus piernas.

Sintió un agudo dolor al golpear el fondo, especialmente en su pierna izquierda, que se resintió del salto. Cojeando con mayor intensidad, buscó a tientas su bastón. Lo encontró sobre las virutas de madera de un cajón abierto y vacío. Luego, apoyándose en él y tratando de olvidar el dolor de su pierna mala, miró en torno, a las profundas tinieblas del sótano.

Poco a poco, sus ojos fueron habituándose a la oscuridad. Captó la presencia de más cajas vacías, botellas polvorientas, trapos y

embalajes de fardos, abiertos y dispersos por el suelo. Si aquel almacén se había utilizado alguna vez, de ello hacia ya años. Ahora no había allí absolutamente nada de valor.

Clavó sus ojos en una escalerilla ascendente, visible al fondo. Avanzó decidido hasta allí. Subió los peldaños de piedra, adosados al muro, hasta una puertecilla metálica cubierta de óxido. Probó el picaporte y no cedió un ápice.

No iba a quedarse allí encerrado. Si Derrick estaba arriba, en la nave superior del almacén, iría en su busca. Y lo haría por la tremenda, sin más rodeos.

Apuntó a la cerradura. Apretó el gatillo dos veces. Reventó el metal a balazos, y la puerta quedó abierta, con el cierre colgando lastimosamente. Penetró como una centella en la nave superior, de gran amplitud, donde aún resonaba el eco profundo de los disparos de revólver.

Tenía de nuevo amartillada su arma, dispuesto a apretar el gatillo otra vez a la menor señal de alarma. Fuera, en la calle, percibió el sonido de una sirena policial, no muy lejana. Le quedaba poco tiempo para encontrar por sí mismo a Maxwell Derrick, si es que estaba realmente en este viejo almacén del Soho.

Allí había más luz, al filtrarse por los polvorientos vidrios de las ventanas la luz de la bombilla de la entrada. A su claridad, pudo abarcar toda la extensión vacía del almacén. Allí no había absolutamente nada. Ni el menor rastro de una mercancía. El suelo de cemento aparecía totalmente desnudo.

No. Totalmente, no. Ralph avanzó lentamente hacia el fondo. En un rincón, algo blanco era visible. Mantuvo su revólver por delante, dispuesto a todo, las mandíbulas fieramente encajadas.

Cuando estuvo más cerca, se detuvo, respirando con fuerza. Un desaliento claro asomó a sus ojos.

Allí había restos de comida en el suelo. Varias gruesas ratas de grisáceo y ralo pelaje, le miraron con ojillos negros y fríos, huyendo asustadas de su presencia. Junto a las migajas y el envoltorio de unos sándwiches, Ralph descubrió dos botellas de cerveza vacías. Y unas vendas empapadas en sangre, dispersas sobre el polvo.

Lo había encontrado. Lo que quedaba allí de la presencia reciente de Maxwell Derrick. Estaba herido y se había curado allí. Sangraba bastante, y tuvo que cambiar los vendajes.

Pero ya no estaba en este escondrijo. Por alguna razón, lo había abandonado antes de llegar él. El cierre metálico seguía cerrado y las ventanas no permitían entrar ni salir a nadie.

Chirriaron unos frenos en la callejuela. Pisadas recias se aproximaron al almacén, y una mano aporreó el cierre metálico.

—¡Abran inmediatamente si hay alguien ahí dentro! —tronó un vozarrón autoritario—. ¡Abran, en nombre de la ley, o derribaremos la puerta!

Ralph suspiró. Ya no encontraría allí a Derrick. Y lo malo es que ni siquiera sabía adónde ir para dar con él, ahora que la pista facilitada por Hazel había fallado.

—No se esfuerce en vocear, agente —respondió con calma Taylor—. Tendrá que derribarla, ciertamente. Yo no puedo abrirla desde aquí. Y no soy Maxwell Derrick, si es que le buscan a él. ¿Viene el superintendente con ustedes?

—Sí, está aquí. ¿Quién es usted? —preguntó la voz del policía, desconfiada.

—Dígale que Ralph Taylor. Él entenderá…

Y vaya si entendió. Cuando los policías lograron abrir el cierre y entrar en tropel en el viejo almacén en desuso, el superintendente McGavin, congestionado y furioso, le aguardaba para reprenderle seriamente.

Escuchó Taylor sus censuras pacientemente, y luego manifestó con sencillez:

—Tiene usted toda la razón del mundo, superintendente. Pero quería arreglar de modo personal este asunto con Derrick.

—Su afán de venganza me tiene sin cuidado, Taylor —manifestó desabridamente el policía—. Éste es asunto de la policía, no suyo. Nunca he podido sufrir a los aficionados. ¿Sabe que, de haber estado ese individuo aquí, tal vez usted no viviría ahora?

—Quizá.

—Por muy armado que viniese, este tipo tiene unos poderes de los que usted y yo carecemos. Es posible que su pistola no le hubiera servido de nada ante Derrick. De modo que no vuelva a jugar a los detectives, y la próxima vez que sepa algo sobre una posible pista que conduzca a ese hombre, déjenos trabajar a nosotros.

—Sí, señor. Le ruego que me disculpe. Pero si usted hubiese

perdido a un ser querido por su culpa, y hubiera estado a punto de perder a otros dos después, sabría lo que se siente por un ser como él.

—Creo saberlo aun sin eso, amigo mío —suspiró McGavin, humanizándose y apoyando una mano firme en la espalda de Ralph—. Pero no será corriendo usted riesgos inútiles, pretendiendo representar el papel de héroe como ese hombre será castigado por sus crímenes. Deje esto al verdugo, y no trate usted de tomarse la justicia por su mano. Es muy peligroso ante tipos como ése. Ahora sea buen chico y vuelva a su casa, donde supongo que le necesitan mucho más que aquí.

Ralph afirmó, abatido, meneó la cabeza con desaliento y se alejó de la salida del callejón, notando que le dolía terriblemente la pierna dañada, que cojeaba más de la cuenta, y que había perdido lastimosamente el tiempo aquella noche.

Tomó un taxi en la esquina de Old Compton, y le dio la dirección de su domicilio, tras rechazar el ofrecimiento de un policía de llevarle en un coche oficial hasta su casa. Estaba malhumorado, lleno de contrariedad y quería estar solo.

Se preguntó cuándo abandonaría Derrick aquel escondrijo, puesto que debían ser recientes los restos de comida, o las ratas ya hubieran dado buena cuenta de ellos al llegar él, dada su voracidad. También la sangre de las vendas aparecía de color rojo vivo y no oscuro, evidencia clara de lo reciente de su cambio por otras sobre la herida que sufría Derrick.

¿Sería cierto, como dijera Hazel, que su padre poseía, entre otros poderes, el de adivinar lo que la gente hacía a distancia, y presintiendo su llegada se ausentó de aquel refugio?

Empezaba a pensar que, de un hombre como Maxwell Derrick, podía esperarse todo. Y eso distaba mucho de resultar tranquilizador para él.

El automóvil de alquiler se detuvo finalmente en Berkeley Square. Bajó del mismo y pagó la carrera. Cojeando, se encaminó a su casa con expresión malhumorada y sombría.

De repente, se quedó como clavado en tierra, la mirada fija en algo que le había causado un súbito sobresalto.

—¿Qué es eso? —jadeó, súbitamente inquieto.

Se acercó al bulto caído en la acera desierta, junto al muro.

Inclinándose, comprobó que se trataba de un hombre. Sangraba por la cabeza, empapados de rojo sus cabellos, al moverlo, se descubrió una placa bajo su chaqueta. Ralph palideció.

—¡Un policía! —Silabeó—. ¡Uno de los hombres del | superintendente!

Presa de una angustia repentina y profunda, corrió hacia la casa pese a su cojera. Por el camino, encontró otro cuerpo de bruces, tirado tras una de las verjas de las residencias de Mayfair. Era otro de los policías. Y estaba muerto, degollado limpiamente de oreja a oreja. La sangre corría copiosa por su camisa y chaleco.

Lívido, desencajado, Ralph llegó ante su casa. El corazón le dio un vuelco.

¡La puerta estaba abierta de par en par y había luces encendidas dentro! Como una exhalación, penetró en el edificio, extrayendo dificultosamente su revólver del bolsillo.

El mayordomo yacía en el vestíbulo, junto al paragüero. Había recibido un salvaje golpe en la cabeza, y también sangraba de una amplia brecha en la frente.

—Dios mío, no, no… —Susurró Ralph con voz ronca, quebrada —. No puede ser cierto lo que estoy temiendo…

Miró a lo alto, a las escaleras iluminadas. Dejando allí al mayordomo, corrió vertiginosamente hacia arriba, sin preocuparse poco ni mucho de su pierna dañada. Primero se asomó a la habitación donde reposaba Sheila al marcharse él.

La cama estaba vacía, las sábanas por el suelo, la almohada caída lejos del lecho…

Ni rastro de ella.

Tambaleante, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo, corrió a la habitación de Hazel. La puerta estaba abierta también. Se asomó al dormitorio, temiendo justamente lo que vio.

Tampoco Hazel estaba allí. La cama de su sobrina aparecía igualmente revuelta. Y había gotas de sangre en la alfombra, en dirección a la puerta de entrada.

—Se las ha llevado… —suspiró Ralph, descompuesto, lívido, sujetándose a la pared, sintiendo que iba a desplomarse de un momento a otro, con un hielo cruel invadiendo todos sus huesos y congelando la sangre en sus venas—. ¡Se las ha llevado ese monstruo… a las dos!

Y roto, deshecho, dominado por un sentimiento de terror infinito, Ralph Taylor se echó a llorar como podría haberlo hecho un niño.

CAPÍTULO III

Apretó el vendaje con fuerza, aunque sin causar daño. Luego, puso bajo la nariz del mayordomo un frasco de sales.

El hombre gimió, removiéndose en el sofá. Entreabrió dificultosamente sus párpados. Miró a dos personas que se inclinaban sobre él, sin parecer reconocerlas siquiera.

—¿Qué… qué es lo que sucede…? —gimió.

—Eso estamos esperando, Quintin —respondió severo Taylor—. ¿Se encuentra bien?

—No, no muy bien, señor… —se quejó el mayordomo, reconociendo ya a su interlocutor, y tratando de ponerse en pie por respeto.

—No se mueva, hombre de Dios —le frenó Ralph, sujetándolo con firmeza en el sofá—. Descanse ahí, que bien lo necesita. Le he hecho una cura momentánea, mientras el médico llega. Eilen y yo le hemos trasladado aquí. ¿Puede contarnos lo que ha sucedido? Ella sólo recuerda que alguien entró en su dormitorio y la puso un trapo con cloroformo en la boca y nariz. No pudo ver ni oír nada.

La doncella de los Taylor, todavía asustada y con la cara sumamente pálida, asintió varias veces con movimientos de cabeza. El mayordomo cerró de nuevo los ojos, se quejó entre dientes y luego logró articular algunas palabras:

—Llamaron a la puerta. Dijeron que era la policía, que usted había sufrido un accidente, señor… Me asusté y abrí…

—Siga, Quintin, por favor —le apremió Ralph con extraña voz, dura y fría, el rostro tenso, demacrado, los ojos centelleantes y casi feroces—. Se lo ruego, siga…

—Lo cierto, señor, es que no hay mucho más que contar, que yo recuerde. Abrí, y un hombre entró en la casa. Alto, vestido de negro… con… con un chaleco con bordados en j oro…

—Derrick —silabeó sordamente Ralph, entornando sus ojos

crueles—, Derrick…

—No sé su nombre, señor. No dijo nada. Me atacó, golpeándome con la empuñadura de un bastón de madera negra. Creo que el puño era de plata o de metal plateado, muy j duro. Sentí el impacto en mi cabeza y en mi mejilla, y todo me dio vueltas. Caí… y no sé más…

—¿No pronunció palabra ese hombre, Quintin?

—No, señor. Ninguna. Me atacó de improviso, sin darme tiempo a nada.

—Dios del cielo… —jadeó Ralph—, la policía y el doctor estarán pronto aquí, pero no hay nada, nada en absoluto que nos permita saber adónde se han llevado a la señora y a la señorita Hazel…

—¿Cómo, señor? —Murmuró el criado, desorbitando sus ojos—, ¿se… se las han llevado?

—Sí, Quintin. A las dos. A viva fuerza, según parece. Ese hombre es un demonio de maldad. Se las ha llevado para matarlas… Acaso no sin antes practicar con ellas algún horrendo rito monstruoso, alguna aberración diabólica… —Y la voz le tembló, mientras Ralph se estrujaba las manos con desesperación.

—Pobres señoritas… —sollozó la doncella, cubriéndose el rostro con ambas manos.

El mayordomo miró a uno y otro, compungido, asustado. Meneó la cabeza, lo que le hizo emitir un gemido de dolor.

—Quisiera poder haber hecho algo por evitarlo, señor —se lamentó—. Tuve yo la culpa por abrir a aquel hombre, por confiarme… Pero como había policías fuera, como creí que realmente le pasaba algo a usted…

—Han matado a uno de los policías de servicio y han herido al otro. Ese hombre no se detiene ante nada. Es una bestia sedienta de sangre, de sexo, de infamias sin nombre…

—Dios mío… —murmuró Quintin con amargura—. Si yo lo hubiera podido imaginar… Soy culpable, culpable de todo, señor…

—No diga eso, Quintin. Él hubiera encontrado el modo de entrar aun sin su cooperación involuntaria. Ya le he dicho que tiene recursos sobrados para ello. Por fortuna, cuando menos, salvó usted su vida. Tras enfrentarse a un ser como él, ya es suficiente.

—Parecía la misma muerte, ahora que lo recuerdo mejor, señor. Tan alto, tan pálido, todo vestido de negro, con aquella mirada suya

tan extraña… y con aquel coche a sus espaldas, parado ante la puerta…

—¿Coche? ¿Qué coche, Quintin? —preguntó con viveza Ralph, levantando la cabeza.

—Oh, ¿no se lo he mencionado, señor? Había un coche detrás de él, parado ante la casa. Es lo que recuerdo más claramente. Me quedé mirándolo, muy asustado, y creo que por eso él me pilló sorprendido y me golpeó sin que pudiera defenderme…

—Por el amor de Dios, Quintin, ¿qué es lo que le asustó en aquel coche?

—Es que era… era un automóvil negro, señor. Negro y alargado… de esos que utilizan en pompas fúnebres para el traslado de féretros…

Ralph se quedó boquiabierto. Miró a su criado con cierta vaga esperanza flotando en su mente.

—Un coche fúnebre… —repitió lentamente—. ¿Está seguro de eso, Quintin?

—Desde luego, señor. ¿Cómo no voy a estarlo? Incluso llevaba un nombre en letras doradas, en su negra carrocería… y hablaba de algo así, de pompas fúnebres…

—Letras doradas en la carrocería… —Ralph se inclinó, aferró los hombros de su mayordomo, zarandeándole levemente, pese a su estado, sin muchos miramientos, espoleado por una repentina excitación—, Quintin, esto es importante. Muy importante. Podría ser decisivo para nuestras vidas. La mía, la de la señora y la de la señorita Hazel… Quintin, trate de recordar… ¡Recuerde, por Dios, cueste lo que cueste! ¿Podría decirme qué decían exactamente esas letras doradas? ¿Puede recordarlo?

—Yo… Verá, señor… Fue todo tan rápido… Si me fijé en ese coche es porque nunca me han gustado los automóviles fúnebres ni nada parecido… Pero creo… creo que decía algo así como: «Pompas fúnebres…». Sí, era eso. «Pompas fúnebres» y algo más. Un nombre. Pero no logro recordar…

—Quintin, ¿se da cuenta de lo que dice? Ese nombre puede significar la diferencia entre la vida y la muerte de dos mujeres indefensas. ¡Tiene que recordarlo, por favor, tiene que hacerlo!

—Si pudiera… Si pudiera… —Cerró los párpados otra vez—. Me duele tanto la cabeza… Pero estoy seguro de que más adelante…

quizá mañana… me sea posible recordar… Era un nombre… un nombre raro, no demasiado corriente…

—Mañana será ya demasiado tarde. Quizá dentro de dos o tres horas también lo sea —se exasperó Ralph—. Ha de ser ahora. Ahora… o nunca, Quintin, amigo mío…

—«Pompas fúnebres…». «Pompas fúnebres…». Sí, sí, creo que casi recuerdo… —Se esforzaba el infortunado a tope, pese a sus molestias de cabeza. Lo intentó de nuevo, concentrándose profundamente—. Espere, señor… «Pompas fúnebres…». ¡Ya está!

Los ojos se abrieron iluminados. Ralph pegó un respingo. La doncella lanzó un profundo suspiro.

—¿Sí? —Apremió Taylor—, ¿qué nombre, Quintin, qué nombre…?

—Jarrod —suspiró el mayordomo—. «Pompas fúnebres Jarrod», señor. Estoy seguro de ello…

Ralph se irguió con rapidez. Corrió al teléfono. Se inclinó, rebuscando en la mesita hasta hallar una guía telefónica. Sus dedos corrieron, pasando hojas y hojas.

Por fin se detuvo en una página. Comenzó a seguir las líneas con el dedo, frenético.

—Jaquod… Laquett… Jarrell. Jarrisham… ¡Jarrod…! Aquí, aquí… Jarrod… Pompas fúnebres… Park Walk… Chelsea… ¡Chelsea! Esto está cerca de Green Houses, no lejos de Fulham Road… ¡Creo que lo tengo, lo tengo!

Como iluminado, con sus ojos fulgurantes, el rostro tirante y pálido, Ralph Taylor se encaminó a la salida. La doncella, asustada, le preguntó:

—¿Se marcha otra vez, señor?

—Sí, Eilen. La policía y el médico están al llegar. Atendedlos. Y usted, Quintin, no les diga nada sobre esa funeraria. No les mencione su nombre ni emplazamiento. Esto es cosa mía. Totalmente mía. Y ahora espero no fallar…

Cuando salió de la casa, cojeando, apoyado en su bastón, rígido y con la mirada vidriosa y fija en el vacío, la doncella y el mayordomo se miraron, sobrecogidos.

—Me da miedo el señor… —musitó ella.

—Y a mí, Eilen, y a mí —confesó, aturdido, el mayordomo Quintin.

* * *

Sheila Taylor abrió sus ojos.

Le costó recordar. Sabía que algo había sucedido, pero estaba muy borroso en su mente. Lo que fuera ocurrió durante su descanso, bajo los efectos de los sedantes. Y no era bueno. No podía ser bueno, porque le provocó ahora una sensación de terror instintivo.

Se movió. O más bien trató de moverse. Apenas si pudo incorporarse un poco, antes de notar la tirantez lacerante en su pecho y cintura. Se quedó quieta y trató de mover brazos y piernas. Esa misma sensación dolorosa se repitió sobre sus muslos y bíceps.

Supo que estaba atada. Sujeta a algo. Tendida en un sitio del que no le era posible moverse, a causa de ligaduras. Su tenor aumentó considerablemente.

Pudo elevar algo su cabeza y mirar. Se estremeció.

Su cuerpo aparecía sujeto por fuertes correas de cuero a una especie de mesa de metal parecida a las que se utilizaban en los quirófanos. No se podía mover de allí. Había tres correas anchas, sujetándola a su actual lecho: una sobre su torso, abarcando también los brazos, otra en la cintura, y una tercera que se cerraba sobre sus piernas.

El lugar donde se hallaba acrecentó su aprensión y la hizo sentir más miedo que nunca.

Era una especie de amplia cripta de piedra, alumbrada por luces de gas con pantallas de vidrio rojizo, que prestaban una tonalidad siniestra a la atmósfera. Era un lugar frío y desolado, de muros desnudos. Le causó un vivo terror ver numerosos ataúdes alineados junto a uno de los muros húmedos y sucios.

Al menos había allí media docena de féretros, perfectamente ordenados en tierra. Sobre un soporte de piedra, eran visibles otros tres.

Hubiera querido gritar, emitir chillidos de horror hasta enronquecer, pero su miedo era tal, que sintió la garganta seca y estéril, incapaz de emitir el más leve sonido. La boca parecía llena de estopa, perdida hasta la última gota de saliva.

—«Dios mío —pensó—. Esto es la muerte… la muerte… ¿Dónde estoy ahora? ¿Acaso he cruzado ya a otra vida?».

Pero las ligaduras de sólido cuero parecían ahuyentar de su

mente esa demencial idea. Estaba viva aún. Aunque se encontrase en un lugar que respiraba muerte por todas partes.

Forcejeó en vano, intentando salir de aquel cepo en que se encontraba al despertar. Sólo logró que las correas dañasen su carne. La mesa crujió desagradablemente, con un chirrido metálico, pero no se movió lo más mínimo, pese a que llevaba ruedas.

Trató de mirar atrás, para ver algo más que muros de piedra húmeda y ataúdes.

Descubrió una espesa cortina color morado oscuro, como las que podían encontrarse en un lugar destinado al culto de los muertos. Detrás de ella, no podía saber qué se ocultaba. Ni el más leve ruido llegaba a sus oídos.

Cerró los ojos, pensando desesperadamente en lo que le sucedía. ¿Cómo había pasado desde el confortable lecho de su propia casa? ¿Qué había ocurrido para que esta pesadilla tuviera lugar?

Entonces recordó. Un escalofrío latigueó en su espalda.

Alguien la había alzado de entre las ropas de la cama. Había abierto los ojos, medio aletargada por los sedantes. Y le había visto…

El mismo hombre. Ahora sin uniforme de taxista. Vestido de negro. Pálido y amenazador. Derrick…

Era él. Se la había llevado de casa. Era ahora su cautiva. Se preguntó qué habría sido de Hazel, de su marido…

—No, no… —Sollozó ahogadamente, sintiéndose terriblemente sola y abandonada, a merced de una amenaza inconcreta que la aterrorizaba hasta el límite—. No puede suceder esto… Tal vez sea solamente un sueño, un mal sueño…

Pero sabía que se engañaba a sí misma. No era un sueño. Era prisionera del monstruo. Estaba en su poder. Cautiva en un desconocido lugar al que nadie llegaría jamás para salvarla de aquel horror. En un lugar donde sólo se respiraba el helado hedor de la muerte…

Trató de tranquilizarse en vano. No era tarea fácil. Alzó sus párpados. Miró al techo abovedado, también de piedra. Realmente, todo allí evocaba una cripta funeraria. Y aquel silencio resultaba más estremecedor y agobiante que el peor de los sonidos…

Como si alguien hubiese captado esos pensamientos suyos, se oyó ahora un roce a sus espaldas. Trató desesperadamente de girar

su cabeza, de mirar atrás. Sólo lo consiguió en parte, a costa de un fuerte dolor en el cuello. Las cortinas moradas se habían alzado silenciosamente.

Entró una figura rígida, caminando como en trance. El corazón de Sheila galopó desenfrenado dentro de su pecho. Notó punzadas dolorosas en sus sienes, y una leve transpiración helada humedeció su piel.

—¡Hazel! —musitó.

Su sobrina no pareció oírla. Caminó lentamente, como sonámbula, hasta detenerse al fondo de la cripta, ante el soporte de piedra donde reposaban los tres ataúdes. No miró a los mismos en ningún momento. Sus piernas rozaban los otros féretros del suelo, sin que se inmutase la joven lo más mínimo.

Sheila comprendió. Hazel no era ahora ella misma. Estaba en trance, dominada. Poseída por la voluntad de su siniestro padre…

Una vez quieta Hazel en el fondo, las cortinas volvieron a susurrar al ser movidas por alguien. Sheila tembló. Una sensación de supremo horror se abrió paso hasta su aletargado cerebro. Forcejeó de nuevo, pugnando en vano por combatir con aquellas correas. La sombría, alta figura de Maxwell Derrick, apareció con paso lento, casi majestuoso, dentro de la fúnebre estancia.

Su rostro aparecía muy pálido, las mejillas sumidas, las ojeras pronunciadas y oscuras en torno a sus ojos ardientes. La boca se apretaba en rictus frío, deshumanizado.

Dirigió una vaga mirada a Sheila, al pasar junto a ella. Caminó hasta Hazel. Se detuvo delante de ella. Le habló con voz ronca, susurrante, profunda, mirándola fijamente a los ojos, opacos y sin vida.

—Hazel… —llamó.

—Sí, padre —respondió ella, inexpresiva, monótona su voz.

—¿Me oyes bien?

—Sí.

—¿Me obedeces en todo?

—En todo, padre.

—¿Vuelves a ser mi dócil y fiel hija de siempre?

—Sí, padre.

Shelia asistía angustiada a aquella escena. Era la prueba evidente de que otra vez la maligna voluntad, la fuerza hipnótica

del ser demoníaco, anulaba toda la personalidad de la joven Hazel y la convertía en su esclava sumisa.

—Ya lo ve, señora Taylor —dijo él, volviéndose por vez primera hacia ella, y clavando en la prisionera sus helados ojos malignos—. Nadie puede quitarme a mi pequeña Hazel. Vuelve a ser mía, a estar bajo mi control absoluto.

—Es usted un monstruo, Derrick —jadeó Sheila, logrando sacar fuerzas de flaqueza, vencer a su propio miedo, extraer voz de donde poco antes no la había—. Un verdadero monstruo sin entrañas, un aborto infernal que sólo puede traer males a los demás.

Maxwell Derrick soltó una carcajada agria, casi chirriante. Sus pupilas de hielo, paradójicamente, despedían fulgores ardientes al hablar con su voz ronca y dura, de aristas metálicas:

—Su marido se creyó muy listo —se mofó—. Siempre pretendió ganarme la partida, incluso con Vanessa, su amada y romántica novia de otros tiempos… Me ganó una baza, al exigir aquel día su exhumación en el cementerio. Pero al final, fui yo quien ganó la partida. Lo mismo sucederá ahora, señora Taylor.

—El Mal no puede vencer siempre, Derrick —rechazó Sheila, asqueada—. Usted encontrará pronto su final. Y su alma, si es que la tiene, arderá eternamente en el infierno, condenada al sufrimiento sin final.

Una nueva risa de su adversario, encontró resonancias huecas al rebotar en los viejos muros de piedra de aquel lúgubre recinto. Después, Derrick manifestó con frialdad llena de indiferencia y desprecio:

—El alma no existe, señora Taylor. Y si existiera algo parecido a ella, yo la dominaría a voluntad, mejor que lo podría hacer el propio Dios en quien usted tanto confía.

—Está blasfemando.

—La blasfemia forma parte de mi vida. ¿No se lo contó acaso mi querida hija, en su rebeldía por pretender librarse de mí, huir a mi influencia? ¿No le refirió acaso que yo soy blasfemo, necrófilo, incestuoso, que la lujuria, el placer y la obscenidad, el vicio y la depravación, forman parte de mi propio ser y son la razón de mi existencia?

—Jamás vi a nadie tan miserable y, al mismo tiempo, tan orgulloso de sus vilezas y de sus aberraciones —tuvo el valor Sheila

de mostrarse despectiva ahora.

—Porque nadie fue ni será jamás como Maxwell Derrick. Yo, señora Taylor, sobreviviré a todos ustedes. Sé que puedo alcanzar la vida eterna, porque he aprendido a suspender la vida y la muerte en los humanos. Mis poderes son infinitos, porque los he heredado de mi amo y señor, Satanás. Ninguna otra fuerza en este mundo puede vencerme.

—Está loco. No sabe lo que dice… —jadeó Sheila.

—Sé muy bien lo que digo. Usted va a experimentar mi poder dentro de muy poco. Para ello está aquí. Recuperé a mi hija de su domicilio, pero eso no bastaba. Tenía que probarle a su esposo mi poder. Y a usted también.

—¿Va a matarme? ¿Me torturará acaso? No me da usted miedo, Derrick. Antes le temía, pero ahora sólo siento desprecio y náuseas hacia usted.

—Me temerá, señora Taylor —las pupilas de Derrick fulguraron, al acercarse a ella—. Me temerá y me odiará, pero también me amará y deseará al mismo tiempo…

—¿Yo? Eso jamás, bien lo sabe.

—Vanessa, su hermana, decía lo mismo entonces. Y fue mía. En vida y en muerte, fue mía…

—¡Calle, calle, por el amor de Dios! —Clamó Sheila, aterrada de nuevo—. No hable así… Es repugnante, espantoso…

—Usted correrá su misma suerte.

—¿Yo? —Los cabellos rojos de Sheila se erizaron.

—Así es —sonrió Maxwell Derrick—. Yo no torturo ni mato a las mujeres hermosas, señora. Las deseo. Y las poseo, vivas y muertas, porque así es mi voluntad. Usted será mía en vida, esta misma noche.

—¡No!

—Claro que lo será —se inclinó sobre ella, con morbosa sonrisa, y acarició sus cabellos y mejillas. El contacto de aquella mano suave y fría en su piel, causó un espasmo de terror en Sheila—, será mía… aunque no quiera. Dominaré su voluntad, me obedecerá como me obedece ahora Hazel de nuevo. Dócilmente, se someterá a mis deseos. Y después…

Hizo una pausa. Sin saber la razón, Sheila tuvo más miedo a ese «después» que a ninguna otra cosa.

—Después… ¿qué? —susurró, mirándole con angustia.

—Después, como sucedió con Vanessa, usted tomará unas hierbas venenosas que, a juicio de los doctores, causan la muerte.

—¡No!

—No se asuste. Aunque no sé si, dadas sus creencias, usted preferiría esa muerte dulce y verdadera, a la que yo pienso darle, señora Taylor.

—¿Qué… qué quiere decir?

—La suya será una muerte aparente. Como la de Vanessa Warrington hace diecisiete años, ¿recuerda? No, ella nunca padeció de esa enfermedad llamada catalepsia… Nunca estuvo en estado realmente cataléptico, sino aparentemente muerta, bajo los efectos de unas hierbas que yo le hice tomar. Ella pensó que moriría. En cierto modo sería así. Sólo en cierto modo… Porque yo le daba con ello la posibilidad suprema que todo ser humano puede gozar si yo lo deseo: permanecer entre la vida y la muerte, sin vivir, pero también sin morir.

—Dios mío…

—De ese modo, mi necrofilia se satisface plenamente. Poseo a una mujer muerta que realmente no lo está del todo… porque en su cuerpo aún existe una vida que nadie, excepto yo mismo, sospecha que existe en ese cuerpo helado y yerto. Vanessa, sin embargo, fue exhumada antes de tiempo, y su naturaleza reaccionó, despertando del letargo mortal momentáneamente. Eso explica el fenómeno que tanto les aterró en el cementerio aquel día.

—Y después, usted robó su cadáver para sus prácticas espantosas… matando al buen doctor Lanyon.

—Así es, señora Taylor —sonrió Derrick—, tuve que hacerlo. Vanessa era mía, en vida o en muerte, compréndalo… Como usted misma va a serlo hoy. Como un día lo será mi hija Hazel…

—Es usted abominable… Una bestia inmunda y sucia…

—Sus calificativos no me impresionan lo más mínimo, señora Taylor —rió el monstruo—. Voy a proceder a hacerla mía.

—¡No, no! —sollozó ella, agitándose desesperada entre sus ligaduras.

—Será inútil cuanto diga. Está decidido. Hazel, hija mía.

—Sí, padre —respondió ella, dócil.

—Ve por la droga para tu tía Sheila.

—Sí, padre.

Y se encaminó, rígida, imperturbable, hacia la cortina morada. Sheila gritó, tratando de arrancarla de aquel trance hipnótico:

—¡Hazel, sobrina querida! ¡Hazel, responde! ¡Soy yo, tu tía Sheila! ¡Tu padre va a condenarme a una suerte mil veces peor que la misma muerte! ¡Hazel, ayúdame!

La muchacha, sin reaccionar, sin parecer oír una sola palabra, abandonó la cripta, en busca de la pócima siniestra de Maxwell Derrick.

Éste se inclinó. Besó los labios de Sheila. Ella se agitó. Notó que la boca de Derrick ardía. Sus ojos reflejaban deseos impuros y obscenos. Sus manos temblaban de lascivia incontenible, imaginando el momento de la posesión.

—Primero tomará la dosis inicial de mi pócima —dijo—. Después, será sometida a mi voluntad. Su organismo debe irse adaptando a esa droga lentamente, para que la muerte aparente, cuando llegue, no le cause un colapso irremediable…

Sheila gritó, forcejeó, se agitó en vano en aquella mesa. Derrick la contempló en silencio, desdeñoso.

—Es inútil todo —dijo al fin—. Nadie la oirá aquí. Esta cripta subterránea está hecha a prueba de ruidos…

Regresó Hazel con un frasco en su mano. Contenía un líquido verdoso, oscuro, en dosis no muy abundante. Los ojos dilatados de Sheila se clavaron con horror en esa pócima diabólica que iba a hacerla seguir la misma suerte atroz que sufriera en el pasado su hermana Vanessa.

—Ahora, Hazel, dale esa medicina a tu tía —ordenó fríamente Derrick.

—Sí, padre, en seguida —aceptó la muchacha dócilmente.

Se movió hacia su tía, inmutable, dispuesta a hacerla ingerir aquel repugnante líquido, quisiera o no. Sheila supo que no podría nada contra la fuerza de una persona en trance hipnótico, que obedecía las órdenes por encima de todo.

Cerró los ojos, en el paroxismo de su pánico, y esperó resignada la terrible suerte a que estaba condenada sin remedio.

CAPÍTULO IV

La cortina se alzó bruscamente.

De entre los pliegues amoratados emergió una figura rápida, centelleante, que cruzó la estancia y dio un fuerte manotazo a la inconsciente Hazel.

De manos de la muchacha escapó el frasquito, que fue a estrellarse violentamente contra la pared. Se hizo añicos, y el líquido verde y denso chorreó por las piedras.

Un bramido de cólera escapó de labios de Derrick, volviéndose hacia el intruso con violencia. Sheila gritó en su mesa, esperanzada:

—¡Ralph! ¡Ralph, querido mío…!

Hazel retrocedió con gesto aturdido, mirada estúpida, fija en su tío, mientras se contemplaba la mano vacía, sin entender del todo lo sucedido. Derrick se arrojaba ya sobre Ralph, extrayendo algo de entre sus ropas. La roja luz de la cripta, reveló en su mano el brillo amenazador de las garras de animal disecado, copia exacta de la anterior, el arma capaz de desgarrar y destrozar el cuello de un ser humano de un solo zarpazo…

—¡Cuidado con eso, Ralph! Sheila. —¡Ese monstruo puede matarte…!

Muy a tiempo, su marido se echó atrás. La zarpa silbó en el aire, sin alcanzarle salvo de refilón. Aun así, gotas de sangre brotaron rápidamente del cuello de Taylor, bajo su oreja. Fue como si varias navajas de afeitar cortaran simultáneamente su epidermis, con escalofriante precisión.

Ralph alzó su bastón, pegando de lleno a Derrick en el brazo armado. La garra de animal escapó de sus dedos al recibir el bastonazo, seco y potente. Un gruñido de rabia brotó de labios del asesino.

Aprovechando ese momento favorable, Ralph buscó en su chaqueta el revólver. Llegó a extraerlo, pero eso fue todo. Aun

herido como estaba, Derrick era un hombre muy fuerte, regido por una voluntad de hierro y un poder mental muy grande, que sin duda le hacía superar todas las adversidades.

Se precipitó sobre Taylor justo a tiempo, y su mano se cerró sobre la muñeca armada del mayor, evitando que disparase el revólver. Ambos hombres lucharon, forcejearon por la cripta, tambaleantes, golpeando con sus pies los féretros allí alineados. Los tacones y punteras de sus calzados hicieron retumbar hueca, lúgubremente, la madera barnizada y lustrosa de los ataúdes. Pero ninguno de ellos pareció hacer caso a tal circunstancia, en el calor de una pelea a muerte, en la que sólo podía haber un vencedor.

Y ese vencedor, por desgracia, iba a ser Maxwell Derrick.

Ralph perdía ventaja por momentos, dada su cojera actual y la mayor fuerza física y mental de aquel ser demoníaco al que se enfrentaba. Una luz de triunfo y de placer morboso, asomó en las pupilas oscuras y taladrantes del monstruo. Lenta, inexorablemente, comenzó a doblar la muñeca de Ralph, pese a los exasperados esfuerzos de éste por evitarlo.

Cuando el revólver quedase totalmente girado hacia él y apuntara a su cuerpo, sabía que Derrick haría oprimir el gatillo y le causaría la muerte. Por ello ponía en la furiosa lucha toda su rabia, su ímpetu, pero esto no era suficiente ante un adversario de la talla de Derrick. Parecía como si la fuerza de alguien se uniera a la de éste, como si un influjo maligno y poderoso interviniese en la lucha, para reforzar al perverso individuo.

Ya el revólver estaba empezando a encañonar el costado de Ralph, contra su hígado. Era cuestión de segundos completar la maniobra y presionar el gatillo. Sería el final sin remedio.

Luchó y luchó con mayor denuedo, seguido por la mirada cuajada de angustia y terror de su esposa, forzosamente inactiva, testigo mudo de aquella trágica pelea.

Era inevitable. Notó el contacto duro del acero sobre su camisa. Forcejeó, pero sabiendo ya que todo era en vano. Derrick, ensañándose en su victoria, iba a oprimir al fin el gatillo…

* * *

De momento, no supo lo que sucedía.

Fue todo tan rápido, tan imprevisible, que permaneció unos

momentos sin entender nada. Pero dándose exacta cuenta de que el peligro de muerte estaba conjurado. De que el arma ya no apuntaba a su cuerpo.

Luego, vio tambalearse a Derrick, con el rostro contraído, la mirada perpleja y vidriosa. Miró al suelo. La sangre chorreaba, abundante, en una tremenda hemorragia.

Maxwell Derrick dejó escapar unas escasas palabras entre dientes, boqueando en busca de aire:

—Mal… dita… maldi… ta…

Y giró sobre sí mismo, mientras una espuma sanguinolenta asomaba por sus labios convulsos. Ralph captó todo el horror de la situación.

La espalda de su enemigo aparecía totalmente desgarrada. Ropas, piel y carne, formaban un destrozo espantoso, que abarcaba desde su nuca hasta la cintura, y por el que la sangre corría en regueros tumultuosos, dejando al descubierto costillas y espina dorsal.

Vomitó sangre, cayendo de rodillas. Miró, ya con ojos opacos, hacia la persona que le había destrozado la espalda en una serie de heridas profundas y mortales. También Ralph, mudo de estupor, y Sheila desde su lugar de cautiverio, dirigieron sus ojos hacia allí.

Hazel les miró, como aturdida. En su mano, la garra de animal disecado goteaba sobre un charco rojo en el suelo de losas de piedra. La muchacha estaba pálida, desencajada, con pupilas dilatadas.

—Lo hice… —susurró—. Lo hice por fin… Me he liberado… ¡Me he liberado de él!

—Dios te bendiga, criatura —jadeó Ralph, trémolo aún—. Has salvado mi vida y la de tu tía Sheila… y posiblemente también la tuya…

—Ha salvado mucho más que eso, Ralph —musitó Sheila, sobrecogida—. Tal vez su propia alma y la mía…

Aferrado a uno de los ataúdes, tumbado en el suelo, Derrick se desangraba por su tremenda herida, con jadeos roncos, de animal agonizante. Miraba con una mezcla de rabia y de estupor a su hija, que también había sido esta vez su verdugo.

—Lo conseguiste… —musitó, entre burbujas sanguinolentas—, lo conseguiste, hija… Siempre te tuve miedo… siempre pensé que

acabarías haciéndolo. Que tú eras, después de todo, la más fuerte de los dos…

—Oh, papá, no quería… pero tuve que hacerlo… —sollozó Hazel amargamente, dejando caer al suelo la sangrante garra mortífera.

—Vamos, vamos, muchacha —la confortó Ralph, caminando hacia ella y acogiéndola contra sí tiernamente. La abrazó y acarició sus cabellos, que luego besó con paternal emoción—. Él no era digno de cariño ni de respeto… Quería hacer de ti un monstruo, un ser sin alma ni sentimientos, un autómata a su servicio…

Desde el suelo, Derrick logró articular unas pocas palabras roncas, estremecidas por el dolor de su agonía:

—Eres digna discípula de tu padre… —murmuró—. Debí tenerte miedo en vez de intentar recuperarte y protegerte… Eres peor que yo, Hazel. Mil veces peor que yo… Ahora tienes el campo libre, ¿no es cierto? Ahora puedes ser, bajo esa dulce apariencia angelical tuya, la clase de criatura que realmente eres… el ser que yo he moldeado a mi imagen y semejanza, como un nuevo Dios… Eres mi reflejo exacto, Hazel. Mi digna hija… Maligna, cruel, perversa… Ya estás tendiendo tus redes para ser tan lujuriosa como yo, tan incestuosa como yo mismo… Amas a tu tío Ralph, ¿no es cierto? Le amas y le deseas… y vas a hacerlo tuyo, caiga quien caiga… Aunque tengas que asesinar a tu tía Sheila… como asesinaste a *lady* Leighton, a Wendy, mi doncella… a aquel gato en casa de los Warrington… Debí dejarte sola, no tratar de impedir que fueses como eres cuando comprendí que eras mil veces peor que yo mismo, mi querida y dulce criatura, mi abominable y horrible monstruo…

—¡Calla, calla! —rugió con extraña entonación Hazel.

Y la dulce muchacha se desprendió de los brazos del desconcertado, atónito Ralph Taylor, para precipitarse sobre la garra sangrante, cogerla del suelo con rapidez, y abalanzarse encima de su padre, a quien comenzó a destrozar el rostro a zarpazos. Boca, nariz, ojos, se convirtieron en una informe pulpa sanguinolenta, ahogando en un baño escarlata las palabras acusadoras y tremendas de Maxwell Derrick.

CAPÍTULO V

Siguió un silencio profundo, estremecedor.

De manos de la muchacha, cuyos dedos aparecían rojos y goteantes, cayó de nuevo la zarpa asesina al suelo. Lentamente, ella se volvió, con lágrimas en su rostro, ahora convulso, distorsionado por una expresión aterradora que jamás antes habían visto sus tíos en la bella faz de la adolescente.

—No sé… —gimió—. No sé lo que me pasó… Le tenía tanto miedo… tanto… Oh, Dios mío, ¿qué he hecho, qué he hecho? Sus atroces mentiras me volvieron como loca…

Ralph miró a su sobrina en silencio. Ni un músculo de su rostro se alteró. Pero había tristeza y dolor en los ojos de Taylor.

—No, Hazel —dijo al fin con lentitud—. No creo que él mintiera ahora en eso…

—Tío… —balbuceó la muchacha, mirándole con asombro—. ¿Qué es lo que dices?

—Tu padre sabía que estaba muriendo. Ni siquiera un ser tan envilecido como él, miente de esa forma cuando va a morir. Su voz sonaba a sincera por vez primera en mucho tiempo. Creo… creo que dijo cruda y llanamente la verdad.

—¡Ralph! —gritó Sheila, incrédula.

—Tío… —musitó con su más dulce tono la muchacha, yendo hacia él con sus manos extendidas.

—No te acerques —cortó Ralph fríamente—. No me toques, Hazel. Permanece donde estás. Tus manos están aún rojas con la sangre de tu padre. Tu propia sangre, pequeña. Y no pareces realmente impresionada por ello. No dudaste en rematar de modo tan espantoso al hombre que te dio el ser cuando le oíste acusándote.

—¿Y tú vas a creer las acusaciones de un blasfemo, de un endemoniado…?

—Ahora, endemoniado o no, está donde su alma será para uno o para otro, según sea más fuerte su maldad humana o el perdón divino… Pero sí, Hazel. Creo en sus acusaciones. Sé que fueron ciertas. Ahora tienen sentido muchas cosas: tu presencia cerca de la casa de la señora Leighton aquella noche… Tu huida de la mansión de Derrick, en Fulham Road, cuando asesinaste a Wendy, la doncella… y desgarraste el retrato de tu madre por odio o celos… Tu intento de causarme la muerte aquella noche, en Berkeley Square… Tu padre tuvo razón. Creó un monstruo, pensando en sus bestiales apetitos, y ese monstruo le devoró a él, porque resultó más perverso y abyecto que él mismo. Ese monstruo eres tú, Hazel, pese a tu bonito rostro angelical, heredado de tu madre… Cuando no estás bajo el influjo de su voluntad, eres tú misma: un ser perverso y cruel como pocos, capaz de las mayores aberraciones… Así pudo saber Derrick cuándo estaba yo ausente en dos ocasiones: cuando fui a buscarle al almacén del Soho y cuando fuisteis de compras por la tarde. Tú le avisabas a él, Hazel. En el fondo, además de odiar a tu padre, le admirabas y, tal vez, eres en el fondo tan depravada o más que él en cuestiones sexuales y de todo tipo…

—Ralph, no puede ser cierto todo eso —gimió Sheila—. Sería monstruoso…

—Lo es, querida. Pero no podemos cerrar los ojos a la realidad. Nos llevaremos a Hazel con nosotros y se la entregaremos al superintendente McGavin. No sé si aún será tiempo de que un buen psiquiatra sane su cerebro podrido, pero mucho me temo que ese tumor que la devora mentalmente esté ya demasiado desarrollado por las enseñanzas diabólicas de su padre, para poder salvar a esta muchacha del abismo definitivo al que la condujo su perversión…

—¡Cuidado, Ralph, cuidado! —gritó roncamente Sheila en ese momento.

Ralph se giró en redondo, justo a tiempo. Hazel, con el rostro nuevamente transfigurado con aquella pavorosa expresión suya que convertía en máscara de maldad y de corrupción tan hermosa faz, había recuperado la zarpa enrojecida, precipitándose sobre él como una fiera ávida de destrucción, iluminada por el odio más irracional imaginable.

Evitó el mortal roce de las garras disecadas, saltando atrás ágilmente, a costa de un calambre doloroso de su pierna que, por

desgracia, le hizo tambalear y perder el equilibrio.

Ralph se fue contra el soporte de piedra donde reposaban tres ataúdes, y se aferró a uno de ellos, como suprema posibilidad de no caer y ser rematado ferozmente por su sobrina.

Ésta emitió un aullido de sádico placer, y se acercó nuevamente a él, con todas las ventajas de su parte, mientras Sheila gritaba en vano, forcejeando con sus correas, que a Ralph no se le había ocurrido soltar, en la crispación del momento.

Su frenesí por sujetarse al féretro hizo que éste cediera, volcándose. Ralph y el ataúd rodaron por el suelo sin remedio, con un seco estruendo. Hazel se precipitó sobre su tío, dispuesta a terminar de una vez con él…

Sheila fue testigo, en ese momento, de la más espantosa de las experiencias que jamás podría vivir en toda su existencia un ser humano.

* * *

Al desplomarse el ataúd desde su soporte de piedra, arrastrado por la caída de Ralph, sujeto a aquella caja oblonga de color castaño oscuro, la madera de ésta se astilló ruidosamente, rompiéndose la tapa en varios pedazos.

Dentro del ataúd apareció un cuerpo humano reposando sobre su lecho de raso color lila. Ralph, aterrado, caído de bruces sobre el féretro, se encontró cara a cara con el rostro helado de aquel cadáver, cuyos ojos vidriosos se clavaban en él con extraña fijeza.

—¡VANESSA! —chilló despavorido.

Y Vanessa, al sentir su nombre en labios de Ralph Taylor, pareció despertar de un extraño e interminable letargo. Su rostro estirado, color cera, adquirió movimiento repentino.

Sus brazos descansando cruzados sobre el pecho, se separaron, en un lento movimiento estremecedor.

El cuerpo yacente comenzó a levantarse.

Hazel se había detenido, petrificada, como si sus pies echaran raíces en el suelo ensangrentado. Muda de horror, lívida, con los bellos ojos verdes desorbitados, miraba incrédulamente aquella forma que surgía del ataúd, que volvía de la muerte, por segunda vez en un período de diecisiete años, ante el mudo pavor de los Taylor, testigos de la dantesca escena.

—Mamá… —jadeó Hazel, dando un paso atrás—. Mamá… tú… Aún… vives…

Vanessa no respondió. Sus labios yertos y helados no se movían. Miró con terrible expresión a su hija. Hazel ya no podía ni moverse. Un pánico helado la mantenía encogida, petrificada, viendo algo que su razón se negaba a admitir a todo trance…

Luego, estalló en una ronca, desgarradora carcajada. Se lanzó sobre su madre, como si fuese a atacarla. Pero había soltado la garra. Sus manos sucias de sangre se aferraron al cuerpo surgido de la tumba.

Éste acogió a su hija contra su regazo. Fue como el abrazo mismo de la Muerte. Los brazos de Vanessa rodearon a Hazel, que reía y reía, en plena crisis demencial, rotos sus nervios y su razón por el horror de aquel retorno de entre los muertos.

No supo Ralph si el impulso de Hazel o una presión de la difunta, fue la causa de que ambas mujeres, madre e hija, perdieran su equilibrio, cayendo atrás… justamente dentro del ataúd roto.

Y allí se quedaron las dos. Hazel dejó de reír bruscamente. El cuerpo de Vanessa volvía a estar rígido o inerte. Los ojos vidriosos, que un día fueron de luminoso color verde, ahora se perdían en la nada, posiblemente en ese otro reino que los humanos sólo conocen una vez, cuando ya no pueden regresar.

Ralph, tembloroso, se inclinó. Miró el rostro de Hazel, como una máscara helada. Buscó su pulso, su aliento. Meneó la cabeza, en sentido negativo.

—Muerta… —susurró, poniéndose en pie y contemplando los dos cuerpos tendidos en el mismo ataúd—. Debió fallarle el corazón, Sheila. Murió de repente… en brazos de su madre…

—Dios mío, Ralph… —Sheila vio cómo su marido, lentamente, cortaba aquellas correas, con mirada ausente, con rostro mortalmente lívido—. ¿Cómo… cómo pudo ser? ¿Vanessa también está…?

—¿Muerta? Sí, supongo que sí. Al menos, eso parece…

—Ralph, pero ambos… ambos la vimos salir de ese ataúd… caminar… abrazar a su hija, como atrayéndola a la tumba…

—Quizá ocurrió así, no sé. Nunca lo sabremos, sospecho —abrazó a Sheila contra su cuerpo—. ¿Pudo suceder que ese monstruo de Derrick mantuviera durante todos estos años en

suspenso la vida y la muerte de esa mujer, en una zona intermedia entre una y otra? ¿Estaba el alma ahí durante todo el tiempo, sin poder abandonar su cuerpo y, por tanto, sin posibilidad alguna de que la muerte verdadera llegase para ella? ¿Pudo ese hombre, realmente, conseguir que un ser vivo permanezca suspendido en un estado intermedio que no es vivir ni morir, a través de la hipnosis, de las técnicas mesmerianas y de las pócimas que él inventaba? No hay respuesta para todas esas preguntas, Sheila querida…

Fuera se oyeron silbatos de policía y gritos lejanos. Ralph suspiró, moviendo la cabeza.

—Quintin debió revelar por fin al superintendente lo relativo a este negocio de pompas fúnebres que Derrick explotaba en Chelsea con otro nombre… —musitó—. Ya están ahí, aunque un poco tarde…

Sheila no respondió a eso. Se había desprendido de los brazos de Ralph e ido al ataúd. Miró a su interior. Lanzó un gemido sordo, y Ralph se volvió, viéndola temblar, alucinada por el horror.

—Ralph, mira esto… —gimió—. Creo… creo que sí hay respuesta después de todo… Vanessa, por fin, ha obtenido la paz que tanto debía anhelar. Su alma, sospecho, al fin pudo abandonar la prisión de carne que Derrick la había destinado por una eternidad…

Ralph, sin comprender, fue a reunirse con su esposa. También miró el ataúd.

Y comprendió.

Comprendió todo, con un escalofrío. Abrazó de nuevo a Sheila, la atrajo contra sí.

El cadáver de Vanessa Warrington, la mujer que fuera su novia años atrás, ya no era apenas reconocible en aquel ataúd, donde la hiciera reposar todo ese tiempo su perverso amante.

Ahora, para horror de los Taylor, la hermosa Vanessa no era sino un cuerpo fétido, maloliente, en plena descomposición, revelando su esqueleto bajo los jirones de piel, carne putrefacta y cabellos sucios, mientras una legión de repugnantes gusanos emergían por cada agujero, por cada desgarro de aquel miserable cuerpo corrompido, que aún sostenía entre sus descarnados brazos, en el abrazo definitivo de la Muerte, el cadáver de su propia hija, Hazel Warrington.

Ahora, sí, pensó Ralph.

Ahora, el alma de Vanessa había escapado por fin, liberada para siempre. Y lo que quedaba en el mundo no eran ya sino sus tristes despojos, como debería haber sucedido diecisiete años atrás, cuando era una novia dulce y hermosa…

CAPÍTULO VI

—¿De modo que el cadáver de Vanessa Warrington, siempre estuvo encerrado en ese ataúd, en la Funeraria Jarrod…?

—Así debió ser, superintendente —suspiró Ralph, al pie de la pasarela que conducía a bordo del Atlantic—. Del mismo modo que en los restantes féretros había otros cuerpos de mujer, como pudo usted comprobar. Eran, sin duda, las víctimas de toda una vida de depravación y vicio de aquel monstruo que se llamó Maxwell Derrick: las mujeres que fueron suyas, vivas o muertas. Una sala de trofeos particularmente lúgubre y tremenda, sin duda alguna.

—Dios mío, qué espantosa historia. Mis superiores de Scotland Yard se han horrorizado al leer mi informe.

—Lo creo, superintendente.

—Y esa pobre criatura, la pequeña Hazel… Ella, que hubiera sido tan feliz de poder salir con ustedes en este viaje de placer…

—Sí, superintendente —el rostro de Taylor procuró reflejar inocencia total—. La pobre muchacha… Su corazón no resistió ese terror.

—Y, sorprendentemente, fue a caer sobre el féretro que contenía los restos de su madre… —comentó McGavin, pensativo, frotándose el mentón.

—Así es. La vida tiene a veces esos extraños designios…

El policía miró a Ralph con expresión algo rara. De pronto indagó:

—Oiga, Taylor, ¿está seguro de que usted me ha contado todo, absolutamente todo lo relativo a este asunto?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Taylor dominó su inquietud con una sonrisa—. Creo que todo ha quedado bien claro: Maxwell Derrick pagó sus pecados cuando su hija se rebeló contra sus poderes hipnóticos y le atacó, salvando mi vida y la de su tía. Luego, víctima de un colapso, murió, cayendo en el féretro que

contenía los restos de su madre…

—Sí, sí, pero es que… ambas parecían abrazadas, madre e hija.

—Eso es imposible, superintendente —rechazó de plano Ralph —, ¿es que va a creer ahora en leyendas de aparecidos? Es evidente que Vanessa Warrington llevaba ya muchos años muerta. Sus restos no ofrecían un aspecto muy agradable…

—No, ciertamente —se estremeció McGavin—. En fin, tal vez ha sido todo tan extraño y oscuro en este caso, que yo mismo me dejé impresionar por él, llegando a pensar que no todo estaba claro, que había algo más…

La sirena del barco sonó en todo el muelle ruidosamente. Ralph alargó su mano al policía.

—Bien, superintendente. Vamos a zarpar. Le deseo una feliz jubilación…

—Gracias, Taylor —estrechó la diestra del mayor cordialmente, con una sonrisa en su rostro de escocés típico—. Falta me hará, después del último caso que me cayó en suerte… A ustedes también les deseo un viaje y una estancia muy dichosos en los Estados Unidos. Dicen que aquella gente es un poco salvaje, pero también parece divertida, con eso del *jazz* que han puesto de moda… En fin, hasta siempre, amigo mío. Dé mis saludos a su esposa.

—Hasta siempre, superintendente. Gracias por todo.

Ralph se alejó, pasarela arriba. Se reunió con Sheila en la cubierta, mientras los tripulantes del transatlántico retiraban ya la pasarela para levar anclas. Se abrazaron ambos, risueños. Luego miraron a tierra. Agitaron su brazo hacia el superintendente, que se despedía de ellos entre la multitud agrupada en el muelle.

—Bien, querido —susurró Sheila, mirándole a los ojos—. Ya nos vamos…

—Sí. Ya nos vamos.

—Los dos solos…

—Solos. Un pasaje no se pudo aprovechar. Fue mejor así: saberlo a tiempo…

—Sí, supongo que sí. Es doloroso, pero peor hubiera sido si Derrick no confiesa antes de morir…

—Deja de pensar en ello, Sheila. Ahora, pensemos en nosotros, en este viaje… Va a hacernos mucho bien alejarnos de aquí por un tiempo, estoy seguro.

—Sí, yo también —se quedó pensativa, mientras el buque se separaba de la orilla, y añadió luego, con un murmullo—: ¿Por qué crees que lo hizo?

—¿Hacer… qué?

—Todo aquello. Deambular por las noches, aparecerse ante ti, matar a gente que podía revelarte algo… Sentir al mismo tiempo odio y amor por ti…

—Era un juego para ella, Sheila. Un siniestro juego cuyo motivo siempre era el mismo: la Muerte. Era una muchacha hipersensible, desquiciada por la hipnosis, las enseñanzas paternas, los ritos demoníacos y todo el ocultismo de Derrick… Se convirtió en un ser depravado y contradictorio, capaz de sentimientos encontrados y diferentes… Pero no valía la pena de contar todo eso a la policía, a los periódicos. Es mejor que repose en paz. Ella, cuando menos, pudo separar su alma del cuerpo en su momento. No tuvo que esperar años y años de letargo, en una muerte aparente que ya era virtualmente real, pero que no se consumaba del todo, como en el caso de la infortunada Vanessa.

Sheila asintió, en silencio, sin dejar de mirar a tierra firme, cada vez más lejana ya. Al superintendente no se le veía entre la multitud que llenaba el muelle.

—Vamos al camarote, querida —invitó Ralph—, el viaje ha comenzado.

—Sí, Ralph. Y ahora, nada ni nadie puede interponerse ya entre nosotros.

Exacto. Nada ni nadie.

—Ni siquiera la sombra de Vanessa…

—¿La sombra de Vanessa? —Ralph la miró, sorprendido, camino del camarote por la cubierta del Atlantic—. ¿Por qué dices eso?

—Te casaste conmigo, Ralph. Pero siempre supe que tu verdadera novia fue ella. Y que en cierto modo, seguías pensando en mi hermana.

—Te equivocas, Sheila —replicó Taylor, deteniéndose y tomándola por ambos brazos—. Desde que me di cuenta que te amaba a ti, ella dejó de significar nada para mí.

—Pero tú soñabas a veces, vivías obsesionado en su recuerdo…

—Era sólo eso: un recuerdo. Lo que me obsesionaba de verdad, era no poder saber si vivía o había muerto, si yacía en paz o no…

Ahora que lo sé, ya todo eso ha dejado de preocuparme. Y Vanessa seguirá siendo lo que siempre fue para mí: el recuerdo de un primer amor que se borró con el tiempo. Es a ti a quien amo, Sheila. A ti a quien he amado todo este tiempo y a quien seguiré amando. Por ti hubiese dado mi vida gustosamente. Al menos, es lo que intenté cuando supe que estabas en peligro…

—Oh, Ralph, mi vida… —sollozó ella, emocionada, abrazándose a Taylor con toda la fuerza de sus brazos y de su ser—. Qué feliz me haces…

Se besaron. El buque cada vez distaba más de la tierra, rumbo a los lejanos rascacielos neoyorquinos. Detrás de ellos no quedaba solamente Inglaterra, sino muchas otras cosas.

Así, una trágica historia de amor y de muerte, iniciada diecisiete años atrás, tocaba a su fin.

Y, después de todo, era un final feliz para quienes tanto habían sufrido durante todos esos años.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.